



Voltaire

La Henriada

Idea de la Henriada

La materia de la Henriada es el sitio de París, comenzado por Enrique de Valois y Enrique el Grande, y acabado por este último solo.

El lugar de la escena no se extiende sino de París a Ivri, donde se dio aquella famosa batalla que decidió de la suerte de la Francia y de la Familia Real.

El Poema está fundado sobre una historia conocida, cuya verdad se ha conservado en los sucesos principales, dejando otros menos respetables, o suprimidos, o acomodados a la verisimilitud que exige un poema. Se ha procurado evitar el defecto de Lucano, que no hizo más que una gaceta inflada, y se han tenido por garantes de ello los siguientes versos de M. Despréaux.

, Loin ces rimeurs craintifs, dont l'esprit flegmatique,
, Garde dans ses fureurs un ordre didactique:
, Qui, chantant d'un héros les exploits éclatans,
, Maigres historiens, suivront l'ordre des tems.
, Ils n'osent, un moment, perdre un sujet de vue.
, Pour prendre Dole, il faut que Lille soit rendue:
, Et que leur vers exact, ainsi que Mezerai,
, Ait fait tomber déjà les remparts de Courtrai, etc.

Afuera esos cobardes rimadores
De espíritu flemático, que guardan,
En sus furiosos
mismos, un calmoso
Didascálico método: que hazañas
Cuando cantan ruidosas de algún
héroe,
Secos historiadores, no traspasan
De los tiempos el orden, y ni un punto
Perder

osan de vista lo que tratan; Que para tomar Dole, necesario Juzgan que quede ya Lila entregada, Y que, cual Mezeré, su exacto verso, Los muros de Curtré primero abata.

Nada más se ha hecho en este punto que lo que se practica en todas las tragedias, en que los sucesos se conforman a las reglas del teatro.

Por lo restante, este POEMA no es más histórico que otro cualquiera. Camoens, que es el Virgilio de los Portugueses, celebró un suceso de que él mismo había sido testigo. El Tasso ha cantado una Cruzada conocida de todo el mundo, y en que no se han omitido, ni los ermitaños ni las procesiones. Virgilio ha construido su fábula de la Eneida, de las recibidas en su tiempo, que corrían por la historia verdadera de la venida de Eneas a Italia.

Homero, contemporáneo de Hesiodo, y que por consiguiente vivía cerca de cien años después de la guerra de Troya, podía fácilmente haber visto en su juventud ancianos que hubiesen conocido los héroes de aquella guerra. Lo que más debe agradar en Homero, es que el fondo de su obra no sea un simple romance; que los caracteres no sean obra de su sola imaginación; que haya pintado los hombres tales cuales eran, con sus malas y buenas calidades, y que su libro, en fin, sea un monumento de las costumbres de aquella remota edad.

Compónese la HENRIADA de dos partes, es a saber, de sucesos reales como los que acabamos de indicar, y de ficciones. Éstas son todas tomadas del sistema de lo maravilloso, tales como la profecía de la conversión de Enrique IV, la protección que le dispensa San Luis, su aparición, y el fuego del cielo destruyendo aquellas observaciones mágicas, que eran entonces tan comunes, etc. Las otras, son puramente alegóricas. De este número son, el viaje de la Discordia a Roma, la Política y el Fanatismo personificados, el Templo del Amor, y las Pasiones, en fin, y los Vicios,-

Prenant un corps, une ame, un esprit, un visage.

Tomando un rostro, un cuerpo, un genio, un alma.

Si en algunos lugares, se han dado a estas pasiones personificadas los mismos atributos que les dieron los Paganos, fue por ser dichos atributos alegóricos demasiado conocidos para haber de alterarlos. En nuestras obras las más cristianas, en nuestros cuadros, y en nuestras tapicerías, tiene el amor sus flechas, y la justicia su balanza, sin que estas representaciones ofrezcan la menor tintura de paganismo. La palabra Amfitrite en nuestra poesía, nada más significa que la mar, y no la esposa de Neptuno. El campo de Marte, sólo quiere decir la guerra, etc. Si alguno hubiere de contrario dictamen, es necesario volver a enviarle a aquel gran maestro del arte, M. Despréaux, que dice:

C' est d' un scrupule vain s' alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.
Bientôt ils défendront de peindre la Prudence,
De donner a Thémis ni bandeau ni balance;
De figurer aux yeux la Guerre au front d' airain;
Ou le Temps qui s' enfuit une horloge a la main;
Et par-tout, des discours, comme une idolâtrie,
Dans leur faux zèle, iront chasser l' allégorie.

Es escrúpulo vano, tontamente Alarmarse, y querer sin ciertas gracias Agradar al lector. Ellos, bien pronto De la Prudencia, harán queden vedadas

Las pinturas: a Thémis, que una vendaSe le dé, privarán, y una balanza:Que la guerra,
de bronce a nuestros ojosSe figure también con una cara;O el tiempo, que escapándose,
en la manoUn reloj lleve asido, y en la falsaPresunción de su celo, por do quiera,De
todos los discursos desterradaCorrerán a dejar la alegoría,Cual si una idolatría fuese
insana.

Habiendo dado cuenta de lo que contiene esta obra, creemos deber decir algo del espíritu con que ha sido compuesta. No se ha intentado lisonjear ni maldecir en ella. Los que encuentren aquí los malos hechos de sus mayores, nada más les resta que hacer, que repararlos por sus virtudes; y aquellos cuyos abuelos son citados con elogios, ningun reconocimiento deben al autor, que no tuvo en ellos otra mira que la de la verdad, y el único uso que deben hacer de tales elogios, es el de merecerlos iguales.

Si en esta nueva edición se han suprimido algunos versos que contenían verdades duras contra aquellos Papas que en otro tiempo deshonoraron con sus crímenes la Santa Silla, no ha sido por pensar con injuria de la Corte de Roma, que aun quiere hacer respetable la memoria de estos malos Pontífices. Los Franceses, que condenan las maldades de Luis XI y de Catalina de Médicis, pueden sin duda hablar con horror de Alejandro VI. Si el autor ha descartado aquel trozo de su Poema, fue solo por ser sobradamente largo, y por incluir versos de que no estaba satisfecho.

Con este solo designio ha reemplazado muchos nombres a otros que se hallaban en las primeras ediciones, según los ha juzgado o más oportunos al asunto, o más armoniosos y sonoros. La sola política en un poema es hacer buenos versos. Se ha callado la muerte de un joven llamado Boufflers, que se suponía muerto por Enrique IV, porque dicha muerte en las circunstancias parecía hacer a Enrique un poco odioso, sin presentarlo por otro lado más grande. Se ha hecho pasar a Duplessis Mornay a Inglaterra cerca de la Reina Isabel, porque efectivamente fue enviado allí, y porque aún se conserva la memoria de su negociación. Se ha hecho así mismo uso de dicho Duplessis en todo el resto del Poema, porque habiendo representado el papel de confidente del Rey en el primer canto, hubiera sido ridículo introducir otro en los siguientes; así como sería impertinente en una tragedia, Berenice por ejemplo, que Tito se confiase de Paulino en el primer acto, y de otro en el quinto. Si algunos quisieren dar interpretaciones malignas a estas variantes, el Autor no debe inquietarse por ello, pues sabe que cualquiera que escribe se expone a los dardos de la malicia.

El punto más importante es la Religión, que hace en gran parte el asunto del Poema, y que es su único desenlace. El Autor se lisonjea de haberse explicado en muchos lugares con una precisión tan rigurosa, que no puede dejar pábulo alguno a la censura. Tal es, por ejemplo, este pasaje sobre la Trinidad.

La puissance, l'amour, avec l'intelligence,
Unis et divisés, composent son essence.
De su Divinidad forman la esencia
Poder, saber, y Amor, a un mismo tiempo
Unidos y distintos.....

Henr: Canto 10 cerca del fin.

Y este otro

Il reconnait l'Église ici-bas combattue, L'Église toujours une, et partout étendue, Libre,
mais sous un chef, adorant en tout lieu Dans le bonheur des Saints la grandeur de son
Dieu. Le Christ, de nos péchés victime renaissante, De ses élus chéris nourriture

vivante, Descend sur les autels a ses yeux éperdus, Et lui découvre un Dieu sous un pain qui n'est plus.

La Iglesia combatida reconoce,
Una siempre en el suelo, y dél extensa
Por el ámbito todo; Iglesia libre,
Bajo de un Jefe empero; donde quiera,
Y en la perenne dicha de los Santos,
De su Dios adorando la grandeza.
El Cristo renaciente y viva hostia
De los pecados nuestros, que alimenta
Sus caros escogidos, sobre el ara
Desciende, y a su vista absorta y ciega,
Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre.

Henr: al fin del Canto 10.

Si el Autor no ha podido explicarse por todo el Poema con esta misma exactitud teológica, el lector razonable debe suplirla. Sería sin duda una extrema injusticia, examinar la obra como una tesis de Teología. Este Poema no respira más que amor a la Religión y a las Leyes. Se detestan igualmente en él la rebelión y la persecución. Es menester no juzgar, por una sola palabra, un libro escrito con tal espíritu.

Canto primero

Argumento

Enrique III unido con Enrique de Borbón, rey de Navarra, contra la Liga, habiendo comenzado ya el bloqueo de París, envía secretamente Enrique a pedir socorro a Isabel, reina de Inglaterra. Sufre el Héroe una tempestad. Aporta a una isla, donde un anciano católico le predice su conversión y su advenimiento al trono. Descripción de la Inglaterra y de su Gobierno

El héroe canto, que reinó en la Francia
Por derechos de sangre, y de conquista;
Que a gobernar los hombres aprendiera
Por una larga serie de desdichas;
Que facciones calmando, vencer fuerte
Y a un tiempo perdonar dulce sabía;
Y que de confusión en fin cubriendo
Al Íbero, a Mayena y a la Liga,
De padre y vencedor de sus vasallos
Su nombre señaló con la divisa.

Baja, augusta verdad, del alto cielo. Ven; y tu claridad y tu energía Sobre los versos míos vierte grata. De los Reyes el oído facilita De tu escabrosa voz al agrio acento, Y cuanto aprender deban les intima. De tu osado pincel al rasgo toca Pintar de las naciones a la vista El lienzo criminal de hórridos monstruos, Que sus guerras abortan intestinas. Dí, como sediciosa la Discordia De turbación sembró nuestras provincias; Y del Pueblo narrando las desgracias, Los yerros de los Príncipes publica. Llega, tu labio suene; y si es constante, Que contigo de acuerdo un tiempo unida, A tus más fieros tonos su voz dulce

La Fábula tal vez mezclar sabía;

Si tu altanera frente de ornamentos
Sus delicadas manos revestían,
Y el arte prodigioso de sus sombras
Los rayos de tu luz embellecía;
Deja que también hoy a compás marche,
Que conmigo tus huellas siempre siga,
Y tus gracias no empañe, antes illustre. Aún reinaba Valois; aún él hacía (1)
De un zozobante Estado el gobernalle
Con mano fluctar trémula e indecisa:
De su debido honor, sanción y fuerza
Las santas leyes todas destituidas,
Confusos los derechos y turbados,
Más bien en caos tanto se diría,
Que en efecto Valois ya no reinaba:
Que ya el Príncipe no era, a quien propicia
Circundara la gloria de esplendores;
A quien desde la infancia a las fatigas
Adiestrara y las lides la Victoria;
Cuyos faustos progresos sorprendida
Y temblando la Europa contemplaba;
En pos de quien, al fin, la Patria había
De amor y soledad mil tiernos ayes.
Despedido, plañendo su partida
Un tiempo, en que del Norte, allá admirando
Su suprema virtud, las plagas frías
En poner a sus plantas sus diademas,
Por sufragio común se complacían.
En un segundo puesto brilla alguno,
Que al primero elevándose se eclipsa.
De esta suerte a Valois, al solio alzado,
Con sorpresa pasar la Francia mira,
De intrépido guerrero a Rey cobarde.
Sobre el trono encumbrado se dormía
De femenil molicie en hondo seno (2):
De la regia corona el peso abisma
De su liviana frente las flaquezas
Que lúbricos privados mantenían,
D' Epernon, San Megrén, Quelús, Joyussa, (3)
Jóvenes voluptuosos, que a porfía
Bajo su augusto nombre, a su albedrío,
Del imperio las riendas dirigían:
Corruptores políticos de un dueño,
Que la afeminación gastado había,
En torpes devaneos y placeres
Su lánguida existencia sumergían.
De los Guisas, en tanto, la fortuna
Se elevaba veloz, se engrandecía

Sobre su humillación y abatimiento,

Levantando en París la santa Liga,
De su flaco poder rival soberbia.
Roto el freno los pueblos se extravían,
Y hechos de la grandeza humildes siervos,
Doblan a sus tiranos la rodilla,
Y a su dueño legítimo persiguen.
De mil falsos amigos turba indigna,
Que feliz le adorara, ya infelice
Le abandona vilmente, y aturdidas
Del Luvre le miraron las columnas
Por sus pueblos expulso y en huida,
Al paso que acogido el extranjero,
Al rebelde París ledo corría.
Todo marcha en desorden. Por instantes
Todo a su fin fatal se precipita,
Cuando aparece Enrique. Este virtuoso, (4)
Este insigne Borbón, que fiero ardía
De un guerrero valor en noble llama,
A su Príncipe ciego se aproxima,
Y a su aspecto Valois la luz recobra:
Él su espíritu y fuerzas resucita;
Sus pasos endereza, y de la afrenta
A la gloria, del juego a la lid guía.
De París a las pérfidas murallas
Con coligadas huestes y aguerridas
Al ver los dos Monarcas avanzados,
Allí se alarma Roma, y aquí admira
El Español temblando su alianza:
La Europa toda ya comprometida
En tan grandes reveses y ruidosos,
Sobre el muro infeliz clava la vista.
Viose en París entonces la Discordia,
Que al sublevado Pueblo enfurecía,
Y a la guerra excitando al de Mayena,
Y a la Liga y la Iglesia, en hostil grita
Del alto de sus torres el socorro
Del español soldado requería.
Esta fiera impetuosa y sanguinaria,
Este inflexible monstruo, infiel respira
Un eterno rencor contra los mismos
Que su yugo infernal más esclaviza.
Su maléfico plan de los mortales
A infelices desastres sólo aspira
De su mismo partido con frecuencia
Su mano deja toda en sangre tinta;
Dentro del corazón que despedaza,
Cual tirano cruel se domicilia,
Y el crimen que él inspira, pena él mismo.

Al lado en que del sol la luz declina, No lejos de las márgenes amenas Por do serpeando el Sena corre, y gira Huyendo de París, hoy sitio amable, Retiro encantador, mansión tranquila, Donde el arte sus triunfos nos ostenta, Y la naturaleza sus delicias; Campo entonces horrísono y sangriento De la más ominosa y mortal riña, Juntando sus soldados acampaba El mísero Valois. Allí se alistan Los valerosos Héroes, que la gloria, Y de Francia el estado sostenían, Y a quienes sectas varias dividiendo, De una común venganza el celo unía. De Borbón en las manos victoriosas, Acordes y contentos todos libran Su causa general y sus destinos; Y él, que de conciliarse el don abriga De todos el amor feliz, ganando Los corazones todos, los reunía: Que estaban los dos campos tan sumisos Dijérase a su voz, que ya no habían Más Jefe que él, ni más Iglesia que una.

Del seno celestial do residía Luis, padre inmortal de los Borbones (5), Sobre el virtuoso Enrique atento fija Sus paternas ojos. De su raza El más claro esplendor en él divisa; Su ardor, su virtud ama; su error llora: Con su corona honrarle, al fin quería, Y quiere más aún, quiere ilustrarle. Avanza en tanto Enrique, y se encamina A la suprema cumbre; más por sendas Que para él mismo ocultas no advertía. Del alto de los cielos sus auxilios Prestábale Luis, pero escondida La mano que en su apoyo le tendiera; Cuidando que del Héroe siendo vista, Ya por demás seguro de sus triunfos, De un peligro menor fuese a medida De sus hechos también menor la gloria.

Del muro que obstinado resistía, Ya finalmente al pie, y en frente puestos, Más de una vez de Marte en tentativas Igual riesgo ensayaran los partidos: De la humana feroz carnicería Ya el mal genio, del campo desolado Al uno y otro mar llevara a prisa

Un furor implacable, cuando a Enrique
Su atristada palabra, interrumpida
De frecuentes suspiros y sollozos,
Le endereza Valois en esta guisa.

«Ya ves hasta que punto de mi suerte El rigor me abatió. No es mi desdicha, Ni solo mi interés el que va hablarte; Tuya es ¡o Borbón! la injuria mía. Contra su Rey osando sediciosa Su frente al cielo alzar esa infiel Liga, A los dos en su rabia nos confunde, Y a los dos nos persigue y abomina. Del pueblo de París enajenado El rebelde rencor de que le animan, Nos desconoce a entrambos, pretendiendo Precipitarme a mí del trono en vida, Y de su herencia a ti, que en pos te toca. No ignoran los Ligados, no, no olvidan Que la voz imperiosa de la sangre De nuestra anciana augusta dinastía, El mérito, las leyes, y en fin todo Te aclaman a mi muerte de justicia Al trono de la Francia, en que vacilo, Y del cual darte piensan la exclusiva, Ya de hoy mismo temblando a la grandeza De tu fortuna y gloria sucesivas. La Religión terrible en sus enojos, Ambiciosa y colérica, fulmina Contra la independencia de tus sienas Su fatal anatema. Roma erguida, Que a do quiera transporta sin soldados De la guerra el azote, deposita De su cruda venganza el sacro trueno Del Español en manos. Ya vendida De vasallos, de deudos y de amigos Veo, amigo, la fe. Ya se retira, Ya de mí huye todo y me abandona, O se arma contra mí. Con tropelía El avariento Hispano enriquecido Por mis pérdidas, fiero se avecina A inundar de sus huestes destructoras Mis desiertas ya míseras campiñas.

Contra enemigos tantos, que en su furia Tal ansia de ultrajarnos acreditan, A nuestra vez traigamos a la Francia Una extranjera fuerza más benigna: En secreto ganad de los Britanos Esa ínclita Reina, esa heroína. Bien sé el odio inmortal, que una alianza

Permite rara vez franca y sencilla Entre el Francés y el Anglo. En todos tiempos Émula de París, Londres la envidia. Más ¿que importa, Borbón? si desde el punto En que mi antigua gloria vi marchita, Y por ellos mi nombre amancillado, Ya ni patria, otros tiempos tan querida, Ni vasallos conozco. Yo les odio; A castigar anhelo sus perfidias Y a mis ojos Francés es quien me vengue. En tal negociación, poco confía Mi supremo interés en las funciones De ordinarios agentes inactivas; Tu eres solo Borbón, el que yo imploro; De promediar tu voz es solo digna En que a los Reyes mueva mi infortunio: Parte a Albión, y allí la causa mía Patrono tan feliz logre en tu fama, Que un ejército aliado me consiga. Mis enemigas huestes por tu brazo Quiero, Enrique, abatir, y otras amigas Por tu sola virtud ganar espero.»

Dijo, y el Héroe, que de gloria hervía En codicioso celo, y en más manos Teme ver que las tuyas repartida Del triunfo la palma, un dolor vivo Al oírle sintió. Pasados dios A su gran alma caros echa menos, En que él solo y Condé sin más intrigas, Ni otro extranjero auxilio que la fuerza De su virtud, temblar la Liga hacían; Más era necesario ardientes votos Satisfacer de un dueño. Se resigna: Los golpes de su brazo ya suspende, Y los laureles, que cogido había Del Sena en la ribera, abandonando, Su valor a partir violento instiga. Atónito el soldado, que ignoraba Sus arcanas empresas, se contrista; Y de uno y otro campo los guerreros Sus destinos pendientes suponían Del regreso feliz del Héroe ausente. Ya marchaba: aún empero le imagina El pueblo criminal siempre delante, Y pronto a fulminar sobre él sus iras. Su nombre, que del trono la columna Más sólida y más firme se apellida, De todo el bando alzado su enemigo El terror en las almas infundía,

Y por él en su ausencia peleaba.

Ya del Neustrio saltaba las campiñas, Sin que de sus privados otro alguno Formase que Morné su comitiva: (6) Éste su siempre digno confidente, Más nunca adulator, fiel le asistía; Éste sobrado fuerte y grave apoyo Del bando del error y su doctrina, Éste, a quien en prudencia como en celo Señalándose siempre, a par movían La causa de su Iglesia y de su Patria; Censor del cortesano, y todavía En la corte querido, a quien de Roma Fiero enemigo, Roma propia estima.

Al través de dos rocas, donde viene La cólera del mar rugiendo altiva Sus olas a estrellar entre alba espuma, A los ojos del Héroe se ofrecía De Diepe el feliz puerto. Y fogoso A bordo el diestro nauta jarcias iza; El bajel, que a favor de su maniobra Con fiera majestad la mar domina, Ya de volar a punto sobre el llano Del undoso cristal, sus alas infla: Amarrado del viento en las regiones El furibundo Bóreas se mitiga, Y del céfiro al soplo la mar cede. Levada el ancla ya, dél impelida, Surcaba el vasto piélagos la nave Lejos ya de la tierra fugitiva, Y de la Gran Bretaña las riberas Descubriéndose ya, cuando del día Eclípsase el gran astro en un instante, Regaña airado el cielo, el aire silba, Brama el onda a lo lejos, y los vientos Desenfrenados más y más irritan Las encrespadas olas; centellando Entre la negra nube el rayo brilla; Del relámpago el fuego, y de las olas El abismo profundo do quier pintan Al navegante pálido la muerte: Y aún el Héroe, a quien furias envolvían Del undoso elemento, los peligros De su propia persona no sentía; Sus ojos sólo vuelve hacia la Patria, Y en su empresa su mente siempre fija, Por la sola tardanza en sus destinos, A increpar a los vientos se limita. No tan patriota, no, ni generoso

Allá César del Epiro a la orilla,
Cuando del mundo el cetro disputaba,

Al furioso Aquilón sobre el mar fía
Del Romano la suerte y de la tierra,
Y a Pompeyo y Neptuno, que se ligan,
A un tiempo desafiando, su fortuna
A la borrasca impávido oponía.

En este instante el Dios del universo, Que sobre el viento vuela, que las iras Subleva de los mares, o las calma, Y de cuya eternal sabiduría La profunda inefable providencia, Forma imperios, los alza, o los derriba, Desde el trono inflamado, do preside A la vida y la muerte, y que allá brilla Del celestial empíreo en las alturas, Sus ojos abatir al fin se digna Sobre el Héroe Francés, y en riesgo tanto El mismo es quien le alienta, quien le guía, Y cuya voz excelsa a la borrasca Mandando que a la playa más vecina Al punto el bajel lleve, donde Jersey Del seno de las ondas parecía Ir alzándose: el Héroe ya del cielo Conducido por fin, aporta a la isla.

No lejos de su orilla, espeso bosque Bajo sus frescas sombras y tranquilas Dulce asilo ofrecía. Una gran roca, De las airadas olas fronteriza, A su rigor encúbrela, vedando Del regañón a furias que la embistan, Y jamás su reposo turbar puedan, De esta roca una gruta cerca había. Cuya simple estructura de su ornato Sólo a la mano rústica y sencilla De la naturaleza fue deudora: En mansión tan obscura y escondida, Un anciano habitaba venerable, Que lejos de la corte, do otros días Engolfado anduviera, allí buscaba La dulce y santa paz; allí vivía Del resto de los hombres ignorado; Y de inquietudes libre, se ejercita En el sublime estudio de sí mismo; Con lagrimas allí se arrepentía De horas en los placeres abismadas, Y de amor en delirios consumidas. De aquellas toscas fuentes a los bordes, Sobre el florido esmalte, que matiza

De aquella soledad los verdes prados,
A sus pies arrojaba y sometía
Las humanas pasiones, y sereno,
De sus votos aguardaba que a medida,
Viniese, en fin, la muerte para siempre
A unirle con el Dios a quien servía;
Aquel Dios, que con gracia y bondad tanta
Su vejez honrar quiso, y su fe viva;
Que descender mandando a su desierto
La misma celestial sabiduría,
Y con él prodigando los tesoros,
De divinos arcanos, a su vista
Le agradara exponer de los destinos
El misterioso libro en que se cifran.

Este favorecido, grave anciano, A quien Dios revelado el Héroe había, Cerca de un onda pura, agreste mesa Al gran Príncipe ofrece, a quien no admira Lo nuevo del convite. Veces varias Bajo un humilde techo, y en faz misma Del simple labrador todo encantado, Del cortesano estrépito en huida, Y en busca solamente de sí propio, Del diadema depuesto alegre había El majestuoso fausto y fiero orgullo.

La turbación ruidosa difundida Por el orbe cristiano, vasto asunto Del coloquio más útil ofrecía Al huésped venerable y peregrinos. El virtuoso Morné, que en la doctrina Vivía de su secta imperturbable, ¡Cuán terribles apoyos suministra De Calvino al error! Dudoso Enrique, De su luz solo al cielo le suplica, Que sus ojos illustre un feliz rayo.

«En todos tiempos, dijo, combatida Entre febles y míseros mortales, Siempre de error cercada y de mentira, La divina verdad se vio en la tierra. ¿Fuerza será por tanto al alma mía, En Dios solo fundando su esperanza, De sendas, que hasta él mismo la dirijan, Vivir en la ignorancia tenebrosa, Que la humana razón jamás disipa? Un Dios ¡ha! tan benéfico, y del hombre El árbitro y Señor, ya dél habría Servídose a este fin, si le pluguiera.

Adoremos, el viejo les replica, Los designio de Dios. No le acusemos

Por faltas de los hombres. Yo vi un día De Calvino el error nacer en Francia. Humilde en sus principios, débil iba Arrastrando entre sombras. Desterrado, En nuestros muros sin sostén camina Por mil lóbregas vueltas y rodeos, Avanzándose astuto hacia sus miras Con un rastrero giro y lento paso; Y del seno del polvo y la inmundicia Atónitos mis ojos advirtieron Como su altiva frente se atrevía El hórrido fantasma a alzar osado; Como al trono abalanza, y sin medida Insultando a los hombres, nuestras aras Con planta a trastornar se arroja impía.

Huyendo al punto entonces de la corte, En esta obscura cueva la ignominia De mi sagrado culto a llorar vine. Plácidas esperanzas todavía Mis postrimeros años lisonjean; Un culto tan moderno mal podría Ser de duranza eterna. De los hombres Al capricho su ser deudor se mira. Morir se le verá como ha nacido; Las obras de los hombres de la misma Fragilidad serán, que sus autores. A su supremo arbitrio Dios abismaSus facciosas empresas. Él es sólo El inmutable Ser. Mientras registra De unas sectas sin número, la tierra, Las implacables guerras, que la agitan, Del Eterno a los pies en paz reposa La celestial verdad, que no ilumina Sino muy rara vez al orgulloso, Y que solo por fin, podrá ser vista Del que de corazón la busque y ame. Escuchad, Gran Enrique. Dios me inspira: Ser queréis ilustrado. Habréis de serlo. Elegiros por fin mi Dios se digna Al trono de Valois. Su excelsa mano Por sangrientos combates premedita, Encaminar triunfante vuestra planta; Terrible a la victoria su voz dicta, Que las sendas os abra de la gloria De laureles ornándolas y olivas. Más no ignoréis también, sabed, que en tanto Que a vuestro espíritu, propicia La verdad, de su luz que le ilumine Algún rayo benéfico no envía,

De París por las puertas será en baldeQue presumáis entrar. Tened bien fijaLa atención, sobre todo, en preservarosDe la común flaqueza, en que se abismanAun las más grandes almas. AtractivosHechiceros huid; huid insidiasDel más dulce veneno. Precaveos,Y de vuestras pasiones enemigasHaded tan solo miedo, Gran Enrique.Sabed al ocio blando y las deliciasResistir con vigor, y al amor mismoCombatir y vencer. Allí algún día,Cuando de tal valor, de virtud tantaPor una fuerza heroica y divina,Gloriosa y felizmente ya llegaréis,A triunfar de vos mismo y de la Liga;Cuando en un sitio horrible, cuya famaLa más remota edad oiga afligida,Todo un inmenso pueblo confundido,Por vuestros beneficios sólo exista;De vuestro Estado entonces las desgracias,Las funestas miserias que lo atristan,Acabadas veréis. De vuestros padresAl Dios entonces vuestra fe rendidaLos ojos alzará, y verá entonces,Cuan bien, cuan dignamente en él confíaUn sano corazón. Partid Enrique;Adiós y no dudéis que él os asista;El virtuoso varón, que le asemeja,De su apoyo seguro es justo viva.»

Dardos fueran de fuego estas palabras, Que del sensible Enrique el alma herían, Hasta su noble fondo penetrando. Transportado, créase al oírlas, A aquella edad del mundo tan dichosa En que al hombre mortal la Deidad misma Con su palabra honrara, y prodigando Prodigios, la virtud simple y sencilla A los Reyes magníficos mandaba, Sus

oráculos santos profería. Llegando al cabo el hora, en que era fuerza Que ya del justo anciano se despidia, Con dolor estrechándole en los brazos De sus ojos las lágrimas corrían. Desde aquellos instantes, ya entreviera De un día, cuyo sol aún no divisa, El precursor lucero. Sorprendido, Más no tocado aún Morné partía: Al árbitro supremo de estas gracias

Dél pluguiera ocultarse. Vana estima
En la tierra de sabio el nombre diera
Al que, de mil virtudes con mancilla,
Hiciera del error su amado fuerte;
En tanto que el buen viejo así platica
De Dios iluminado, disponiendo
El corazón del Príncipe, sumisa
Del viento la violencia a su voz calma.
De nuevo se aparece el sol, y brilla,
Sosiéganse las ondas, y bien presto
Conducido Borbón a las orillas,
Parte el Héroe volando por las aguas
De la soberbia Albión a sus marinas. Cuando en medio del mar de la Inglaterra,
Aquel flotante imperio Enrique avista,
La rápida mudanza venturosa
Reflexivo contempla, atento admira
De tan ilustre Estado y tan potente,
En que la acción violenta y desmedida
De tantas sabias leyes, y el abuso
Que la licencia eterno hacer solía,
Harto tiempo del Príncipe y vasallo
Labraran la recíproca desdicha.
Sobre el sangriento teatro, en que cien héroes
Catástrofe tan triste hallado habían;
Sobre el solio fatal resbaladizo,
Del que, de cien Monarcas abatida
La majestad augusta ya se viera,
Una mujer, al fin, el cetro afirma;
Y a sus pies los destinos sujetando,
Nuestro sexo confunde; y ya la rica
Brillantez de su reino al mundo entero
Sirve de admiración, terror y envidia.
Era aquella Isabel singular hembra,
De su esfera y su sexo maravilla,
Cuyos sabios manejos, de la Europa
Inclinar a su arbitrio conseguían
De la balanza el fiel. La que al Britano
De indómita cerviz, que no podía
Servir ni vivir libre, al fin su yugo
Llevar, y aún amar hizo. Grato olvida
Bajo su sagaz mando el Inglés pueblo
Pérdidas, que jamás sufrir creería.
Sus fecundos rebaños, sus llanuras

Sus montañas y bosques ya cubrían;
De la esfera los mares, sus bajeles;
Y sus copiosas mieses, las campiñas.
Monarca es en la mar, temido en tierra;
Sus flotas imperiosas, que esclavizan

Por do quier a Neptuno, la fortuna
Del uno al otro polo se atraían.
Londres, bárbara un tiempo,
centro es culto de las útiles artes en el día.
De las gentes del mundo más remotas
Con frecuencia sus plazas concurridas,
Emporio es a Mercurio, a Marte templo.
Los muros de Westminster domicilian
Tres distintos poderes, que del lazo
Que los une entre sí, los tres se admiran.
Diputados del Pueblo, Rey y Grandes,
A quienes intereses dividían
Y reunía la ley. Los tres sagrados,
Y miembros inviolables, que organizan
Su invicta institución, tan peligrosa
A sí misma tal vez, y a sus vecinas
De tanta alarma siempre, y tan terrible.
Feliz, mientras el Pueblo en la medida
De su deber instruido y limitado,
Al supremo poder respetos rinda
Cuanto le debe fiel; y aún más dichosa,
Cuando al Pueblo también a su vez rijan
Reyes justos, políticos y dulces,
Que acaten cuando deben, y no opriman
Su libertad civil. ¡Ha! cuando, cuando,
Así exclamó Borbón, cuando podrían
Unir como vosotros los Franceses
La gloria con la paz! ¡Testas altivas,
Príncipes de la Europa cuanto ejemplo
Tenéis aquí patente a vuestra vista!
Las puertas de la guerra en sus estados
Una mujer cerrando, la paz fija;
En tanto, que a los vuestros,
con desdoro del pecho varonil que los domina,
El horror y discordia relegando,
De un pueblo que la adora, hace la dicha.

Va entretanto arribando, y tierra toma
En la inmensa Metrópoli, do brilla,
Y por do quiera reina la abundancia,
Que de la libertad tan solo es hija.
Del vencedor aquí de los Ingleses
La célebre y antigua torre mira,
Y allí más a lo lejos de la Reina
El alcázar augusto ya registra.
De su amigo Morné sólo seguido,
A encontrar a Isabela se encamina,
Sin nada de aquel fausto y pompa vana,
Que encanta en su interior la fantasía
De los Grandes, por grandes que ser puedan,

Más que héroes verdaderos no codician,
Antes desdeñan siempre. Borbón habla,
Y en sola su franqueza el fondo cifra
De su elocuencia toda. De la Francia
Las cuitas en secreto a Isabel fía:
Y si es, que de su patria en fiel obsequio,
Su corazón y lengua al ruego humilla,
Su elevación a un tiempo y su grandeza
En la sumisión misma descubría.
«¡Pues qué! ¿a Valois servís?» la Reina dice
¿Es Valois, le repite sorprendida
Quien a Borbón envía, quien le manda
Del Támesis venir a las orillas?
Qué! ¿De sus implacables enemigos
Tornado en protector, por ellos lidia,
Y con tanta eficacia Enrique viene
A emplear hoy sus ruegos y fatigas
Por el Príncipe aquel, que aún ayer mismo
Perseguirle de muerte parecía?

Aun desde las riberas del poniente
Hasta las puertas de la aurora, grita
De vuestros largos choques y discordias
La voladora fama peregrina;
¡Y en favor de Valois armada veo
Esa mano, esa mano dél temida
Tan repetidas veces!»... «Sus desgracias
Sofocaron ¡o Reina! le replica,
Nuestros antiguos odios. No era libre
Valois; se hallaba esclavo. Ya en el día
Sus cadenas rompió. Otro su estado,
Otra fuera su gloria, otra su dicha
Si siempre de mi fe más bien seguro,
Otro arriesgado apoyo y otras ligas
Que su valor y el mio no buscase;
Pero usó de artificio e hipocresía:
Por flaqueza y temor fue mi enemigo:
Más, en fin de sus riesgos a la vista
Sus faltas se me olvidan y mi injuria.
Le he vencido, Señora, e ya de prisa
A vengarle tan solo corro ahora.
Vuestra bondad, gran Reina, bien podría
En tan alta querella, en lid tan justa,
Labrar un nombre eterno a la gran Isla,
Y a un tiempo coronar vuestras virtudes,
Si de nuestros derechos grata auxilia
Vuestra potente mano la defensa,
Y conmigo vengar tal vez se digna
Esta de los Monarcas común causa.» Con impaciencia entonces la heroína,

Que la historia le cuente, pide a Enrique
De tanta turbación como afligía,
Y la Francia asolaba. Los resortes,
El encadenamiento y las intrigas,
Que en el triste París causar pudieran
Tanta revolución, saber quería;
Y a este fin, su palabra dirigiendo
Al augusto enviado, así le invita:

«Ya con frecuencia ¡Príncipe! la fama Voladora y parlante me tenía, De esos sangrientos lances e infortunios Dada muy de antemano la noticia; Pero en su ligereza, siendo siempre Tan necia e infiel su lengua, que prodiga Con la verdad mil veces el engaño, Sus vagas relaciones de fe indignas Desechado hube siempre. Vos Enrique, Que de tan prolongadas, fieras lidias Célebre parte fuisteis y testigo; Y vos, que de Valois la alternativa De apoyo, o vencedor seguisteis siempre, Explicadme ese nudo que ya os liga: Tan extrema mudanza descifradme. Vos tan solo, Borbón, sois quien podría De voz mismo tratar de un digno modo. Vuestras faustas proezas y desdichas Que me pintéis, os ruego, y creed Enrique, Que es lección de los Reyes vuestra vida.» «¡Ha! replica Borbón ¿y será fuerza Que vuelva a renovar la lengua mía De días tan funestos y

menguados La infanda narración, la atroz herida? Pluguiese al cielo airado, illustre
Reina, Al cielo, que testigo de allá arriba De mi acerbo dolor fue veces tantas, Que de
un eterno olvido la cortina Para siempre escondiese a nuestros ojos Cuadros de tanto
horror ¿Porqué me obliga Vuestra bondad, Princesa, a que mi labio, De Reyes de la
sangre que me anima, Cuente el furor y afrenta? Se estremece Mi corazón aún, cuando
se excita Su recuerdo cruel: más lo mandasteis; A obedeceros voy. Quizá sabría De
algún otro la astucia, al daros cuenta, Sus enormes delitos, sus perfidias Disfrazaros aún.
Con labio diestro Aún tal vez sus flaquezas cubriría; Pero en mi franco pecho al
artificio,

A la doble cautela no hay cabida.
Oíd, Señora, pues. Es el soldado,
Más que el embajador, el que se explica.»

Canto segundo

Argumento

Enrique el Grande cuenta a la reina Isabel la historia de las desgracias de la
Francia. Se remonta hasta el origen de ellas, y entra en el detalle de la carnicería
ejecutada la noche de San Bartolomé
«De males el exceso a que la FranciaEntregada se mira, horrible es, Reina;Y horrible
tanto más, cuanto es sagradaSu fuente comunal. Celo inhumano,Furor de Religión fue,
quien la dagaEn la mano libró del Francés Pueblo.Entre Ginebra y Roma jamás
nadaDecidir osaré; más por divinosQue los renombres sean, a que a entrambas,De uno y
otro partido los secuacesCon extremos hipérboles exaltan,Yo, no obstante, el furor, yo
el sutil doloVi que a los dos denigran y difaman.Si del error es hija la perfidia,Si entre
las controversias, que desgarranY la Europa sumergen, las traiciones,Los alevés
puñales, las cábalasInfame sello son, que la mentiraTan cruel como pérfida
contrastan,Ambos partidos pérfidos y crueles,Iguales en los crímenes y manchas,Del
ominoso error entre tinieblasAmbos, al parecer, iguales andan. (7)

Francés, soldado y Rey, solo adoptando
Del trono la defensa y de la patria,
Su venganza dejando al cielo solo,
Nunca se habrá notado que violada
De mi poder legítimo la línea,
Con una mano osase temeraria
Profanar del levita el incensario.
Perezca para siempre, si, mal haya
La perversa política, que intenta

Un despótico imperio sobre el alma:
Que racionales pechos solicita
Convencer por la fuerza de las armas:
Que de herética sangre los altares
De un culto dulce y puro, feroz mancha;
Y de intereses sórdidos del mundo,
O frenesí fanático guiada,
De paz a un Dios benigno solo sangre,

Solo homicidios bárbaros consagra. «Pluguiera a este Dios mismo omnipotente,
Cuya ley busco yo, que así pensara
La corte de Valois; pero a ambos Guisas, (8)
Los escrúpulos míos no embarazan.
De esos jefes de un crédulo gentío
La profunda ambición, sagaz disfraz
Su profano interés con el del cielo.
Cae un furioso pueblo en su vil malla,
Y contra mí, los pérfidos, el odio
De su cruel piedad concitan y arman.
Yo vi correr por celo a degollarse,
Volar vi mis patriotas con la llama
Al combate empuñada y al incendio,
Por vanos argumentos que no alcanzan.
Vos conocéis el pueblo, ilustre Reina;
Cuál es su arrojo, cuál su audacia,
Desde el terrible punto en que le imbuyen
Y a persuadirse llega que es la causa
Del ultrajado cielo la que venga.
De la fe con la venda densa y sacra
Ceñidos ya sus ojos, desde entonces,
De la obediencia rompe el freno y valla.
De vos, gran Isabel, estas verdades
Conocidas muy bien, bien meditadas,
Vuestra sabia cautela de antemano
Oportuno remedio al mal prepara,
Prontamente ahogándole en su cuna.
La tempestad, apenas fue formada
En los Estados vuestros: la previera
Vuestro espíritu pródigo, y la calman
Vuestras prendas, por fin, vuestros talentos:
El fruto ya gozáis de virtud tanta.
Vos, Señora, reináis: Londres es libre,
Y vuestras leyes florecientes campan.
Rumbos siguió la Médicis diversos. (9)
De narración tan mísera tocada
Mandaréisme, tal vez, que un fiel retrato
Del carácter de Médicis os haga.
Oídlo ya de un labio ingenuo al menos:
Muchos, Reina, de Médicis parlaban;

Pocos empero bien la conocieran:
Sondaron pocos bien las enseñadas,
Los oscuros secretos y repliegues
De sus ondas maléficas entrañas.
Yo, que de cuatro lustros por espacio,
De sus hijos criado en cortes varias,
Bajo sus mismos pies, por tanto tiempo
Ir formándose he visto las borrascas,

Con demasiado riesgo a conocerla
Aprendido he, por fin, y a descifrarla.

«La aventurera muerte de su esposo, Que de su edad la flor segó temprana, Dejó precipitado y libre curso A toda su ambición, y sujeta De sus hijos, el uno en pos del otro, La regia educación a su tirana Tutelar dictadura: al que sin ella El cetro ya empuñar, reinar osaba, Desde aquel mismo instante le persigue, Por odioso enemigo le declara. Alrededor del solio derramando De discordia y de envidias la cizaña, Oponiendo incesante y harto astuta A los Condés los Guisas, Francia a Francia, Con sus mismos contrarios más discordes Pronta siempre a ligarse, y en mudanza De enemigos perpetua, de rivales, De intereses, de bandos y de causas, Del deleite y placer, si bien no tanto (10) Como de la ambición, sensual esclava, Y para colmo, además, supersticiosa, (11) Y a su culto también mil veces falsa; La Médicis, Señora, por decirlo Sin explicarme más, en dos palabras, Poseía, por fin, del sexo propio Con muy poca virtud todas las faltas... Se deslizó mi lengua. La franqueza Perdonadme, gran Reina. Computada No sois ya sobre todo en ese sexo. Déj no tiene Isabel más que las gracias. El cielo, que os formó porque supieseis Imperios dirigir, nos echa en cara A todos vuestro ejemplo, y en la lista Ya la Europa os admira numerada De los hombres más célebres y grandes.

«De una imprevista suerte fiera saña, De Francisco segundo, con Enrique La reunión en la tumba ejecutara. Francisco, niño feble, que de Guisa

Los caprichos seguía y adoraba; Joven, cuyas virtudes, cuyos vicios Igualmente secretos, se ignoraban. Carlos, más mozo aun, tan solo el nombre Poseía de Rey. Solo reinaba Médicis a placer, y a su ley sola Todo se humilla ya, todo se espanta. En dejar su poder asegurado Bien presto su política afanada, De un hijo, en demasía blando y dócil, La infancia al parecer eternizaba. De la voraz discordia por su mano En la Francia encendiendo la atroz hacha, Con sangre, de su nuevo y duro imperio Los principios la Médicis señala. De dos furiosas sectas enemigas, La cólera y los celos mueve y arma. Las campañas de Dreux, que al viento vieron Sus funestas banderas desplegadas, Primer teatro infausto, campo horrible De los trofeos fueron de sus tramas. En tan triste jornada, Montmorenci, (12)

Caudillo que peinaba antiguas canas,
Del luctuoso paraje poco lejos
Do el panteón de los Reyes se levanta,
Alcanzado, por fin, y mal herido
Del mortífero plomo que arrojara
Una guerrera mano, de cien años
De marciales trabajos terminada
Su carrera vio allí; y de Orleans cerca
Fue asesinado Guisa. Por desgracia, (13)
La vida de mi caro infeliz padre, (14)

Siempre a la aleve corte encadenada, Siempre, y a su pesar, sirviendo humilde A la cruel Catalina su tirana, Siempre sobrado feble, entre ignominias Su indecisa fortuna tras sí arrastra; Y siempre por su mano preparando Sus desdichas él propio y sus infamias, Ha combatido y muerto de sus mismos Fieros perseguidores por la causa. Condé, que tierno vástago me mira Que de su hermano huérfano restara, Oficioso adoptandome, sirviome De padre y de señor. De sus campañas El suelo fue mi cuna. Entre guerreros Allí

criado y en fatigas varias, De la corte, a su ejemplo, desdeñando Una indolencia oscura,
a tantos grata,

Y del verde laurel de amargo fruto Prefiriendo gozar la sombra clara, De juegos a mi
infancia y de recreos Sirvieron desde entonces sus batallas.

«¡O llanos de Jarnac! ¡o en demasía Inhumana, alevosa y vil espada! Bárbaro
Montesquieu, que de asesino, (15) Más bien que de soldado nombre alcanzas! Condé,
que moribundo, que cubierto De gloriosas heridas ya encontraras, De tu golpe cayó bajo
la furia. Yo descargar lo vide. Yo segada Su vida he visto allí... ¡ah!, que harto joven De
flaco brío aún y estéril saña, No pudo ¡ay Dios! no pudo allí mi brazo, Ni prevenir su
muerte, ni vengarla.

«El cielo, protector de mi flaqueza, De héroes al celo ardiente y vigilancia, Mi débil
juventud, siempre piadoso, Confiar felizmente decretara; Y de Condé, por fin, sucesor
digno, La defensa, Coliñi, al punto abraza (16) De mi persona a un tiempo y de mi
bando. Yo se lo debo todo, si. Tan grata Confesión de mi deuda, es bien forzosa; Pues si
la Europa ve, si acaso alaba De virtud en mis hechos algún rasgo; Si esa Roma procaz,
que me amenaza, Si aun esa Roma misma, muchas veces El mérito apreció de mis
hazañas, ¡Vos sois, vos sombra ilustre, a quien lo debo!

«Crecí bajo sus ojos. Allí hallara Mi juvenil ardor por tiempo largo, De la guerra la
escuela dura y brava. Él mismo, a cada paso, de los héroes, Con su ejemplo el gran arte
me enseñara. Yo he visto a este guerrero encanecido En trabajosas lides y hechos de
armas, Sobre sus fatigados nobles hombros, A una vez sostener con fuerza y calma, De
la causa común, contra la Reina Y la fortuna infiel toda la carga. En su bando querido, y
del adverso No menos respetado, injurias agrias De la fortuna a veces soportando; Más
siempre, a su pesar, por su constancia Igualmente temido y peligroso; De destreza, por
fin, no menos sabia Al mandar retiradas que combates;

Y en sus mismas derrotas, harto infaustas
Más grande, más glorioso, y más temible,
Que Dunois o Gastón serlo logran,
En el triunfante curso de la dicha,
Que coronó el suceso de sus armas.

«Al cabo de dos lustros ya cumplidos De prósperas empresas y desgracias, Médicis,
que a ver torna renaciente Un partido que crédula contaba Para siempre deshecho, y
cuyas tropas Ya de Francia los campos inundaban, De infructíferos triunfos y combates
Dados en guerra abierta al fin cansada, Por último maquina, intenta aleve, Sin más
vanos esfuerzos en campaña, En el seno apacible de los pueblos, Y en su mísera sangre,
sufocada De un golpe dejar ya la civil guerra. La corte, desde entonces, de sus gracias
Seductores halagos nos ofrece. De vencernos, por fin, desesperada, Engañarnos procura,
y con propuestas De una paz lisonjera nos aplaca; Más! que paz, justo Dios a quien
atesto! ¡Cuanta sangre, gran Dios de las venganzas, Presto inundó, manchó su infausta
oliva! ¡Y será fuerza ¡cielos! que la raza De los supremos jefes de los hombres, Del
delito las sendas allanadas A sus súbditos deje con su ejemplo?

«Allá en su corazón fe le guardaba Coliñi a su señor. Lágrimas tiernas De profundo
dolor le cuesta Francia, Aun cuando, a su pesar, por su bien solo En combatir Franceses
se empleara. De este bien arrastrado, abraza, acepta, Y aún la ocasión previene, que
ostentaba Asegurar propicia del Estado La concordia común tan suspirada. En el pecho

del héroe, raras veces Halla abrigo la vil desconfianza. Coliñi, entre alevosos enemigos,
De una seguridad sobrado incauta Conducido por fin, a París viene, Y allí fija su
fúnebre morada. Del Louvre a un tiempo mismo allá hasta el fondo Mis pasos dirigió.
Médicis falsa, Recíbeme llorando entre sus brazos; Ternezas me prodiga, me agasaja

Cual madre largo tiempo, y a Coliñi
La más fina amistad le protestaba.
Que a lo adelante quiere por su sabio
Consejo gobernarse, le declara;
Cólmale de favores, y a sublimes
Dignidades sus méritos exalta.
Muestra a los míos todos, deslumbrados
De dulces lisonjeras esperanzas,
Fascinantes y astutas apariencias
De las gracias del Rey más señaladas.
Esperábamos ¡ha! creído hubimos,
Gozar de ellas en paz edad más larga.

«Sospecharon no pocos la perfidia De estos presentes, si. Se recordaran Cuan temible
era el don del enemigo; Más siempre a sus recelos igualaban Del Rey los artificios.
Poco hacía, Que de un secreto obscuro allá a la capa, Al perjurio, la Médicis, y al fraude
Iba el hijo formando. Preparaba A crímenes atroces de aquel joven El fácil corazón, y
por desgracia, El Príncipe infeliz, a sus lecciones Dócil en demasía, y a observarlas Por
su genio feroz hartó excitado, En su culpable escuela aprovechaba, Y excesivos
progresos consiguiera.

«Porque, a un misterio vil de horrible cara, Hermoso y noble velo astuto echase, Su
hermana me concede, y ya me llama Su hermano ¡O falso nombre, y cuán funesta Ha
sido tu ilusión, tu fe cuán vana! O himeneo fatal, primer presagio De nuestros males
todos! Turbias llamas De tu antorcha, soplada y encendida Del cielo por las iras, de mi
amada, De mi infelice madre ¡o amarga pena! (17) A estos mis propios ojos alumbraban
La tumba funeral. Ligero, injusto No intento ser, Señora, en esta causa. Yo de imputar
no acabo a Catalina, De mi madre la muerte acelerada. Su misteriosa muerte, no
pretendo Sin más pruebas cargarle. Tal vez, varias De legales indicios de mí aparto. Es
bien inútil ¡Reina! es excusada La pena de buscar a Catalina, Más número de crímenes y
faltas. Murió, Señora, al fin murió mi madre...

Perdonadme unas lágrimas, que arranca
A mi dolor, tan tierno y fiel recuerdo,
Todo se apresta en tanto. Ya es llegada
Del desenlace cruel la fatal hora,
Que Médicis muy antes reservara.

«A favor de las sombras de la noche, Sin estrépito fue la seña dada. De aquel mes, de
memoria a Francia horrenda La nuncio desigual que retirara A la tierra de espanto,
parecía, De su manchada faz la luz plateada. Del reposo en los brazos dulcemente El
incauto Coliñi se entregaba, Y un sueño engañoso, de adormidera Sus órganos con
flores recargara. Más de alaridos, pronto, un rudo estruendo Interrumpió, turbó tan dulce
calma, Y a arrancar vino de ella sus sentidos. Arrójanle del lecho las alarmas. Escucha:

observa atento, y por do quiera, Sólo mira asesinos, que con rabia, Que con paso veloz todo lo corren. Brillando ve mil teas y mil armas. Arder ve su palacio: un pueblo inmenso Vagando ve entre undosas asonadas: Sangrientos sus sirvientes ahogarse Mira entre fuego y humo: en cruel matanza Verdugos de tropel ve encarnizados, Y en voz alta gritando «perdonada Una vida no sea, que es Dios mismo, La Médicis y el Rey, quienes lo mandan.» Resonar de Coliñi el nombre siente; Y allá al joven Teliñi, a una distancia, Divisa al mismo tiempo; aquel Teliñi, (18) A quien la mano fiel de su hija cara Amor librara en premio; aquel Teliñi, Horror el más precioso de su casa, Y de su bando todo, a un tiempo mismo, El lisonjero apoyo y la esperanza; A quien, todo sangriento y desgarrado, Los asesinos bárbaros arrastran, Y al amoroso padre en tanta angustia, Su socorro pidiéndole y venganza, Ensangrentados brazos le tendía.

Más el héroe infeliz, inerme se halla; Y en tan duro conflicto templando, Que es fuerza perecer, sin que alcanzara Dignamente vengarse, quiere al menos Morir como viviera, siempre intactas

Su gloria y su virtud. Ya numerosa Cohorte de asesinos amenaza Romper con insolente tropelía, Las puertas del salón que le encerraba. Él mismo se las abre. Se presenta; Y sobre todos tiende unas miradas De tanta calma llenas, y con frente No menos majestuosa y sosegada, Que cuando, allá algún día en los combates Dueño de su valor, con dócil saña, O el degüello, benigno detenía, O con rigor guerrero apresuraba.

«A su aire venerable y faz augusta, Sorprendida de súbito, y cambiada En confusión no menos que en respeto, De aquellos carniceros la arrogancia, Por una fuerza oculta suspendieron Inmóviles sus pasos y su rabia, «¡Camaradas! les dice, ¿que os detiene? Vuestra obra dejad presto acabada; Y con la yerta sangre de mis venas, Manchad, inexorables, estas canas, Que en la larga carrera de ocho lustros, La suerte respetó de las batallas. Vuestra misión cumplid. Vuestros aceros Descargad; herid ya. No temáis nada. Coliñi os lo perdona. Poco importa, Leve cosa es mi vida. A vuestra saña La abandono. Perderla más quisiera Por vosotros lidiando en las campañas. A estas razones, los sangrientos tigres Caen atolondrados a sus plantas. Del uno, aquí, el espanto saltar hace El puñal, que a su pecho ya tocaba, Allí postrado en tierra, los pies otro De Coliñi abrazando, en llanto baña, Y rodeado en tal lance aquel gran hombre, De una banda confusa y humillada De sus mismos brutales enemigos, A un poderoso Rey se asemejaba, De su pueblo querido y adorado. Pero el malvado Bisma, que aguardara (19) En el patio su víctima, impaciente De que tal lentitud le dilatara Su meditado crimen, indignado, Sube, corre afanoso, y la tardanza Del alevoso golpe resolviendo Remediar por su mano, a los pies halla De aquel héroe, sus propios asesinos

Temblando y consternados. En tan blanda Tan patética escena, a Bisma solo, Al inhumano solo no embargaban Sentimientos de lástima, a que siempre Su pecho inaccesible se mostrara; Desagradar creyendo con un crimen De alta traición a Médicis, si su alma, De algún remordimiento el más liviano, Sorprendida en tal caso se notara. Por entre los soldados pasa, corre Hacia el bravo Coliñi, que le aguarda Con sereno semblante; y de repente, El furibundo monstruo con su daga Le atraviesa, desviando dél la vista, Llevado del temor, de que una ojeada De aquel augusto rostro, su vil brazo Estremecer hiciese, y su villana, Su selvaje fiereza congelase.

«Tal del hombre más grande de la Francia, La funesta catástrofe a ser vino. Con sevicia feroz, con ciega rabia, Después que ya por tierra yace yerto, Aún le insultan impíos y le arrastran. De heridas traspasado su cadáver, Sin común sepultura le

colgaran, De los voraces buitres por vil pasto. Su cabeza a la Médicis regalan Y a sus plantas ofrecen, cual trofeo Digno de la impiedad de sus entrañas, Y del índole fiera de un Rey hijo, Que por desgracia en ellas se formara. Con tan fría indolencia la recibe, Que no gozar la pérfida indicaba De su aleve venganza el fruto inicuo. Como de largo tiempo acostumbrada A presentes iguales, ya sin gustos, Ya sin remordimientos, dominara Las impresiones todas del sentido, Que afligirla pudieran, o turbarla.

«¿Quién podría fielmente los estragos, Cuya imagen tristísima ostentaba Aquella noche atroz, decir bastante? La muerte de Coliñi aunque harto infausta Primicia de horror tanto, ensayo débil De sus crueldades era y sus venganzas. De un pueblo de asesinos, ya sin freno, La vil haz en matar encarnizada Por deber y por celo, allí corría Mortal hierro blandiendo, y vivas brasas

De furor fulminando de sus ojos,
Por rimas de cadáveres, formadas
De sangrientos hermanos, con pie impío
Los verdugos, trepando, caminaban.
Guisa estaba a su frente. Guisa, hirviendo
De cólera, con sangre que derrama
De cuantos encontraba de los míos,
De su padre los manes aplacaba.
Nevers, Gondí, Tavanne, por su parte, (20)
Sus dagas empuñando, ardor más daban
De su inhumano celo en los transportes;
Y llevando delante pregonada
La lista de sus crímenes, conducen
A la muerte, y sus víctimas marcaban.

«Pintaros no pretendo, ilustre Reina, Los raudales de sangre, que arroyaba, El tumulto, los gritos, los gemidos, Los horrores, las muertes y las llamas, Que del triste París, por todos lados, Se vieron en tal noche. Asesinada La hija de su madre sobre el cuerpo; Bajo el del hijo el padre que expiraba; Al lado del hermano, boqueando Aún caliente el cadáver de la hermana; Esposos abrazados, bajo el techo Del desplomado hogar agonizaban; Desde las altas torres y azoteas, Sobre la dura piedra ensangrentada Estrellados ¡que horror! niños de cuna... Del odio humano, sí, de su cruel saña Tanto es lo que esperarse puede y debe. Más lo que no podrán sin repugnancia Creer los venideros, lo que apenas Aún ahora vos misma, en mi palabra, Podréis creer, Señora, es, que los monstruos, Ferozmente sedientos en su rabia, Cebándose insaciables a porfía En la mísera y triste sangre humana, Que a derramar concita en todas partes La voz del sacerdote sanguinaria; Al Señor invocaban fervorosos, Mientras que sus hermanos degollaban, Y con mano alevosa y parricida, En sangre de inocentes tan manchada, Esta ofrenda, este incienso abominable, Consagrar en su altar a Dios osaban. ¡Cuantos héroes envueltos allí fueron En las lúgubres sombras de la parca! Renél, y Pardellán, allí bajaron (21)

A habitar de los muertos las estancias.
Allí, tú periciste ¡bravo Guerchi! (22)
Y tú ¡Lavardín sabio, de más larga (23)
Y más próspera vida y suerte digno!

Entre tanto infeliz, víctima tanta,
Que noche tan sangrienta en los horrores
De una eterna dejado ha sepultada,
Subissa, y Marsillac, ambos proscritos (24)
De su vida los días con audacia
Aun defender supieran tiempo largo;
Más sangrientas, al fin, acribilladas,
Ya respirando apenas, y a empellones,
Sus personas acosan, las arrastran
Del Luvre abominable hasta las puertas,
Y del palacio odioso las entradas
Con su sangre regando, en vano imploran
Un Rey cuya traición les inmolará.

«Tempestad tan horrenda de la altura Del palacio excitando, contemplaba A su sabor la Médicis su fiesta. De diversión curiosa con miradas, Sus dignos e inhumanos favoritos, De sangre ven las olas, que resaltan, Que a sus ojos bullendo aun humo elevan; Y de todo París, envuelto en llamas, Los míseros despojos y ruinas, A estos héroes triunfal pompa labraban.

«¿Pero qué digo? ¡o crimen! ¡o vergüenza! ¡O de los males nuestros extremada, Fiera y nefanda suerte! El Rey, Señora, (25) Él mismo, entre verdugos se mezclaba, Y el tropel persiguiendo fugitivo De míseros proscritos, torpe mancha, De sus propios vasallos en la sangre, Una mano a guardarla consagrada. Y ese mismo Valois, a quien hoy sirvo, Ese Rey, que hoy, Señora, vuestra gracia Implora por mi labio, parte habiendo De su bárbaro hermano en unas tramas Tan negramente alevos y afrentosas, Su cólera excitaba a la venganza; No porque de Valois impías fuesen, A pesar de hechos tales, las entrañas: En sangre rara vez tiñó su mano; Más ejemplos del crimen le sitiaron En su primera edad. Su crueldad misma, De flaqueza de espíritu no pasa.

«Entre la multitud de asesinados, Algunos el furor burlar lograran

Del asesino acero. Prodigiosa,
Célebre será siempre, y trasladada
A la futura edad de labio en labio,
De Comont, tierno niño, la más rara (26)
Favorable aventura. Su buen padre, Que el peso de los años abismaba, Entregárase al sueño, y a su lado Dos tiernos caros hijos acostara. Un solo común lecho, aquella noche, Al padre y ambos hijos cobijaba. Fogosos matadores forajidos, A quienes cruel cólera cegara, Sobre ellos velozmente descargaron Un granizo feroz de puñaladas. Por el lecho al azar la muerte vuela. En sus potentes manos sólo guarda La suerte de los hombres el Eterno: Él sobre nuestros días, si le agrada, Velar sabe, al momento en que las furias Del sangriento homicida ciegas andan. Ningun golpe a Comont hiere ni toca. Un invisible brazo le amparaba En su defensa armado, y de las iras De tanto matador libra su infancia. A su lado su padre moribundo Y de heridas cubierto, le tapaba Con su cuerpo, expirando, todo entero; Y del Rey y del Pueblo así engañada La bárbara crueldad, a su hijo ha dado Segunda vez la vida con su maña.

«¿Y qué hacía, qué hacía yo en momentos De tanto horror colmados y desgracia? De juramentos ¡ha! los más solemnes Por demás entregado a la fe santa, Del Louvre allá en el fondo descansando, Muy distante del ruido de las armas, Aún del dulce reposo mis sentidos Los encantos pacíficos gozaban. ¡O sueño el más funesto! ¡O noche horrenda!

Lúgubres aparatos de la parca, Al despertar mis ojos perturbaron. Mis más caros domésticos se hallaban Asesinados ya. Por todos lados, Mis pórticos la sangre ya inundaba; Y mis ojos abrí para ver solo Mis míseros sirvientes, que acababan De ser bárbaramente degollados, Tendidos sobre el mármol de su estancia. Los sangrientos verdugos ya se acercan

A mi lecho furiosos; ya se avanzan. Sus parricidas manos, atrevidos, Contra mi pecho y cuello ya levantan. Ya el momento llegara en que debía Mí suerte terminar; ya presentara Mi cabeza al cuchillo; ya la muerte Resignado por puntos esperaba; Cuando, o fuese tal vez porque el respeto, Que de antiguo a la sangre tributaran De mis regios abuelos, sus Señores, A mi favor entonces aún hablara De aquellos alevosos asesinos Al brutal corazón, o que la rabia Ingeniosa de Médicis, por dulce Para mí por demás consideraba Una rápida muerte; o porque un puerto En tanta tempestad se reservara, Guardándome por rehenes la prudencia De su sagaz furor, yo preservadas Para nuevos reveses vi mis horas; Pues mi muerte cambiar Médicis manda, Más que la muerte dura, en cadenas.

«Con suerte, a la verdad, menos amarga Y de envidia más digna, aquella noche, Expirando Coliñi, al menos, nada En ella más perdiera, que la vida. Su libertad y gloria inmaculadas, Le han seguido al sepulcro... Vos, Señora, Vos, os estremecéis a tan ingrata Bárbara narración. Horrores tantos Os sorprenden, sin duda, y os espantan. Hasta aquí, sin embargo, solo oísteis De ellos la menor parte. Se pensara, Que del Luvre fatal desde las torres, La seña Catalina diera infausta (27) Aquella propia noche al Reino entero. Todo imita a París. La muerte asalta, Sin resistencia cubre a un tiempo mismo, La vasta superficie de la Francia. Cuando un Rey quiere el crimen, ya lo impera Y obedecido es harto. Su cruel saña, Por cien mil asesinos fue servida; Y las sangrientas enturbiadas aguas De los ríos de Francia, al mar pasmado, Solamente cadáveres rastraban.»

Canto tercero

Argumento

Continúa el Héroe la historia de las guerras civiles de Francia. Funesta muerte de Carlos IX. Reinado de Enrique III. Su carácter. El del famoso Duque de Guisa, conocido por el apodo de Balafre. Batalla de Cutrás. Asesinato del duque de Guisa. Extremos a que se vio reducido Enrique III. Mayena Jefe de la Liga. De Omala su Héroe. Reconciliación de Enrique III con Enrique Rey de Navarra. Socorros prometidos por la Reina Isabel. Su respuesta a Enrique de Borbón

«Cuando fúnebres días se cumplieran, En que a tanta crueldad, del hado impío Libre curso el decreto permitiera; Y de asesinas turbas, fatigadas De incendios y homicidios, a la fiera, Ya embotada cuchilla del degüello, Más inocentes víctimas no restan; El obcecado pueblo, cuyo brazo Con bárbara impiedad armó la Reina, Abre por fin los ojos, y el fiel lienzo Hace de sus delitos, que suceda Fácilmente su lástima a sus iras. De la Patria el clamor hiere su oído; Y bien presto de horror el mismo Carlos Sobrecogido todo, se sublevan Allí en su corazón remordimientos, Que áspides lo devoran y envenenan. Del Rey la educación, aunque infelice, Aunque a él mismo y sus pueblos tan funesta, En sus primeros años de su genio El nativo carácter corrompiera: Nunca en él, sin embargo, sufocara Aquella voz del cielo y la conciencia, Que sobre el solio mismo logra oírse, Y a los Reyes espanta y atormenta. Y si bien, torpes máximas y ejemplos De su madre nutriéranle en la escuela, Todavía en los crímenes y vicios Su corazón no estaba,

cual el de ella, Irreparablemente empedernido. De sus mejores días la flor llegan
A marchitar tristezas y pesares, Y mortal languidez su aliento abrevia. El formidable Dios
de las venganzas, Desplegando, por fin, la más severa, A este Rey moribundo, de su
enojo Con patentes y horribles marcas sella; Aterror meditando, en su escarmiento,

Cualquiera que en pos dé, osado fuera Por sus huellas marchar. Vile expirando; Y su
asombrosa imagen aún creyera Delante aquí tener de estos mis ojos, Que el recuerdo
enternece de su pena. A gruesos borbotones, por los poros De su cuerpo, la sangre de las
venas Lanzándose copiosa, la francesa, Que con tanta impiedad el rigor fiero De sus
atrocés órdenes vertiera, Parecía querer dejar vengada. Herido se sentía y se confiesa De
una invisible mano; y aturdido De catástrofe el Pueblo tan horrenda, Lloro una juventud,
gime una vida En su abril agostada; un Rey que viera Por perversos al crimen
arrastrado, Y que indicios, al fin, de penitencia, De un imperio más dulce, a lo
adelante Tal cual feble esperanza prometieran.

«Allá del Norte helado desde el fondo, De su muerte al fragor, que allí resuena,
Impaciente Valois, rápido parte, Precipitadamente al punto llega A apoderarse al suelo,
en que aun bullía Del carnicero estrago sangre fresca, De la sangrienta herencia de su
hermano.

«Por común elección, con la diadema De su Reino, aquel tiempo, la Polonia, Del
dichoso Valois la sien ciñera; De Jagellon al trono le llamara, De su primera edad
marciales prendas, Que, sin duda, más célebre y temible De Enrique de Valois el
nombre hicieran, Que los más fuertes Príncipes, los votos De cien vastas provincias le
granjean, Y al solio le proclaman con aplauso. ¡O lisonjera fama, y cuánto pesas
Cuando sobradamente eres temprana! Tan peligrosa carga, no supiera Sobrellevar
Valois. Jamás de Enrique Su disculpa se espere. Norabuena Sacrifíquele yo vida y
reposo. Todo le inmolaré, mientras no sea La verdad, que amo más, y le prefiero. Mi
corazón le llora y le reprueba Al paso que le auxilio y soy su apoyo.

«Como sombra fugaz, pasada fuera De Enrique de Valois la primer gloria.

Mudanza grande, sí; pero no nueva. Visto se ha más de un Rey, de nuestra vida En la
siempre voluble y leve rueda, De un vencedor pasar en la campaña, A un esclavo en la
Corte. Sólo ¡o Reina! En el humano espíritu fundado Está el digno valor. No recibiera Del
Cielo, sino en parte, las virtudes El infeliz Valois. No se le niega La insigne de animoso;
pero feble, Y más que Rey, soldado, en él firmeza Solo en días se ha visto de
combates. Adulando vilmente su indolencia, Vergonzosos y pérfidos privados, A su
antojo gobiernan, doquier llevan De un corazón tan débil la inconstancia. De palacio en
el fondo le reservan; Y allí con él cerrados, y allí sordos Al clamor de los pueblos, que la
pena De su opresión arranca, por su labio Su voluntad maléfica y funesta A su arbitrio
dictaban. Del tesoro De la Francia, y su pública opulencia, Los restos y despojos
miserables, Pródigos dilapidan en torpezas; Y consumiendo al pueblo, que suspiros Al
viento exhala en vano, se lamenta De su lujo, y pagaba sus placeres.

«Mientras que bajo el yugo, que impusieran Sus codiciosos dueños, así oprime Al
Estado Valois, así exaspera Con enormes tributos, llega Guisa. El inconstante pueblo, a
su presencia, Los ojos vuelve al punto sobre un astro, Que espléndido y propicio se le
muestra. De su padre la gloria, sus hazañas, Su bravura, sus gracias, su belleza, Y de
agradar, al fin, el don dichoso, Que más que la virtud, se enseñoorea Del corazón del
hombre, por encanto Los populares votos tras sí llevan.

»Nadie mejor que Guisa el feliz arte Supo de seducir. Nadie obtuviera Sobre toda pasión igual imperio. Ninguno con más maña ni destreza, Bajo exteriores supo más falaces, Abrigar de las miras más inmensas La obscuridad más lóbrega y profunda. De un índole imperiosa, altiva y fiera,

Más popular, afable y dulce a un tiempo, Las graves vejaciones, las miserias De los pueblos en público declama. El rigor de las cargas que le aquejan, Con horror maldecía. Todo pobre Venturoso a su hogar de verle llega. Sabía prevenir del vergonzante Ciudadano la tímida pobreza. Su mano liberal, sus beneficios, En París anunciaban su asistencia. De los Grandes, que le eran más odiosos, Ganábase el amor como por fuerza; Terrible y sin regreso, desde el punto En que alguno era herido de su ofensa: Harto astuto y prudente en sus ficciones; Audaz y temerario en sus empresas; Brillante en sus virtudes y en sus vicios; Conocedor del riesgo que desdeña; Príncipe grande, en fin, feliz soldado, Mal ciudadano, empero, Guisa fuera.

«Cuando ya su poder por algún tiempo Ensayado tenía, y cuando piensa Fija del ciego pueblo la inconstancia, Ya no se oculta más; ya osado ostenta De su ambición rebelde el atentado; Y con resolución firme y abierta, El fundamento mismo, los cimientos Del trono de su Rey minar intenta. En París, a este fin, forma la Liga, Que fatal y veloz, recorre e infesta De Francia el resto todo: monstruo horrendo, Que los Grandes y Pueblos alimentan, En tiranos fecundo, y que en carnaje De humanales cadáveres se ceba.

«Desde entonces, la Francia desgarrada, Con dolor en su seno a mirar llega Dos Monarcas; el uno, que de serlo Insignias solo frívolas conserva; Y el otro, que el terror y la esperanza Por doquier inspirando, tiene apenas Necesidad del título, que solo Llevaba aquél de Rey en apariencia. Aunque sobrado tarde, finalmente, Conmuévase Valois. Valois despierta Del seno de embriaguez en que yacía. El inminente riesgo, que le cerca El soberbio aparato y estampido, Sus recargados ojos entreabrieran; Más de una nueva luz, que le importuna,

Deslumbrada su vista, aún en la fuerza De la extrema borrasca, no divisa El rayo, que amagaba a su cabeza, Que sobre ella tronaba; y de un momento, Cansada de vigilia su indolencia, Nuevamente arrojándose en los brazos Del perezoso sueño, de halagüeñas Delicias y privados entre arrullos, Con mayor languidez todo se enerva, Y al borde espantador del precipicio, Adormida de nuevo su alma queda.

«En tan mísero estado, en tal conflicto, Aún de Enrique el amor y fe le restan. Pronto ya a perecer, yo soy tan solo El único socorro con que cuenta. Sucesor de Valois, era de Francia El trono, a falta de él, mi augusta herencia: Mi afecto y mi interés súbito armaron Mi brazo, sin dudar, en su defensa. Un necesario apoyo, que le libre, Apresúrome a dar, a su flaqueza, Y con paso veloz a vencer corro, O con él a morir en la palestra.

«Pero, para dañar por demás hábil, Allá en secreto, Guisa, astuto inventa Al uno por el otro derribarnos. El seduce ¡que digo! a Valois fuerza Del único socorro a enajenarse, De salvarle capaz. Al fin, maneja De Religión pretextos ordinarios, Políticos pretextos, con que piensa Tender del vil misterio sobre horrores El más honroso velo. Al pueblo inquieta, La hoguera de sus iras encendiendo Aún no bien apagada. Le recuerda De sus padres el culto, los ultrajes, Que de las nuevas sectas extranjeras, De sufrir acababan templos y aras, Que de antiguo adoró la grey francesa: Y a mí me pinta, en fin, como a un profano Enemigo de Dios y de su Iglesia. Sus errores, les dice, a cualquier parte Que

su planta dirige, tras sí lleva. Ejemplos de Isabel sigue arriesgados. Templos mil a su culto alzar proyecta, De ruinas y escombros sobre montes, Que maquina abatir de iglesias vuestras; Y esas predicaciones criminales, Presto en París veréis como resuenan.

De su hipócrita celo a estas palabras, El Pueblo se enfurece, el Pueblo tiembla Por su altar en peligro, y al palacio Del Rey corre alarmado. Miedo afecta La fanática Liga, que insolente, En voz alta de Roma a nombre llega Intimando a su Rey, que ya por Roma Toda reunión conmigo se le veda. Feble el Rey por demás ¡ah! de la Liga A tan audaz insulto se doblega; Sin réplica obedece, y cuando vuelo A vengar sus injurias, tristes nuevas A conocer me dan que ya mi hermano A la Liga sumiso, se aviniera Para perderme a mí con su enemigo. A su pesar sus tropas de la tierra Ya los campos cubrían, y de miedo Declárame una guerra injusta y necia.

«Con lágrimas sinceras lamentando De su mísero acuerdo consecuencias, Sin nada contemplar, corro a batirle En lugar de vengarle. Ya en diversas Ciudades de la Francia, y por cien lados, De la Liga el alarma produjera Contra mí gruesas haces; y ministro Precipite Joyeuse de flaquezas Indignas de su Rey, rápidamente Sobre mí con ardor caer intenta. Guisa, por otra parte, nada menos Prudente que esforzado, me dispersa, Cortándoles el paso, mis amigos. Numerosos en Francia, por doquiera, Enemigos y ejércitos me oprimen; Más, sin embargo, yo, todas sus fuerzas A un tiempo desafiando, me apresuro A tentar decidido de la guerra, Propicia a los audaces la fortuna.

«Yo allá en Coutrás busqué, y hallar quisiera Al soberbio Joyeuse. Ya sabríaís (28) La rota, que en Coutrás sufrió completa. De aquel Caudillo intrépido la muerte, Sin duda no ignoráis. No debo, Reina, Con vanas relaciones molestaros.»

«Yo no os admito, Enrique, esas modestas Delicadas excusas, le replica; ¿Queréis, dice Isabel, negar con ellas A mi curioso anhelo, narraciones, Que igualmente me ilustran, que interesan? No; de Coutrás el día, aquel gran día

En olvido no echéis, y de las penas, De los trabajos vuestros, y virtudes, De Joyeuse y su muerte dadme cuenta. Vos, ¡insigne Guerrero! el autor solo De hazañas de tal brillo, y tal grandeza Contarlas podrá bien, y quizá digna De escucharlas soy dél.» Dijo: a tan bella Lisonjera demanda, sintió el Héroe, Que de un noble sonrojo era cubierta De su frente la tez, y a pesar suyo A hablar ya de sus glorias y proezas De la Reina obligado, el hilo sigue De la historia fatal de esta manera.

«De cuantos caballeros en la corte Del infatuado Rey ídolos eran, Entre cuantos adulan su molición, Y le imponen la ley con insolencia, Por su estirpe, Joyeuse, en Francia ilustre, De favor y privanza tan suprema Era el menos indigno. Le adornaban Virtudes diferentes, y si adversa, No cortase la parca en aquel día De sus más florecientes la carrera, Con un alma, sin duda, ya formada A grandiosas e intrépidas empresas, A su tiempo, Señora, del de Guisa Igualado la gloria y nombre hubiera; Más en medio criado de una corte, Entre la femenil delicadeza, En el seno ablandado de placeres, Y en brazos del amor, solo conserva Excesos que oponerme de bravura, Peligrosa ventaja, que acelera Tal vez de un joven héroe la desgracia. A su suerte adherida, gran caterva De nobles cortesanos, que de abismos Salían de deleites y flaquezas, Galante se avanzaba hacia la muerte. Por prendas en sus trajes de terneza, Con amorosas cifras, de sus Damas Señalados los dulces nombres llevan. Relumbraban sus armas entre rayos De diamantes, que adorno inútil eran De brazos, que enervara un muelle lujo. Fogosos y desnudos de experiencia, En tumulto conducen al combate Su

fiereza imprudente y altanera. Con su pompa orgullosos, y pagados De un numeroso campo, sin más regla,

Sin más orden, avanzan y se arrojan Con impetuoso paso a la pelea.

«De distinto esplendor hiere sus ojos De mi ejército el campo. Sus hileras, En silencio extendidas a su vista, Solo por todos lados les presentan Ásperos combatientes, al trabajo Endurecidos ya, que envejecieran En las marciales lides, a la sangre Avezados de lejos, y de feas Cicatrices y heridas matizados; De hacer gala se corren, se desdeñan De otro adorno, que espadas y mosquetes. Yo, como ellos vestido, sin riqueza, Yo sin pompa, y de un hierro igual armado, Polvoroso conduzco a la refriega Mi sufridor soldado, y de mil muertes La tempestad horrisona y sangrienta Arrostrando como él, dél me distingo Sólo en marchar al frente. Yo desechas, Yo tan brillantes huestes vi rendidas; Expirando las vi; vilas por tierra Bajo el golpe mortal de nuestro acero. En horrible desorden vi dispersas Sus reliquias en fin, y a pesar mío, En sus senos clavé daga, que fuera Mejor haber manchado en sangre hispana.

«Confesaros aquí forzoso es, Reina, Que entre los cortesanos que ha abatido De su edad en la flor la segur nuestra, Ninguno herido fue sino de golpes De militar honor, gloria y braveza. Todos allí impertérritos y firmes, De heroica constancia dieron pruebas. Todos allí en su puesto imperturbables, Con magnánimo pecho y faz serena Hacia ellos la muerte correr vieron Sin que ni un solo paso hacia tras dieran, Ni sus ojos alguno hacia otro lado En el mayor peligro revolviere. Este el carácter es ¡Princesa ilustre! Esta la nacional fiera nobleza Del Francés cortesano. No afemina Su ordinario valor la paz. Él vuela Del sombrío reposo a los combates; Y el vil adulador en París, llega En los campos de Marte a ser un héroe.

«Entre el confuso horror, con que era envuelta, La encarnizada lid, en balde mando

Cuartel dar a Joyeuse. Me lo llevan Bien pronto los soldados, ya cubierto De la lúgubre sombra y macilenta Palidez de la muerte; cual se mira Tierna flor, que nacer alegre viera La mañana, de llantos de la aurora Y de besos del céfiro; que bella Brilla y luce un momento a nuestra vista, Y cae antes de tiempo a la violencia De los vientos, o al corte de un acero.

«¿Más, a qué recordar tristes escenas De triunfo tal? ¡Que yo de la memoria De este horrible suceso, antes no pueda Borrar los sanguinarios monumentos! Hasta ahora mi brazo de francesa, De patria sangre sólo se ha teñido. Nada tiene de grata y lisonjera Mi grandeza a tal precio. De mi duelo, Mi sangriento laurel lágrimas riegan. Este infeliz combate, el triste abismo De que en vano Valois salir intenta, No hizo más que excavar. Más despreciado En sus reveses fue. Menos le presta Su sumisión París. La fiera Liga Su orgullo más exalta y su protervia, Y su amargo dolor más agravando Del de Guisa la gloria, sus afrentas No menos redobló, que sus desgracias. Con más dichosa mano, Guisa venga De Vimori en los campos, sobre huestes Que el Germano en mi pro marchar hiciera, De Joyeuse la muerte, que las mías, Si bien a mi pesar, en Coutras dieran. Abismando en Onó mis auxiliares, De laureles cubierto, se presenta En París vencedor, y allí aparece Cual un Dios tutelar. Valois observa De su enemigo audaz los altos triunfos, Y éste insultando siempre con fiereza Al Príncipe abatido, más vencerle Que servirle en tal lance osado muestra.

«Siempre, al fin, la vergüenza irrita y punza Al pundonor más feble. De la mengua El apático Rey por fin se siente, Y refrenando al cabo la insolencia De un vasallo felón, en

París quiere Su autoridad probar; más ya, ya no era El oportuno tiempo. En sus vasallos
Ya su temor y afecto se extinguieran.

Su audaz Pueblo, al motín siempre propenso,
Desde el punto en que el Rey reinar decreta,
Tiénele por tirano. Se hacen juntas,
Se conspira, y veloz la alarma vuela.
Todo habitante entonces fue soldado;
París todo fue ya campo de guerra.
Mil vallas, de un momento raro aborto,
Amenazan del Rey, las guardias cercan. (29)

«Tranquilo entonces Guisa, fiero, ufano, En medio la borrasca, o bien refrena, O del
Pueblo las furias precipita.Él, de la sedición es quien gobierna Los secretos resortes, y a
su antojo Mueve la enorme masa. Se endereza Con furor a palacio el Pueblo todo. A un
acento de Guisa no existiera La vida de Valois; y de sus ojos Cuando una imperceptible
leve seña A abismarlo en la nada bastaría, Se satisface solo, se contenta Con hacerlo
temblar, y deteniendo De los amotinados la carrera, Él mismo, para huir, a Valois libre,
De lástima, el poder y paso deja. Cualquiera que el plan fuese del de Guisa, Para
vasallo, al fin, sobrado atenta, Más poco por demás para tirano. Cualquiera audaz
mortal, que por fin llega A forzar al temor a su Monarca, Todo temerlo debe, si se
queda, Y hasta violarlo todo no se arroja. Sostenido ya Guisa con firmeza En sus
grandes designios, desde entonces, De ofender y mostrarse solo a medias Que ya el
tiempo pasara, reflexiona, Y con sagaz audacia de ver echa, Que remontado, en fin, a
altura tanta, Más sobre un precipicio, ya era fuerza, O subir presto al solio, o al cadalso.
Despótico ya dueño de la ciega Revolución de un Pueblo; de esperanza Y de temeridad
el alma llena; De Roma en sus empresas apoyado; En ellas socorrido de la Iberia; Ídolo
el más querido de la Francia, Y ayudado, además, de la influencia Que sus hermanos
logran sobre el Pueblo, Aquel vasallo altivo presumiera Haber antiguos tiempos
renovado,

En que de la primer estirpe regia Indignos y cobardes descendientes, Cuasi al nacer
caídos de la esfera Del supremo poder, bajo lo odioso De una capilla hundían sus
diademas, Y por violentos votos entre sombras Lamentando de un claustro su
flaqueza, En las tiranas manos de opresores, Del Gobierno las riendas depusieron. Sin
embargo, Valois, que la venganza De Guisa allá en su pecho difiriera, Estados de la
Francia generales Convoca para Blois, y allí celebra. De esta asamblea, Reina, la
noticia Bien puede ser que ya nueva no os sea. De mejora y reformas harto
urgentes, Varias leyes allí se propusieron, Que sin ejecución al fin quedaron, Y la
pomposa estéril elocuencia De diputados mil, detalle inútil De los abusos nuestros hizo
en ella; Pues de asambleas tantas y consejos El frecuente suceso que se observa, Es el de
revistar los males todos, Pero sin reformar ni uno siquiera.

«En augusta sesión de estos estados, Del altanero Guisa la soberbia, Con desdén de su
Príncipe abatido, La regia majestad a insultar llega. Asiento va a tomar cerca del trono,
Y bien asegurado de su empresa, En cada diputado ve un vasallo. Ya sus indignas
tropas, con vileza Del tirano vendidas a intereses, De un imperio absoluto se aceleran A
poner en su mano el duro cetro; Cuando de su temor y su indulgencia Hacia el soberbio
Guisa fatigado, Medita ya, por último, y se arresta Valois a reinar libre, y dél vengarse.

Su rival cada día más se esmera En mover y exaltar su justo enojo, E insolente enemigo, le desdeña, Sin que ni aún sospeche su arrogancia En el Príncipe airado, la firmeza, Que a un vil asesinato era bastante. Ciégale su destino. Se le acerca Su hora al deslumbrado, y con indigna, Con villana perfidia, de sorpresa,

A sus ojos el Rey manda inmolarle. Su cuerpo allí traspasan y laceran De acerados puñales mil heridas; Más su orgullo al morir no se abatiera. La frente, que aún Valois temía acaso, Toda pálida ya, toda sangrienta, Su dueño al parecer aún amenaza. Esta fue la final trágica escena De aquel vasallo infiel, omnipotente, Que un cúmulo brillante en sí reuniera De virtudes y vicios. El Rey débil, A quien la autoridad robó suprema, Cobarde en demasía le ha sufrido, Y no menos cobarde dél se venga.

«Corre presto en París el caso horrible, Y el asombrado Pueblo el aire atruena De horrísonos clamores. Los ancianos De pesar abatidos, y las hembras Lágrimas arrojando, cual perdidas, A abrazar, por do quiera, corren, vuelan Del desgraciado Guisa las estatuas. Y de ilusiones lleno París piensa, Que en situación tan crítica, tenía Que vengar a su padre, y de su Iglesia La causa sostener. Mayenne, entonces, Digno hermano de Guisa, se acelera, Del Pueblo airado en medio, a transportarle A la feroz venganza de su ofensa, Y más por su interés que por su duelo, De aquel enorme incendio con violencia Rápido discurriendo por cien lados, Soplaba la voraz horrible hoguera. Mayenne, largo tiempo ya de Marte (30) En alarmas nutrido, por sus sendas Bajo el soberbio Guisa audaz trepara. Que en su gloria, por tanto, y sus empresas Le suceda resuelven. De la Liga Pasa el cetro a sus manos. Tal grandeza, Dulce a su corazón e ilimitada, Fácilmente la pérdida consuela De un hermano inmolado. A pesar suyo, A Guisa por su jefe obedeciera, Y aunque en triste ocasión de tanto luto, Ya vengarle le agrada y lisonjea Mucho más que servir bajo su mando. Heroico valor el jefe alienta. Se lo confieso, sí. Feliz y sabia Su conducta política, a ver llega Bajo su sola ley servir unida

Esa turba de espíritus inmensa,
De su dueño enemiga, y de tiranos
A un tiempo torpemente esclava ciega.
Él, con sagacidad distinguir sabe
Los variados talentos que en sí encierra,
Y con crítico tino de ellos todos
En oportunos casos se aprovecha.
De los mismos reveses, sus ventajas
Sacar a veces logra su destreza.
Con aura más brillante y seductora,
De admiración la Francia dejó llena;
Los ojos fascinara el otro Guisa,
Que más grande y más héroe en verdad fuera;
Pero no que su hermano, más temible.
Tal, señora, es Mayenne, y tal su fuerza.
Cuanto de lisonjeras esperanzas
Funda esa altiva Liga en su prudencia,
Otro tanto de orgullo y de bravura
De todos en los ánimos subleva,
De ese joven Aumale el presuntuoso (31)

Soberbio corazón. Es su fiereza
 El broquel del partido, que hasta el día
 De invencible el renombre le conserva.
 Mayenne, que a las lides le conduce,
 De la Liga es el alma que proyecta;
 Aumale, empero, el brazo, que ejecuta. «Ese opresor político del Belga,
 Ese vecino, en tanto, peligroso,
 Católico tirano y Rey, que encierra
 Su principal apoyo en su artificio;
 Ese enemigo vuestro, gran Princesa,
 Y aún más mío, Felipe, voluntario (32)
 De Mayenne abrazando las querellas,
 De los rivales nuestros torpemente
 La causa criminal insta y fomenta,
 Y Roma, que apagar de males tantos
 Debía el voraz fuego, Roma misma
 La tea atiza más de la discordia.
 El que de los cristianos nombre lleva
 Todavía de padre, entre las manos
 De sus hijos libró daga sangrienta.
 Del un término al otro de la Europa,
 Registraron mis ojos con sorpresa,
 Que a un tiempo las desgracias todas juntas
 De tropel a París sobrevinieran.
 Rey, por fin, sin vasallos, perseguido,
 Sin tener quien le asista ni defienda,
 Vese Valois por último forzado
 A implorar el socorro de mis fuerzas.

Creyome generoso, y no se engaña. Del estado desastres solo aquejan
 Mi corazón, Señora, y de su trono Los peligros mi cólera sosiegan. Ya no he visto en Valois más que
 un hermano: Mi deber lo ordenaba. Se sujetan A su ley mis enojos, y Rey, vuelo A vengar
 de otro Rey cetro y diadema. Sin guardias, pues, sin rehenes, sin tratados, A hablar llego
 a Valois. La suerte vuestra, Está, señor, le digo, en vuestro aliento. Que a vencer o morir
 vengáis es fuerza, Del rebelde París en las murallas. Súbito de Valois el alma eleva, Sus
 espíritus hinche un noble orgullo. Yo no me lisonjeo de que hubiera Capaz sido mi
 ejemplo, de inspirarle De un guerrero valor llama tan bella. Las desgracias, sin duda, a
 fuertes golpes Su dormida virtud, al fin, despiertan. El reposo lamenta que a tal
 punto Abatídole había. A Valois era Tan penoso infortunio necesario. La suerte muchas
 veces más adversa, Es a los soberanos muy precisa.»

Tal ha sido de Enrique a aquella Reina. La simple narración, mientras promueve Del
 Britano el socorro. Ya altaneras Voces de la victoria, de las torres Del rebelado muro al
 Héroe apremian Porque a su campo torne. Tras sus pasos Mil jóvenes isleños, con
 presteza, De los mares el seno a hendir se alistan, Y los combates de la Francia anhelan.

A su frente al de Essex llevan ufanos; Al de Essex, cuyo espíritu y braveza, (33) De
 los fieros y altivos castellanos Confundir supo un día la prudencia: Al de Essex, que
 orgulloso mal podría Creer que un hado indigno se atreviera A marchitar laureles que su
 mano Ya consagrado había a su cabeza.

Enrique activo jefe, cuyo impulso Nada parar podía, a Essex no espera. De lidiar y vencer todo impaciente, Por regresar a Francia se desvela. «Id, Héroe digno, andad, la Reina dice. Bien presto, a la voz mía, vuestras huellas Siguiendo mis guerreros, esos mares

Atravesando irán; más no los llevaEl servir a Valois; a vos os siguen.Mi amistad solamente los dispensaA vuestras generosas inquietudes. Vos les veréis correr a las peleas, Por socorredores menos que imitaros. Hechos, a vuestro ejemplo, de la guerraAl gran arte, y sus riesgos y fatigas, Ya bajo vuestra sombra, en vuestra escuelaA servir se instruirán gloriosamente Y con mayor ventaja a la Inglaterra. Quiera el cielo que a golpes de este brazo Prontamente la Liga a expirar venga. Al caudillo Mayenne, de la EspañaEse ambicioso Rey, astuto obsequia, Vuestra enemiga es Roma. Nuevos triunfos, Id a ganar, Enrique, de la Iberia; Más pensad que, a un gran hombre, vanos rayos Temer de Roma ya gran mengua fuera. Vengada por vos quede de los PueblosLa libertad violada. La fierezaDe Felipe abatid, y de ese Sixto.

«Felipe, de su padre en la violencia Tirano sucesor, menos que él grande, Menos bravo también; pero en empresas Y en política igual; de sus vecinos La división tramando, falso intenta Sus cadenas echarles, y del fondo De su alcázar el orbe domar piensa. Desde el polvo hasta el solio alzado Sixto, (34) Con un poder menor, un alma encierra Todavía más fiera. De Montalto Pastor humilde un tiempo, regias testas, Príncipes formidables rivaliza. Dar la ley en París osado piensa, No de distinto tono que allá en Roma, Y de un triple magnífico diadema Bajo el pomposo fausto y sacro brillo, Avasallar todo osado intenta, Y hasta al mismo Felipe. Ese violento, Pero en engaños hábil y en cautelas, Enemigo celoso de los fuertes, Y opresor de los débiles se ostenta. Cábalas y manejos, aquí en Londres, Y aun en mi misma corte mil urdiera; Y el mundo, a quien engaña, se halla lleno De la intriga y la trama en que lo enreda.

«De vuestros enemigos, Gran Enrique, Tal es la condición y alta ralea,

Que mirar es en vos un deber digno Con el desdén que yo. Ambos quisieran Alzarse contra mí; más uno, en balde Con borrascas luchando y la Inglaterra, Hizo ver al Océano en su fuga Sus míseros naufragios. Las riberas (35) De esos mares aún cubren los despojos, Teñidas aún se ven con sangre fresca De sus famosas huestes. Allá en Roma Mudo, el otro, me teme y me respeta.

«Vuestros nobles destinos, a sus ojos Seguid Enrique, pues, con entereza. Sabed, que si una vez el marcial brío De ese Mayenne audaz domado queda, Presto a Roma en pos dél veréis sumisa. El favor o rencor de esta soberbia En los campos podéis reglar vos solo. Inflexible al vencido, y placentera Con todo vencedor; siempre a absolveros Como a anatemizaros tan dispuesta; Encender o apagar, en vuestra mano Tenéis, de sus diplomas las centellas.»

Canto cuarto

Argumento

De Aumale se hallaba a punto de apoderarse del campo de Enrique III, cuando volviendo el Héroe de Inglaterra, bate a los Ligados, y hace cambiar la fortuna. La Discordia consuela a Mayenne, y vuela a Roma en busca de socorros. Descripción de Roma, donde reinaba al tiempo Sixto V. La Discordia encuentra allí la Política. Vuelve con ella a París. Subleva la Sorbona. Anima a los Dez-y-seis, y arma a los frailes. Entréganse al brazo del verdugo magistrados del partido del Rey. Turbaciones y confusión horribles en París

Mientras Felipe y Sixto, con descanso, Sus secretos discursos prolongaban; Mientras que allá, entre sí, de los estados Intereses midiendo tan grandiosos, De hacer la guerra al mundo, de turbarlo, De vencerlo, y al fin, su ley dictarle Toda la hondable ciencia apuran ambos; De la funesta Liga los pendones, A discreción del viento desplegados, Sobre sus tristes márgenes sangrientas, Mirando estaba el Sena con espanto.

Lejos Valois de Enrique, de inquietudes Sobrecogido todo y agitado, Con flaca indecisión, de los combates Sobradamente teme inciertos hados. A sus fluctantes votos y designios, Era siempre un apoyo necesario. Esperaba a Borbón, de la victoria Sobre él únicamente asegurado. La inacción, entre tanto, y la tardanza, Atrevimiento dan a los Ligados. De París salir osan sus legiones; Y del soberbio Aumale bajo el mando, El feroz de San-Pól, Namur y Chatre, (36) Brisác y Canillác, del bando alzado Delinquentes e intrépidos apoyos, Al sitiador ejército cargando, Con frecuentes y rápidos progresos, De Valois el espíritu asombraron; Y al arrepentimiento en demasía Propenso el débil Rey, de haber enviado De sí lejos al Héroe, le pesaba.

Entre estos combatientes, declarados Émulos de su Rey, ya largo tiempo, De Joyeuse un ligero y feble hermano (37) Osara parecer. Carácter débil, A quien viera París pasar voltario Desde el siglo, de un claustro al fondo obscuro, Y del claustro a la corte. Relajado, Y luego penitente. Anacoreta, Y no menos de pronto cortesano, Toma, deja, y recobra en un instante El cilicio y coraza. Del santuario, Que sus devotas lágrimas inundan, A animar va las furias de su bando, Y en el seno a clavar de nuestra Francia Colmada de aflicción, la misma mano,

Que consagrado había al Ser Eterno.

Más de tanto adalid, el más bizarro, Aquel, cuyo valor en las legiones Infundía del Rey más miedo y pasmo; Aquel, que un corazón más fiero tiene, Y más fuerte también y fatal brazo, Vos sois ¡Príncipe joven impetuoso! ¡Vos, De Aumale, nacido y animado De la Lorena sangre, en héroes fértil! ¡Vos, el émulo siempre y el contrario De los Reyes, las leyes y el reposo! De jóvenes guerreros alentados La flor, en todo tiempo le acompaña; Y sin cesar, con ella, sobre el campo Lanzábase enemigo; ya en silencio, Ya con enorme ruido, ya a lo claro De los cielos abiertos, ya a la sombra De la cerrada noche; y atacando Al sitiador, do quiera sorprendido, De su sangre infeliz deja inundado Su mano atroz el suelo. Así en la frente Del Caúcaso, o la cima allá del Athos, Do los ojos divisan a lo lejos Del cielo, mar y tierra los espacios, Las águilas y buitres, suelta el ala, Con un rápido vuelo, atravesando, En un momento hendiendo densas nubes, De la atmósfera inmensa por los campos, Las peregrinas aves arrebatan; En los amenos bosques y los prados Las reses despedazan y aprisionan; Y de sangrientas rocas, do bajaron, A las entrañas fétidas volviendo, En sus garras opresos y gritando, Aún vivientes transportan sus despojos.

Lleno ya de esperanzas, y embriagado De gloriosos sucesos, a las tiendas Penetraba del Rey; y redoblando Las sorpresas y alarmas con la noche, Toda cedía ya, todo de espanto Replegaba temblando ante sus armas; Cual de una tempestad torrente inflado, De desbordarse a punto, con un choque Feroz y tenebroso, ya a inundarlo Iba todo de un golpe el fiero Aumale; Y del alba el lucero, ya rayando De la noche rasgaba el negro velo; Cuando el grave Morné, que breve espacio De Borbón el regreso precediera,

Y que de cerca estaba ya mirando
Del soberbio París las altas torres,
De un confuso rumor, de horror mezclado,
Sorpresa su oreja, mira, y nota
En extremo desorden los
soldados De Valois, y aun con ellos los de Enrique. «¡Que veo justos Cielos! ¿Así,
bravos, Así nos aguardáis? Ya Enrique viene, Ya llega a defenderos, y entregados
A la fuga os encuentro ¡Camaradas! A la fuga!...» A este acento de su labio,
No de distinto modo, que allá un tiempo,
Del Capitolio al pie, cuando apretado
De Roma el fundador por los Sabinos,
La fuga refrenó de sus Romanos
De Júpiter en nombre; así al de
Enrique, De vergüenza rehácense inflamados
Sus dispersos franceses, y al
combate Revolviendo de nuevo, exclaman alto: Que venga el Héroe: llegue; que a su
vista, Nada nos desalienta, que a su mando Nuestra será sin duda la victoria. Súbito se
aparece a todo el campo Tan refulgente Enrique, como en medio Del temporal más negro
suele el rayo. A las primeras filas corre, avanza; A su frente combate denodado; Siguen
todos su ejemplo, y los destinos De repente por él vense trocados. Contra el campo su
mano muerta lanza, Rayos sobre él sus ojos fulminando. Siguiéndole sus jefes en
contorno, Con ánimo se empeñan esforzado; Retorna la victoria, y a su
aspecto, Desaparecen ya los coligados; Al modo, que del día, que amanece, Los rayos,
que se avanzan, de los astros De la noche disipan los fulgores. Sobre aquellas riberas, ha
logrado, Sus huestes, que asombradas van huyendo, Detener el de Aumale; pero en
vano. Su grito animador algún momento A la lid las ordena, más sus pasos La voz del
gran Enrique precipita. Su amenazante frente, con espanto Las trastorna y deslumbra; y si
su jefe Aplegarlas consigue, un pronto pasmo Las aturde y dispersa, y en su
fuga Revuelto el mismo Aumale va arrastrando;

Al modo, que de un monte allá en la cumbre,
De cristalina escarcha coronado,
En medio de mil nieves derretidas,
Y de témpanos mil, un gran peñasco,
Que a las nubes altivo amenazaba,
Cayendo va rodando y tropezando. Pero ¿qué digo? Aumale aún se detiene:
Aumale aún hace cara, y muestra osado,
Y aún a su sitiador la frente muestra,
Que dé temida fuera tiempo largo.
Despréndese fogoso de los suyos,
Que tras sí le arrastraban, y afrentado
De vivir todavía, entre el degüello
Aún la muerte otra vez vuelve buscando,
Y al vencedor un rato admira y para:
Más de un tropel confuso de mil bravos
Comprimido al momento, la audaz furia
De su imprudente arrojo y despechado
A refrenar la Parca a vengar iba;
Cuando en riesgo de vida tan cercano
La Discordia le ve, y al verle, tiembla.
Por bárbara que fuese, sabe cuanto
Sus días necesita. Presurosa
Se remonta en el aire; y a su amparo
Arrójase veloz. Llega, y opone
Al tropel, de que a Aumale ve cercado,
De hierro el broquel vasto e impenetrable,

Que acompaña al horror, que impera infracto
Sobre la misma muerte, y cuya vista
El terror y la rabia va inspirando.
¡O hija inexorable del infierno!
Éste ¡o Discordia! ha sido el primer caso,
En que de dar socorro capaz fuiste.
Un héroe salvas, pérfida, y sus hados
Con la mano prolongas formidable
De la muerte ministra, con tu mano
Tan bárbara y en crímenes experta,
Que hasta esta vez, jamás perdón ha dado
A sus víctimas propias. Ella arrastra
De París a las puertas, en un baño
De su sangre al de Aumale, y de unos golpes
Que no sintió cubierto. Ella reparos
A sus males aplica saludables:
Ella su sangre estanca, prodigado
Por complacerla solo; pero mientras,
Que a su cuerpo vigor va recobrando,
Su espíritu, con pócimas mortales
Deja míseramente envenenado;
No de distinto modo que pudiera

La alevosa indulgencia de un tirano,
Que cruel en su lástima, de un triste
Tal vez suspender quiere el mortal fallo,
Porque en útiles crímenes secretos
Aprovecharse pueda de su brazo,
Y aquellos consumados, al suplicio
Tórnale a abandonar pérfido e ingrato.

Supo Enrique, entretanto, aprovecharse De la insigne ventaja, con que al hado De los combates plugo, en aquel día, Su valor coronar y sus cuidados. Conocía Borbón, y precio daba Del tiempo a los instantes en los campos. Al absorto enemigo, de sorpresa, Busca, ataca y acosa sin descanso. A campales batallas, que ganara, Que sucedan ordena los asaltos, Y hace trazar su pérdida en contorno De sus muros, trincheras avanzando. De Valois el espíritu, a este tiempo, Del de su hermano Enrique confortado Lleno ya de esperanzas en su auxilio, El ejemplo presenta a sus soldados, Que de aquél recibía. Los ataques, Las alarmas sereno despreciando, No descuida del campo las acciones, Y del sitio sostiene los trabajos. El afán sus placeres, y el peligro Tiene también a veces sus encantos. Todos los jefes se unen, y sucede Según sus votos todo. En breve espacio, El terror, que marchaba a su vanguardia, Las consternadas huestes disipando, Del trémulo sitiado ya a los ojos, De un lánguido despecho perturbados, Las puertas a romper, a abatir iba. Y en tan grave peligro, aprieto tanto, ¿Que puede hacer Mayenne? Sus legiones, Un pueblo son hundido en duelo amargo. Con lágrimas, aquí, le pide un hijo El padre, que la muerte le ha robado. De un hermano infeliz sobre la tumba, Allí se ve plañir al triste hermano. Gime por lo presente sin consuelo, Desfallece abatido el ciudadano. Teme, en fin, cada cual por lo futuro. Alarmado aquel cuerpo grande y vasto, Reunirse no puede. Se hacen juntas; Se consulta y se agita el duro caso

De entregarse a la fuga o al enemigo.
Perplejos se hallan todos y embargados;
Y nadie resistir osa más tiempo:
Así el ligero vulgo suele vario,
De la temeridad más altanera
Al temor más rastrero dar un salto.

Mayenne, que sus haces desmayadas Está viendo, de cólera bramando, Entre opuestos designios vacilante, Revolvía en su mente planes varios; Cuando allí la Discordia al héroe absorto De repente se acerca; entre sus manos Silbar hace irritadas sus serpientes, Y de agrado en un tono aleve y falso, Su acento le dirige en esta forma.

«¡O tú, digno heredero procreado De un nombre a los Franceses formidable! ¡Tú, a quien de tu venganza el cruel conato Unió conmigo siempre; tú, que fuiste A mis ojos nutrido, y que formado Has sido por mis leyes! oye, escucha Tu protectora fiel, y de mi labio Conoce el bronco acento. Nada temas De aquese pueblo imbécil y voltario, Cuyo reciente ardor, en un momento, Una leve desgracia ha congelado. Poseo sus espíritus ¡Mayenne! Sus corazones tengo entre mis manos. Bien presto observarás con cuanto celo Nuestros designios todos ayudando, De mi hiel embriagados, y hechos presa De mi horrible furor, van denodados A combatir audaces, y a la muerte Alegres a arrojarse por tus lauros.» Esto habló la Discordia: y al momento, Más pronta que el relámpago, cortando Con vuelo firme y rápidos los aires, Gira de toda Francia los espacios; Y el rencor, el estruendo, y las alarmas, Que sus ciudades turban y sus campos, De la Discordia ofrecen a los ojos, Objetos de delicia y de regalo. Su pestífero aliento, en mil lugares Inspira la aridez. Inficionado En su germen el fruto, al nacer muere. Abatida la mies, mustio su grano, Yace lánguida en tierra. El sol se eclipsa; Vélese al verla pálidos los astros; Y el rayo, entre relámpagos, que truena

Bajo sus pies, de muerte mil presagios A los pueblos ofrece confundidos.

Llévala un torbellino, voltejando, A las orillas fértiles, que baña Con sus ondas el rápido Erídano.

Ya su vista cruel a Roma alcanza: Roma, un día su templo; Roma, pasmo, Terror de los mortales, cuya suerte, Hala en todas edades exaltado A ser en paz, no menos que en la guerra, Del mundo la señora, y cuyo brazo, Si triunfante en los campos, entre hierros, Sobre tronos sangrientos vio temblando Todos los fieros Reyes, y abatidas, Bajo el sacro estandarte, en que volaron Sus águilas terribles por el orbe, Las fuerzas todas dél, otro más blando Más apacible imperio ejerce hoy día, En que a su yugo rinde y poder sacro Sus mismos más airados vencedores: En que con un poder de Dios vicario, Gobierna los espíritus y tiene Los corazones todos a su mando. Sus dictámenes solos, son sus leyes Y sus solos diplomas sus soldados.

Cerca del Capitolio, donde alarmas, Otros tiempos tan grandes dominaron, Sobre pomposas ruinas de Belona, Y de Marte, un Pontífice, sentado De Césares se ve en agosto solio. Sacerdotes no menos fortunados, Con planta huellan firme y faz serena, Las cenizas, aquí, de Emilios Paulos, Y allí, de los Catones los sepulcros. Sobre el altar el trono levantado, De un Señor, ya celeste, ya terreno, En la misma profana y sacra mano, El poder absoluto, a un tiempo mismo, El cetro colocó y el incensario.

Allí fundó Dios mismo su sagrada Su primitiva Iglesia, en tiempos varios Perseguida y triunfante. Allí condujo Aquel primer su Apóstol, con lo santo De la verdad, lo

cándido y sencillo. Felices sucesores le imitaron Cierta dichosa edad, en que respetos Y elogios de los hombres han captado, Cuanto más se humillaban. Revestida Aun no estaba su frente de algún vano

Frívolo resplandor. Su humildad sola, Su rígida pobreza, preservaron La santa austeridad de sus costumbres, Y celosos tan solo del estado, De las glorias, honores y riquezas, A que votos aspiran de un cristiano, Del fondo de las chozas que habitaban, Simplemente al martirio van volando. El tiempo, que lo altera y gasta todo, Bien presto estas costumbres ha cambiado. Para castigo nuestro, ya grandezas Diole el cielo, y potente a lo profano, Desde este tiempo, Roma, abandonada A consejos se vio de los malvados. De su nuevo poder, bases horribles Traición, eran, veneno, asesinato. Los que de Cristo fueron sucesores, En el fondo interior del santuario, Sin pudor ni vergüenza, el adulterio Y el incesto, insolentes, colocaron, Y Roma, que cansaran finalmente, Roma, que han oprimido y abismado De su execrable imperio con el peso, De sus sacros tiranos bajo el mando, A echar menos llegó sus falsos Dioses. Máximas más prudentes se escucharon En la edad posterior, en que se supo El crimen excusar, o bien velarlo Con artificio y maña menos torpes. Del pueblo y de la Iglesia más reglados Los derechos se han visto, y de los Reyes Árbitra, al fin, fue Roma, no el espanto. La modesta virtud, vuelve ella misma A aparecer de nuevo, con el fausto, El brillo imponedor y augusta pompa De su triple diadema regio y sacro: De manejar, empero, de los hombres La pasión e interés, el arte raro, Vino, por fin, a ser, en estos tiempos, La virtud capital de los Romanos.

De la Iglesia era, entonces, y de Roma Cabeza, Sixto quinto y soberano. Y si el ser, en verdad, de un hombre grande Con el título ilustre decorado, Consiste en ser falaz, temido, austero, Inscribirse en el número más claro De los más grandes Reyes, debe Sixto. Él, a los artificios de quince años Debió de su destino la grandeza.

Ocultar ha sabido tiempo tanto,
Sus virtudes, no menos que sus vicios;
Y huir el mismo puesto aparentando,
Que con ardor ansiaba, porque pueda
Por más fáciles medios alcanzarlo,
Hace que dél le tengan por indigno.

De su brazo despótico al amparo, La pérfida Política, reinaba Del pontificio alcázar en lo arcano. Hija de la ambición y el interese, Que seducción y fraudes abortaron, Este ingenioso monstruo, en mil revueltas Tan fértil, de zozobras abismado, Simple y sereno a un tiempo parecía. Sus ojos, en sus órbitas ahondados, Vigilantes, agudos, y enemigos De la tranquilidad y del descanso, Jamás, en dulce sueño, los vapores De la blanda amapola disfrutaron. Con doblez y cautelas refinadas, Con disfraces astutos y estudiados, De la confusa Europa, sagaz, burla La expectación atónita; y el falso, El sutil artificio del embuste, Que sus discursos guía, decorando De la misma verdad con los adornos, Del Dios vivo marcó con sello sacro Sus torpes imposturas, e hizo al cielo Servir a las venganzas de su agravio.

La Discordia ve apenas, cuando corre Con aire misterioso hacia sus brazos; La acaricia y halaga dulcemente, Con maligna sonrisa y agasajo; Pero súbitamente transportada, Un lúgubre semblante, un tono infausto De tristeza fingiendo «Yo, la dice, No estoy ya en aquel tiempo afortunado, En que pueblos inmensos, seducidos, Sus votos me ofrecían, y a mi mando Toda la Europa crédula sumisa, Las leyes de su Iglesia

y culto santo (38) Confundió con las mías. Yo, en tal tiempo, Hablaba, y al instante prosternados Trémulos los monarcas, de sus tronos A mis pies descendían. A mi agrado, Declaraba mi voz al mundo guerras, Y de la cumbre aquí del Vaticano, Mis formidables truenos fulminaba. Vida y muerte pendían de mi agrado.

Regalaba, quitaba, y devolvíaLas coronas y cetros soberanos. Ya no existen, amiga, ya se huyeronDe una vez para mí, de esplendor tantoEsos caducos tiempos tan dichosos. De la altanera Francia, ese Senado, Ya sin temer mi enojo, se ha atrevidoMis rayos a apagar, cuasi en mis manos. Por la Iglesia de amor no menos lleno, Que contra mí de horror, su grito alzando, Con fiera libertad, de las nacionesLa venda del error hizo pedazos. Él ha sido el primero, que a mi rostroLa máscara arrancó, desagraciandoLa verdad, cuya imagen me encubría. ¿Yo no podré, ¡Discordia! que me abrasoEn ansias de agradarte, seducirlo, O con rigor, al menos, castigarlo? Vamos pues. Tus antorchas, nuevamenteEnciendan de mi trueno ardientes rayos. Empecemos, amiga, por la Francia, A desolar la tierra. Sus estados, Otra vez, y su Rey, a caer tornenEn nuestros hierros.» Dijo; y como un rayo, Lánzase rechinando por los aires.

A pesar de estos males, entre tanto Con espíritu opuesto, allá distante De las mundanas pompas, y del fausto De Roma, y de sus templos, a indecentes Humanas vanidades consagrados, Cuyo profano brillo, cuyo lujo, Y opulenta soberbia y aparato Al necio mundo imponen, se escondía, En desiertos del hombre poco hollados, La humilde Religión, do santamente Reposaba, con Dios en paz morando; En tanto que su nombre y su decoro, Con sacrílego crimen profanados, Pretextos daba santos en el siglo Al sangriento furor de los tiranos, Y siendo al mundo venda que lo ciega, Del desprecio de Grandes era el blanco. Sufrir y resignarse, es, en la angustia Su destino más plácido y más caro: Bendecir, es su sacra y rica herencia. Ella, en secreto ruega por ingratos, Que vilmente la ofenden y maltratan. Sin la pompa del siglo y fausto vano, Sin adornos, sin arte, sin afeite,

Y bella por su gracia y propio encanto,
Su modesta hermosura oculta siempre
A los ojos hipócritas de tantos,
Como importunos corren en sus aras
A adorar la fortuna, cual paganos.

Se inflamaba su espíritu, y ardía Por Enrique de un celo y amor santo. Esta hija del cielo no dudaba, Que un día, al fin, feliz fuese llegado, En que de sus altares abatidos El legítimo culto vindicando, Con júbilo por hijo adoptaría Al magnánimo Héroe ya ilustrado. Digno, por sus virtudes generosas, De acogerle le juzga entre sus brazos, Y sus fervientes votos, hasta el cielo Desde sus puras aras exhalados, Un momento apresuran tan glorioso, Que por demás sus ansias hallan tardo.

La Política impía y la Discordia, Asaltan y sorprenden de rebato A su augusta enemiga, que sus ojos Inocentes, en lágrimas bañados, Alzaba hacia su Dios, quien su constancia Por poner más a prueba, la ha entregado De las dos implacables enemigas Al bárbaro furor y juicio insano. Estos horribles monstruos, cuya injuria, La santa Religión ha profanado En todas las edades, su vil frente Cubriendo con su velo sacrosanto, Su traje, respetado de los hombres, Insolentes usurpan, y volando Parten hacia París, do acabar piensan Sus perversos designios comenzados. Mañosa la Política y astuta, Con insinuante rostro y sutil paso, De la antigua Sorbona se entromete, Sin sentir, en el seno

ilustre y vasto. Congregábanse en ella al mismo punto, Aquellos venerados graves sabios, Que de oscuros oráculos del cielo Misteriosos intérpretes sagrados, Y de remota edad, árbitros justos, Modelos de la grey de los cristianos, Adictos a su culto, y a sus Reyes Sumisos con lealtad y honor intacto, Hasta tan triste día y tenebroso, Un varonil valor han conservado,

A flechas del error impenetrables; Más ¡cuán pocas virtudes los asaltos Burlan constantemente a cualquier hora! De aquel astuto monstruo disfrazado Acentos los más dulces y halagüeños, A alterar sus espíritus llegaron. Él, a los más tocados y devotos De la ciega ambición, lisonjeando, Honores y grandezas les promete, Y con el interés y esplendor claro De una mitra, deslúmbrales los ojos. Allá, por otro medio, negociando Con secreta y venal inteligencia, Los sufragios compró del vil avaro. Arrobadado también y sorprendido Por un elogio diestro, se vio el sabio, Que la Augusta verdad, pérfido, vende, Por el precio de un poco incienso vano; Y al grito aterrador de la amenaza, El feble queda, al fin, amilanado.

Congréganse en tumulto; de tumulto Se examina y decide el alto caso, Y de en medio de estrépitos, de gritos, Y empeñadas contiendas, con espanto Del confuso congreso escapa al punto La apacible Verdad, mustia y llorando. A voz común, entonces, y en el nombre De todos los Doctores, un anciano Esto dijo. «La Iglesia hace los Reyes; Los absuelve o castiga degradando. La Iglesia y su doctrina existen puras En los que aquí reunidos nos hallamos. Su ley en ellos solos se conserva. A Enrique de Valois, aquí, por tanto, Reprobamos formal, solemnemente, Decaído del trono declaramos, Y Enrique de Valois, ya no es Rey nuestro. ¡Juramentos, un tiempo tan sagrados! Vuestras duras cadenas ya rompemos.» Apenas esto el viejo ha pronunciado, Con caracteres hórridos de sangre, La inhumana Discordia, el temerario, El bárbaro decreto, que dictara, A dejar apresúrase estampado. Por ella cada cual jura en seguida, Y lo firma al momento de su mano.

Remóntase veloz, y en alto vuelo, A todos los facciosos partidarios, Empresa tan grandiosa y atrevida

Va de iglesia en iglesia pregonando. Bajo el hábito, a veces, de Agustino, Y otras, del de Francisco, tosco y basto, Resonar su voz hace, y altamente Llama a aquellos austeros cuanto varios Espectros, de su yugo riguroso Voluntarios e imbéciles esclavos. «De vuestra Religión amancillada Reconoced, les dice, aquestos rasgos. Yo soy la que a vos vengo; la que en nombre Del Señor, que servís, por despertaros, A vuestro religioso atento oído Acaba de pulsar. Él me ha mandado. Esta espada mortífera y tremenda, Que en mi vibrante pulso está brillando, Este acero, que veis, acero horrible A nuestros enemigos, empuñado, Para vengar su causa, entre las mías Ha sido de Dios mismo por la mano. Acércanse ¡hijos míos! se cumplieron, Los oportunos tiempos ya llegaron, En que sombras dejéis de esos retiros, Y la paz suspendáis de esos santuarios. Partid de ellos a dar ilustre ejemplo Del celo más intrépido y sagrado; Y a los crédulos pueblos de la Francia, En su fe vacilantes y turbados, Intimidado dejad, id a enseñarles, Que abatir a su Rey, que asesinarlo, Hacer es a su Dios un gran servicio. Pensad bien, caros míos, recordaos, Que de Leví la antigua electa tribu, De vuestro ministerio augusto y santo Merced por Dios propio ser honrada, Con manos, a sus aras regresando, En la sangre bañadas de los hijos Del pueblo de Israel: pero ¿qué he hablado? ¿Donde aquel tiempo está, do aquellos días A la muerte propicios, y a mí gratos, En que vi degollar tantos franceses, Por el pío furor de sus hermanos? En tan felices días ¡ha! vosotros, ¡O

santos sacerdotes! su cruel brazo Al incendio y degüello condujeráis. Por vosotros tan solo asesinaron, Arrastraron, colgaron a Colífi. Yo ya en sangre nadé. La que ha restado Vuelva a correr aún. Que os vea el mundo A pueblos, que me adoran, inspirando.»

Dijo el horrible monstruo: y al instante, Haciendo la señal, emponzoñados Quedan todos los míseros oyentes Del veneno infernal que le ha inspirado. La hueste monacal iba en su marcha; Hasta París él mismo encaminando. De la Cruz sacrosanta el estandarte En medio de ella flota. Cantan salmos, Frenéticos entonan sacros himnos; Y con devotos gritos destemplados, Los cielos parecían asociarse A su rebelde arrojo. Entre sus cantos, Con fanáticos votos se les oía La imprecación mezclar y augurio infausto A las públicas preces. Sacerdotes Atrevidos, imbéciles soldados Del mosque y el sable vanamente Sus inexpertos brazos recargaron. Las pesadas corazas relumbrantes Penitentes cilicios van tapando; Y de París al muro, en su socorro, Batallón tan infame al fin llegado, De un pueblo impetuoso entre mil ondas, A Cristo va siguiendo, a aquel Dios blando, De paz al manso Dios, que de tal modo Los devotos guerreros profanaron, Llevándole, sacrílegos, al frente.

Mayenne, que a placer está mirando Tan insensata empresa, allá a lo lejos, Despréciala en secreto, al mismo paso, Que en público teatro la autoriza. Político Mayenne, advierte, y sabio, Cuanto el imbécil vulgo, ciegamente Sin límites sumiso a un celo falso, Con la fiel Religión el fanatismo Suele, rudo, mezclar, unir incauto. Entendía Mayenne, contemplaba El gran arte a los Reyes necesario, De nutrir los errores y flaquezas, Que el pueblo sacrifican al tirano, Y a este irrisorio escándalo piadoso, Da por tanto acogida y aun aplauso. Con grave indignación, vélo el prudente, Y con burla mayor, lo ve el soldado. Más la estólida plebe, hasta los cielos Mil gritos levantaba de entusiasmo, De gozo y de esperanza; y así como Sucediera a su audacia un miedo fatuo, Este, en un solo instante, el lugar cede

Al furor y transporte más insano. Así en el seno undoso de Anfitrite; De los mares el ángel, a su agrado, Las olas tal vez calma, tal, irrita.

Dez y seis sediciosos, señalados (39) Por sus feos delitos, entre todos Los más viles facciosos, ha nombrado Y en gobierno erigido la Discordia. Estos hombres oscuros y malvados, De su nueva y condigna soberana Insolentes ministros, en su carro Barnizado de sangre, al punto montan, Y la marcha batiéndoles al paso La villana traición, y el fiero orgullo, El frenesí, la muerte, y el estrago, Por sangrientos torrentes, que arroyaban, Van de su fiera ronda el rumbo guiando. En baja oscuridad todos nacidos, De sórdida bajeza alimentados, Su rencor a los Reyes les servía De blasón de nobleza el más realzado. Bajo el dosel traídos por el pueblo, Ya Mayenne con él les ve temblando Sentados a la par. Tal es la insania, Tales son los trastornos ordinarios De la inquieta Discordia y sus caprichos. Ella, frecuentemente nivelados Deja en suerte a los cómplices que induce; No de distinto modo, que allá cuando Fuertes vientos, tiranos de las aguas, Que su corriente turban y descanso, Las olas revolviendo con su soplo Del Ródano o del Sena, hacen, que el bajo Sucio y grosero lodo, que abatido En sus profundas grutas yace, alzado Se mire a borbollones de las ondas Sobre la superficie; así en los raros Furores de un incendio, que devora Y una ciudad convierte en yermo campo, El hierro, el plomo, el bronce, que liquida El fuego entre las llamas, van mezclados Con el oro más puro, que oscurecen.

De sedición en medio y motín tanto, Temis tan solo, Temis resistiera, Librárase del público contagio. Ni sed de engrandecerse, ni temores, Ni esperanzas, ni nada, de sus manos Consiguiera torcer la fiel balanza. Consérvase su templo immaculado;

Y la simple equidad, cual fugitiva, Cerca de ella un asilo va buscando,

Habitaba el recinto de este templo, El venerable cuerpo de un senado, Azote formidable del delito, De la inocencia amparo y tutor nato, Que de apoyo del Rey, y de instrumento De la ley, el carácter conservando, Entre el Pueblo y el Príncipe marchaba Con intrépido, igual y firme paso. De unos Reyes benignos y accesibles, En la equidad más dulce confiado, A sus pies ¡cuantas veces trasladara De la Francia las quejas, los agravios! Era el público bien, únicamente, De toda su ambición objeto caro. Lo tirano, en los Príncipes no odiaba Menos, que lo rebelde en el vasallo. De un supremo respeto dirigido, Y de un noble valor siempre inflamado, En las causas del Rey y de su Pueblo, Lo súbdito distingue de lo esclavo. Por nuestras libertades y franquezas Siempre a armarse dispuesto, en cualquier caso, Conoce a Roma bien; como piadoso Hónrala, y la reprime como sabio.

De los torpes tiranos de la Liga Una horrible cohorte, puesta al mando, De aquel templo de Temis majestuoso, A cercar llega el pórtico sagrado. Bussi, vil gladiador, es quien la guía, (40) A honor tan criminal, a poder tanto, Por su audaz arrogancia promovido. Entra del templo augusto al santuario; Y este negro torrente de palabras, A la ilustre asamblea, cuyo labio Del ciudadano regla la fortuna, Osado le dirige: «¡Mercenarios Apoyos de ese dédalo de leyes! ¡Plebeyos, que a la usanza del Romano Os tenéis de los Reyes por tutores! ¡Almas en fin serviles, hombres bajos, Que en la perturbación, y entre cábalas, Que afligen y desolan al estado, Pretendéis, que consista, y se alce fiero El afrentoso honor de vuestros cargos Y venales grandezas! En la guerra Tímidos, y en la paz fieros tiranos, Al Pueblo obedeced, en cuyo nombre,

Vengo ¡orgullosos jueces! a intimaros. Escuchad sus edictos liberales. Antes hubo sin duda ciudadanos, Húbolos antes, sí, que hubo señores. Fueros, que nuestros padres prodigaron, O más bien les usurpó tirana fuerza, Sus despojados hijos recobramos. Sobrado tiempo el Pueblo por vosotros Al terror fue sujeto y al engaño. Cansose ya del cetro, y lo ha rompido. Borrada ya para siempre ¡Magistrados! De plena potestad los grandes nombres Tan temidos, odiosos, y aun ingratos A vuestro mismo oído; e ya del Pueblo Libre y supremo a nombre, dad los fallos, No la plaza del Rey, bajo ese solio Manteniendo, sino la del Estado. La Sorbona imitada. Sino lo hicierais, Sobre vos los rigores fulminados Ver, temed, de mi enojo y mi venganza.»

Fieles y acordes todos, contestaron Con un noble silencio; a la manera, Que en los muros ardiendo ya asolados De la sitiada Roma, allá otro tiempo, Sus graves senadores, de los años Ya por el peso corvos, sin turbarse, En sus curules fijos, aguardaron Fieramente los galos y la muerte. A espectáculo tal, tan no esperado, Lleno de mayor rabia, embravecido De más brutal furor, más no sin pasmo, «Obedeced al punto, dice Bussi, O mis pasos seguid, fieros tiranos.» Súbito alzado Harlay, el digno jefe (41) De tan justo impertérrito senado, Al de los Dez y seis va a presentarse, Y con la misma frente y grave labio, Con que a aquellos malvados damnaría, Las cadenas les pide. Dél al lado, De justicia otros jefes se admiraban, Que de participar en el cadalso Del honor del primero, ardiendo en votos, Víctimas de la fe que al Rey juraron, De los tiranos tienden a los hierros, Sus generosas e inocentes manos.

Vuelve ¡o Musa! a contarme tantos nombres, A la Francia tan caros, y héroes tantos,
A quienes oprimió licencia infame, Dígnate consagrar. El probo, el bravo

De Thou, con Scarrón, y sus colegas (42)

Molé y Bayoul también, con el honradoPotier, hombre el más justo y más constante, Y
tú ¡ilustre Longuél! tú, joven claro, En quien por abreviarte más la gloria De tan bello
destino, se avanzaron La virtud, el espíritu, y la ciencia, Al curso de los años
ordinario. De tan dignos ministros de justicia, Todo aquel grave cuerpo, condenado, Al
través de un vil pueblo, que le insulta, Como en público triunfo van llevando Al famoso
castillo y espantable, (43)

De la venganza alcázar, do mezclados Veces tantas hundir, gemir se han visto La
inocencia y el crimen. El anciano Orden de nuestro reino, así trastornan; Del Estado la
paz así turbaron De un golpe los rebeldes y facciosos. La Sorbona cayó. Ya no hay
Senado... ¿Más a que tal concurso y alaridos? ¿A qué esos instrumentos y aparatos Del
infame suplicio de culpables? ¿Quiénes son esos dignos magistrados, Que manos de
verdugos, a la tumba Por orden precipitan de tiranos? En París, las virtudes, el destino De
los crímenes sufren... ¡Desgraciados Brissón, Lachér, Tardif, víctimas nobles! (44)

Tan afrentosa muerte, no ha manchado
Vuestro honor generoso ¡Puros manes!
No tenéis porque de ella avergonzaros.
Célebres para siempre vuestros nombres,
Viven en la memoria. En el cadalso
Quien muere por su Rey, muere con gloria. (45)

En medio de los pérfidos alzados, La Discordia, entretanto, se aplaudía Del suceso
feliz, que al fin lograron Sus sangrientos y bárbaros designios. Con aire satisfecho y
sosegado, Su tranquila crueldad, fiera contempla De la guerra civil los crueles daños; Y
muy a su sabor, pasa revista Sobre un muro de sangre ya inundado, A los míseros
pueblos, que en la Francia Contra su Rey legítimo ligados; Y entre sí divididos y
discordes, Juego vienen a ser desventurado Del furor de contiendas intestinas,

Y en tumulto interior y riesgo extraño,
De su turbado suelo y mustia patria
La perdición fatal apresurando,
Por do quier no presentan más que muertos,
Carnicería, escombros, y fracasos.

Canto quinto

Argumento

Apriétase vivamente a los sitiados. La Discordia excita a Jacobo Clemente a salir de
París, para asesinar al Rey. Llama del profundo de los infiernos al Demonio del
Fanatismo, que dirige el parricidio. Sacrificio de los ligados a los espíritus infernales.
Enrique III es asesinado. Sentimientos de Enrique IV. Este es reconocido Rey por el
Ejército

Avanzáranse, en tanto, se aprestaran Las máquinas mortales, que en su seno, De los
tercos rebeldes abrigaban La fatal perdición; y por do quiera, Volando el hierro y fuego,
que arrojaran Por bocas cien de bronce, con estruendo Sus murallas batían y aterraban.

Ni de los Dez y seis sañosas iras, Ni la sagaz prudencia, que inspiraba Al astuto Mayenne, ni de un Pueblo Con insolencia alzado la arrogancia, Ni de escándalo llenos los discursos, Que de la ley Doctores divulgaran, Otros contra Borbón débiles menos Menos vanos auxilios ministraban. A agigantados pasos la victoria Del Héroe por las huellas se avanzaba. Sixto, Felipe, y Roma, por su parte, Hórridos anatemas fulminaran: Roma, empero, por fin, dichosamente, De ser terrible al mundo ya dejara. Ya impotentes sus rayos, en el aire Con la razón chocando, se exhalaban. Por otro lado, a un tiempo, la indolencia, La pesadez maligna y ordinaria Del vicio castellano, a los sitiados, Un urgente socorro retardaba.

Errantes sus soldados por el Reino, Sus ciudades, en tanto, desolaban, Sin que a París jamás socorro dieran. El pérfido político esperaba, Que ya exhausto el Ligado, una conquista A su brazo ofreciese poco cara. El peligroso apoyo, el lazo astuto De su falsa amistad, le preparaba En vez de un aliado un señor fiero, Cuando de un furibundo empresa infanda, Cambiar con mano aleve parecía La suerte por un tiempo de la Francia. ¡Tranquilos habitantes, que los muros De la ilustre París hoy circunvalan! Vosotros, que del Cielo merecisteis A la predilección, la insigne gracia De nacer en más prósperas edades, De perdonarme habréis, si aquí empeñada, Renovase mi pluma a la memoria, La historia criminal, do negras llanas Ocupan vuestros padres seducidos. De sus atrocidades feas manchas Sobre vos no recaen, no os denigran. Todas las cubre al fin, todas las lava Vuestro leal amor a vuestros Reyes.

Procreado ha la Iglesia, en eras varias, Solitarios varones, que reunidos Bajo severas reglas, se miraban Cual en todo distintos y arredrados Del resto de los hombres, y en las aras Votos solemnizando rigurosos, Al servicio de Dios se consagraran. Unos en soledades se sumían, Gozando de la paz profunda calma. En su ascética vida inaccesibles A atractivos del mundo y pompas vanas, Celosos de un reposo dulce y blando Que robarles no pueden, de la humana Mundanal sociedad, que bien pudieran Útilmente servir, huyen las cargas. De ellos, otros no pocos, sus funciones Haciendo de más pública importancia, De la Iglesia a las cátedras subiendo, No poco la sirvieran e ilustraran: Pero bien prontamente, por desdicha, Embriagados e ilusos con el aura Que sus talentos captan lisonjeros, En el siglo esparcidos, sus profanas Costumbres adquiriendo, no ignoraron

De una sorda ambición arteras ansias,
Y ya de sus intrigas y manejos
Más de un país a veces se quejara.
Así entre los mortales, el abuso
Del más perfecto bien, en desgraciada
Fatal fuente del mal llega a tornarle.

Los que la vida y regla profesaran De Domingo en España, largo tiempo Viéranla florecer, y de la plaza Más obscura de empleos harto humildes, A los regios palacios de monarcas Remontada bien presto la miraron. No con menos fervor, si limitada A influencia menor y poderío, Prosperó con respeto en nuestra Patria, Asaz bien de los Reyes protegida Apacible, y al fin afortunada, Si en su materno seno, por ventura, Nunca al traidor Clemente cobijara. (46)

Desde edad juvenil, llevado había Al retiro, Clemente, en que habitaba, Los téticos accesos y fiereza De una virtud selvaje y arriesgada. Feble, y crédulo simple, lleno

siempre De devoción frenética e insensata, Su espíritu sombrío, rudo y triste, De la
facción rebelde y desbordada El torrente seguía. Sobre joven Vertiendo tan insano, en
abundancia, La funesta Discordia el cruel veneno De su boca infernal, tanto le exalta,
Que al pie de los altares prosternado, Con criminales votos y plegarias, Cada día más
túrbido y ferviente, Los Cielos importuno fatigaba; Y aunque cubierto, dicen, y
manchado De polvo y de ceniza, a Dios orara Un día en esta horrible impía forma.

«¡Dios, que a tu Iglesia vengas, y las tramas De opresores castigas y tiranos! ¿Habrá
de verse siempre, que abismada De tus hijos la raza así consientas, Y de un Rey que te
insulta, que te ultraja, La sacrílega mano armando impura, El perjurio bendigas por su
causa, Y el bárbaro homicidio favorezcas? Con dureza ¡Gran Dios! desmesurada, Los
rigores nos prueban de tu azote. Harto ya nos afligen y maltratan.

Contra tus enemigos levántate Dignate ya Señor. Suspende, aparta De nosotros la
muerte y la miseria. Líbranos de ese Rey, sobre la Francia En tu montada cólera
arrojado, Y del airado Cielo el furor calma. Ven, Señor: y ante ti marchando vengas Del
Exterminador la horrenda espada. Ten clemencia ¡mi Dios! Llega: desciende: Ármate, y
tus centellas inflamadas, A nuestra vista hieran, quemen, hundan Su sacrílega hueste.
Ambos monarcas, Sus jefes y soldados, expirando, Caigan cual hojas leves dispersadas A
discreción del viento; y los valientes Católicos, que lidian por tu causa, Salvos de tu
justicia y tu clemencia Por el poder inmenso y virtud santa, De ese ejército infiel sobre
los mismos Cadáveres sangrientos, de alabanza Eucarísticos himnos te enderecen.»

Cruzando por los aires, escuchaba Estos impíos ecos, la Discordia. Recógelos al
punto: entre ellos baja Del Tártaro a los lóbregos imperios, De donde la maléfica no
tarda En tornar, conduciendo de ellos todos Al más cruel azote y atroz plaga. Llega ya:
Fanatismo, horrible nombre, El tirano diabólico se llama. Hijo desnaturalado de la misma
Religión apacible dulce y mansa, Armado de ella en pro, su ruina intenta, Y en su
piadoso seno ya lograda Una incauta acogida, al mismo tiempo Que en sus brazos la
estrecha, la desgarras.

El fue, quien en Rabá, sobre los bordes Condujo del Arnón, feroz guiaba Del
desgraciado Ammón los descendientes Cuando a su Dios Moloc, toda bañada En
lágrimas la madre, del hijuelo Palpitando ofrecía las entrañas. El de Jephthé dictando el
duro voto, Inhumano llevó la fiera daga De su hija al corazón. Él mismo ha sido Quien
en Aulida abriendo del cruel Calcas La despiedada boca, por su acento De Ifigenia la
muerte audaz reclama. Él, allá en lo sombrío de tus selvas,

Habitó largo tiempo ¡o antigua Galia! De tus patrios aromas ha incensado De Teutatés la
horrible Deidad vana. Tú quizá, todavía, no olvidaste Los sacros homicidios que en las
aras De tus indignos Dioses, frecuentaron Los sanguinarios Druidas. En voz alta, Del
Capitolio augusto allá en la cumbre, Herid, a los Gentiles les gritaba, Desgarrad y acabad
a esos Cristianos. Más luego que abjurando las paganas, Y del Hijo de Dios la ley
siguiendo, De Roma la cerviz le fue postrada, Del Capitolio hundido ya en cenizas, A la
triunfante Iglesia veloz pasa, Y su furor frenético inspirando En las devotas almas que
infectara, Sus ídoles, de mártires piadosas Cambia en perseguidoras y tiranas. La secta
turbulenta formó en Londres, (47)

Que sobre un Rey imbécil mano armada
Ensangrentar osó; y allá en Lisboa,
No menos que en Madrid, fiero atizaba (48)
Los solemnnes braseros, do anualmente

Sacerdotes serenos arrojaran
En magnífica pompa a los hebreos,
En quienes la firmeza castigaban
De no querer jamás de sus mayores
El culto renegar y fe heredada.

En sus disfraces, de ornamentos sacros De ministros del cielo se adornaba, Revestíase siempre: pero adopta Del Infierno, esta vez, en la morada De una noche eternal, la forma nueva Que a su nuevo delito acomodaba. La Audacia y Artificio, los disfraces Con oportuno amaño le preparan. De Guisa, con el talle, toman luego Los rasgos, que a aquel héroe más marcaban; De aquel soberbio Guisa, en quien se viera Del Estado al tirano, y al monarca De su propio Señor, que en todos tiempos, Y aun después de su muerte desastrada, Poderoso y terrible, de la guerra A los horrores todos y desgracias Nuestra Francia inducía, y de los suyos A ambiciosas empresas arrastraba. De un casco espantador arman su frente, Y empuñan en su mano lucia espada

Siempre a la muerte pronta. En su costado Las mortales heridas también graban, Con que a aquel jefe un día de facciosos En la ciudad blesense asesinaran; Y por tales heridas de la sangre, Que corría abundosa, la voz agria, Acusar a Valois aún parecía, Y reclamar sobre él cruda venganza.

Tal el lúgubre fue ficto aparato, Con que entre la amapola, que derrama El dulce y blando sueño, y en el fondo Del lóbrego retiro de su estancia, Vino aquel disfrazado horrible espectro A traer a Clemente su embajada. De la fe religiosa el celo falso, Que una encendida cólera inflamaba, Con la Superstición, su fiel amiga, Y la inquieta y maléfica Cábala, Unidos en su guarda de continuo A Clemente asistían de su estancia Velándole al cancel, por el que al punto Al feroz Fanatismo dan entrada. Llega; y con voz altiva y majestuosa, «Dios tus votos acepta y tu demanda: ¿Pero acaso, le dice, ni otro culto, Ni otro incienso al Señor tu fe consagra, Que un voto estéril y un perpetuo llanto? Otras ofrendas más, son necesarias Al Dios que nuestra Liga ampara y sirve. Él exige de ti, de ti demanda Lo mismo que le pides. Si allá un tiempo, Para salvar Judith su nación cara, Lágrimas solo a Dios, solo clamores Consagrado le hubiera, si alarmada Por el mal de su pueblo, por sus días Temblado a un tiempo hubiese, las murallas Abatir de Betulia Judith viera. He aquí, he aquí, Clemente, las hazañas, Las sagradas empresas cuyo ejemplo, Cuyo digno valor y ofrenda grata Debrías imitar... más ya, ya miro Que te avergüenzas, si, de la tardanza. Vuela, pues; y tu mano, con la sangre Salvando del Ungido nuestra Patria, Vengue Roma, París, a mí, y al mundo. Por un asesinato vio segada Mi vida ese Valois. Vengada quede Por otro golpe igual su aleve saña. De asesino el vil nombre no te espante.

En ti será, Clemente, virtud clara, Lo que en Valois fue crimen. A quien venga La Iglesia, todo es justo. Entonces nada De malo tiene y cruel el homicidio. El Cielo lo autoriza ¡qué! lo manda. Él por mi voz te intima, que tu brazo Para dar ha elegido en su venganza Pronta muerte a Valois ¡Cuánta, Jacobo, Cuánta tu dicha fuera, tu honra cuanta, Si en seguida o de un golpe al mismo tiempo, Al tirano pudieses de la Francia El Navarro juntar; si de ambos Reyes Tu Religión y Patria viendo salvas, Te pudieses!... más no, no son llegados Esos tiempos aún. Vida más larga Disfrutar debe Enrique. El Dios, que impío, Que insolente persigue, reservada Al brazo de otro tiene tanta gloria. Tú,

de este Dios celoso, que en mí te habla, El gran designio cumple, y dél recibe El don que por mi mano te regala.»

Al decir esto, ostenta y vibrar hace Una daga brillante aquel fantasma, Que del Averno en aguas por el odio Fuera al intento bárbaro templada. Y el don fatal poniendo de Clemente En la mano feroz, súbito escapa; Y en la infernal morada se rehunde.

Del solitario joven deslumbrada La gran facilidad, depositario De intereses del Cielo se juzgaba. Besa el fatal presente con respeto. De rodillas hincado, sus plegarias Del Todo-poderoso el brazo imploran, Y del terrible monstruo que le hablara, Guiado del furor, con aire y tono De santificación, se preparaba Al pérfido y horrendo regicidio.

¡A cuanto error sujeto e ilusión vana Está del hombre el ánimo! Clemente, En horas y ocasión tan desdichadas, De la paz disfrutaba más dichosa. A su espíritu iluso confortaba Aquella confianza leda y dulce, Que de los hombres justos en el alma, Afirman el candor y la inocencia. Místicamente grave el furor marcha Del devoto traidor, bajos los ojos. Su sacrílego voto al Cielo alzaba.

Su sosegada frente, marcas ciñen De una austera virtud, y la vil daga Del parricida atroz cubre el cilicio. Seguros sus amigos de tan alta Tan celestial empresa, con mil flores, Que su celo fanático derrama Bajo sus pies, de aromas perfumando El camino cubriendo por do pasa, A las puertas le guían, llenos todos De la veneración más pía y santa. Sus designios bendicen: le reaniman: Instrúyenle, y por fin, su nombre exaltan Al número de tantos, como Roma En sus perpetuos fastos consagrara. De Francia el vengador, en altas voces, Con furioso entusiasmo le proclaman; Y ya con incensarios en las manos, A invocarle propicio se adelantan. No transportados tanto ni fervientes, De la muerte solícitos con ansia, Los primeros cristianos, que de apoyo De la fe de sus padres se gloriaban, Allá en más simples tiempos sus hermanos Con placer al martirio acompañaran, Y de fin codiciando tan felice Las celestes dulzuras, de sus plantas Las venerables huellas tiernamente Con mil devotas lágrimas besaban. El iluso, el fanático más ciego, Ostentar, brillar hizo, veces varias, Un carácter igual al del cristiano Más cándido y sincero. De igual gracia, De igual valor entrambos pruebas dieron. Tiene el error sus mártires, sus palmas. Sus héroes tiene el crimen, y sus glorias. ¡Cuán vanos de los hombres, en las causas Del falso y veraz celo, son los fallos! A los más grandes hombres se equiparan Muchas veces los más facinerosos.

Cual zahorí Mayenne, que las tramas Descubría más hondas, de la Liga El maquinado golpe no ignoraba; Ignorarlo, no obstante, astuto finge. Su sagaz artificio, que con maña, Del crimen horroroso asir el fruto, Más sin comprometerse meditara, Cauteloso procede, y con misterio, Deja a los más facciosos, que en el alma Del joven furibundo aliento inspiren.

Mientras que de la Liga una vil banda, Al traidor regicida, hasta las puertas De París conduciendo, fomentaba, Los Dez y seis, a un tiempo deslumbrados, Con sacrílego esfuerzo proyectaran, De la empresa fatal sobre el suceso La suerte consultar ¡vana observancia! Curiosa allá en su tiempo Catalina, Audazmente buscó la ciencia insana De arcanos tan odiosos. Cavilosa, Aprendera a sabor, y profundara Un arte tan ridículo y sombrío, Tan sobrenatural, y veces tantas, Tan quimérico, y siempre delincuente. Todo siguió su ejemplo, y desvariada La imbécil muchedumbre, de los vicios De las cortes secuaz ciega y esclava, Por lo maravilloso loca siempre, Y de la novedad siempre encantada, A tan torpes pueriles impiedades, De tropel neciamente se librara. (49)

Entre lóbregas sombras de la noche, Bajo una oscura bóveda, llevaba De la mano el Silencio enderezando A la Asamblea estólida en su marcha. Allá al pálido y lúgubre reflejo De una mágica antorcha, una vil ara Sobre fúnebre tumba se erigiera, Do con hondo rencor de ambos monarcas Los majestuosos bustos colocaron, De su terror objetos y su saña. Su sacrílega mano, al mismo tiempo, Sobre el sórdido altar mezclar osara, A mil hórridos nombres infernales El sacro del Eterno, y ordenadas Sobre aquellas paredes tenebrosas, Pusiéranse también funestas lanzas, Cuyas agudas puntas remojaron De sangre en negros vasos; circunstancia Del sortilegio horrible amenazante. De este templo ministro se ostentaba Uno de esos hebreos, que proscritos Sobre la tierra ya, sin Rey ni Patria, Ciudadanos del Orbe, de unos mares A los otros errantes, transportaran Su profunda miseria por el Mundo, Y de un cúmulo antiguo de cábalas Y de supersticiones harto impías, Ya tiempo largo había, que infestaban,

Del Universo henchían las naciones.

De tan vil sacerdote colocada En contorno, y ardiendo en fieras iras, La junta de Ligados insensata, Con destemplados gestos y clamores El torpe sacrificio comenzara. Su regicida brazo en sangre tiñen, Y a herir, sobre el altar, de Valois saltan Veloces y furiosos el costado. Si con mayor temor, aún con más rabia, Derriban a sus pies de Enrique el busto; Creyendo, que a sus furias fiel, volara A transmitir la muerte a los dos Reyes, La herida de su afrenta y de su lanza.

Junta, en tanto, el hebreo a preces pías De la Iglesia, sacrílegas plegarias, Y entre la imprecación y la blasfemia, Invoca de consuno, con insania, El Infierno, los Cielos, Dios, sus Santos, Los inmundos Espíritus, que vagan Y el Universo turban, de las nubes El rayo, y del Averno al fin las llamas.

Tal en Gelboé fue un día el sacrificio Que a infernales Deidades dedicara La ilusa y furibunda Pitonisa De raptó en el momento, en que evocaba Delante un Rey feroz, el simulacro De Samuel espantoso. Así tronara De Samaria un tiempo en las alturas, De Judá contra el pueblo, voz profana De los falsos profetas. De igual modo, Del inflexible Ateyo dura saña, Allá en Roma, y a nombre de sus Dioses, Maldiciones de Craso echó a las armas. A mágicos acentos del judío, Alcanzar temerarios esperaban Los Dez y seis, del Cielo la respuesta. Por tal medio forzarle maquinaran, A que ya de su suerte el velo alzase. Para castigo el Cielo de su audacia, Escucharles queriendo, de natura El orden y las leyes cesar manda; Y de aquellas profundas mudas cuevas Un lúgubre murmullo se levanta. Redoblados relámpagos, del seno De noche profundísima abortaran Día horrible y fugaz, que por momentos Trémulo renacía y expiraba. En medio de aquel fuego, y de una llama

De deslumbrante gloria, se aparece
A sus ojos Enrique, de la ufana
Victoria sobre un carro. Su serena
Noble frente laureles coronaban,
Y el cetro de los Reyes en su mano
Majestuosa, magnífico brillaba.
Parten de un trueno súbito centellas,
Que el aire encienden, el altar abrasan,
Y envuelto entre mil llamas, cae y se hunde
De la tierra en el seno. Tiemblan, pasman
Los Dez y seis, absortos y perdidos.

Del hebreo de horror se abisma el alma,
Y a esconder huyen todos en tinieblas,
El crimen y terror, que les acaba.

Aquel trueno, aquel ruido, y aquel fuego, Con espanto la pérdida anunciaban De Valois, infalible. Dios, sus días Del alto de su trono ya contara. Lejos dél retirando sus auxilios, Impaciente la muerte, ya esperaba Su destinada víctima; y el Cielo, Por perder a Valois, y en su venganza, Justiciero permite un alto crimen. Clemente, sin pavor, a su Real marcha: Llega a su pabellón: pide su audiencia, Y entre tanto, el hipócrita propala, Que a aquel lugar por Dios es conducido, Donde de la diadema soberana A restaurar venia sacros fueros, Y a revelar arcanos, que importaban Altamente a su Rey. Por largo espacio Se vacila; le observan; se le indaga; Un funesto misterio se recela Bajo su hábito oculto. Sin alarma, Severo examen sufre. Satisface Con simple calma a todo; finge; engaña; Cada cual la verdad ve en sus discursos, Y a los ojos del Rey, al fin, su guardia Llega ya sin recelo a presentarle.

Al devoto traidor, no sobresalta De regia majestad la faz augusta. A sus pies su rodilla prosternada, Con tranquilo y humilde continente, El punto de su golpe atento marca; Y la diestra mentira, que su labio Para empresa tan pérfida ensayara, Esta insidiosa arenga en aquel trance A Clemente dictó. «Sufrid, así habla, ¡O Gran Rey! que mi voz tímida y débil,

Al poderoso Dios de las batallas,
Por quien los Reyes reinan, se enderece.
Permitid, que ante todo, aquí humillada
Le ensalce el alma mía por los dones,
De que a colmaros va la mano grata
De su excelsa justicia. De enemigos
Entre el número inmenso, que se alzara
Contra vos, generosos y constantes,
Impávidos, Señor, fe grande os guardan
El virtuoso Potier, con quien ligado
El prudente Villroá se conformaba, (50)

Y Harley, el gran Harley, de cuyo celoLa ardiente intrepidez, la virtud rara,Fue siempre al pueblo infiel tan formidable.Todos, del fondo oscuro, en que morabanDe su estrecha prisión entre cadenas,Los ánimos reúnen: juntan, calmanTodos vuestros vasallos, y confundenLos de la Liga todos. Miras sabiasDe aquel Dios, que, tal vez por humil manoLlevar se digna al fin empresas altas,Desdeñando entendidos y potentes,Hasta el virtuoso Harley guió mi planta;Y de sus luces lleno, y por un labioInstruido tan fiel, del celo en alas,En busca de mi Rey volando llegoA entregaros, Señor, aquesta carta,Que el presidente Harley a mi leal mano,Poco ha para vos de fiar acaba.»

A recibirla incauto se apresura El infeliz Valois, quien por mudanza Tan rápida, los cielos bendecía. «¿Cuando podré, le dice, ley, fe tanta Recompensar, pagar tu buen servicio De mi justicia a gusto?» A estas palabras, Los brazos le tendía, en cuyo instante, Su asesino puñal el monstruo arranca, Y descargando el golpe, en el costado Con repentina furia se lo clava. Sangre arroya; se asombran: corren: gritan: Mil brazos en un punto se levantan A castigar del Rey el alevoso, Quien, sin bajar los ojos, los miraba, A todos con desden. Del regicidio Vanaglorioso, y quito con su patria, De rodillas la muerte aguarda en premio; Y en la fiel y tranquila seguridad De ser de Roma y Francia un santo apoyo, Las puertas del Empíreo ver ya francas

Para acogerle en triunfo, se imagina.
Del martirio a su Dios la ilustre palma
Pidiéndole, al caer, los mismos golpes
De que expira, bendice como gracias.
¡Terrible ceguera, ilusión fiera,
Digna a un tiempo de lástima y de saña!
De la muerte del Rey menos culpable
Que la turba, tal vez, desafortada
De los sacros Doctores, que enemigos
Tan viles cuanto alevos del monarca,
Por su labio, de máximas funestas
La ponzoña vertiendo sobre el alma
De un iracundo joven solitario,
Dejó su mente débil extraviada. Ya al infeliz Valois su final hora
La mortífera herida le cercaba.
Ya anublados sus ojos, solamente
De luz un débil resto divisaban.
De aflicción con suspiros y lamentos,
Sus cortesanos todos le cercaran;
Y aunque en secreto allá por sus designios,
Discordes entre sí, se concertaban
En el lúgubre tono de su llanto;
Y todos, a una voz, ayes exhalan
De dolor, ora falso, ora sincero.
Aquí el uno, a quien dulces esperanzas
De la pronta mejora de destino,
Que un nuevo orden le ofrece, lisonjeaba,
Débilmente en su pecho se afligía
Del peligro mortal de su monarca.
Y allí el otro, que embarga un servil miedo
De arriesgar su interés, solo lloraba
En lugar del monarca, su fortuna.
Entre el rumor confuso de afectadas
O ingenuas erupciones de tal duelo,
¡Vos, Enrique! lloráis; lágrimas sanas
Vertéis del corazón. Vuestro enemigo
Fuera un tiempo, es verdad; más ¿que importaba?
Sensibles corazones, como el vuestro,
En tan horribles puntos de desgracia,
Fácilmente se afectan y enternecen.
No de antiguos agravios se acordaba,
Sino de su amistad el gran Enrique:
Del Héroe generoso las ventajas
En balde con su lástima allí luchan;
Y que un diadema el Rey le traspasaba
Por su muerte, a sí mismo se escondía.
Por un final esfuerzo, una mirada

De sus lánguidos ya pesados ojos,

Que la muerte a cerrar se apresuraba, Tiende Valois y clava sobre Enrique; Y con trémula mano, cuasi helada, La del Héroe tocando victoriosa, «Contén lágrimas, dice, pena tanta. El Universo, amigo, habrá, indignado, De lamentar la muerte a tu Rey dada. Tú, combate, ¡Borbón! Véngame, y reina. Yo muero ¡caro hermano! Entre borrascas, Sentado ya te dejo sobre escollo, Que cubierto, aunque altivo, todo se halla De mis tristes despojos y naufragios. Ya te espera mi trono. Herencia es clara De tu sangre, Borbón. Manos le gocen, Que defendido le han. Nunca olvidada Dejarás la verdad, de que le cerca En todo tiempo el rayo. Cuando se alzan Al trono tus virtudes, a Dios teme, Que es quien al trono, Enrique, te levanta; Y del culpable dogma, que aún profesas, Desengañado, al fin, puedan sus aras Restablecer tus manos y su culto. A Dios. Reina felice; y de tu guardia Ángel más poderoso salvar quiera, Tus días de otra vil aleva daga. De la Liga conoces la cruel furia; Ella el rayo, que a mí de herirme acaba, Odiosa a nuestro nombre, que algún día Hasta ti vuela eléctrico, prepara. Quizá, Enrique, y no tarde, alguna mano Más injusta, más bárbara, e inhumana... Virtud tan singular ¡O justo Cielo! Perdonad, permitid...» A estas palabras, Sobre su fría frente inexorable Cae, y su suerte ya fija la Parca.

De su muerte al estruendo, París todo, A transportes odiosos se entregara, De un delincuente júbilo embriagado. Mil gritos de victoria al aire lanza. Cesaron los trabajos. De los templos Las puertas por do quier se observan francas. Habitantes estólidos, sus frentes De floridas guirnaldas coronadas, Al regicidio infame aniversarios Perpetuos y magníficos consagran. Borbón, no es ya a sus ojos más que un Héroe Sin apoyo y poder, por quien estaban Su ardor solo y su gloria; más ¿podría Resistir a la Liga ya afirmada,

De la Iglesia al enojo, y sus funestos Y tremebundos rayos, de la España Al enemigo auxilio formidable, Y en fin, del Nuevo-mundo a esa su plata De mayor poderío y de más fuerza? Ya guerreros no pocos, que abrigaban Una infausta política en su pecho, Más malos ciudadanos, por desgracia, Que celosos católicos, tapando De escrúpulos con velo sus privadas Ambiciosas hipócritas intrigas, De Enrique el campo dejan, y separan Del pendón de Calvino sus banderas: Pero inflamando al resto más honrada Conciencia y fiel valor, su celo dobla De sus reyes la justa y noble causa. Estos a prueba amigos, estos fuertes Generosos guerreros, que guiara Ya de muy largo tiempo la Victoria, Del imperio francés, que vacilaba, Al legítimo dueño reconocen, Y el campo todo unido, que probará La dignidad de Enrique para el cetro, De Francia, en alta voz, Rey le proclama. Los Civrís y De Aumonts, bravos caudillos, Leales caballeros, que acompañan Los grandes Montmorencis, los Crillones, Y los Saussis, su fe le dan sagrada De seguirle del uno al otro polo. Para el campo más bien que para el aula Formados sus espíritus, constantes, A su Dios y su Príncipe fe guardan, Y al hablar el honor, tras él corrían.

«Mis amigos, Borbón así les habla, Vos, los varones sois, cuya fiel mano, De héroes cien de mi sangre, a mi sien ata La heredada corona. Eso de Pares, Esa celeste Ampolla, y esa sacra Regia inauguración, pompas del trono, No los derechos son. Sobre una adarga Vuestros reyes se vieron primitivos, De vuestros nobles padres la fe santa Recibir de los pleitos homenajes. De la Victoria el campo, sea el ara, Do vuestras justas y triunfantes manos, A las naciones den dignos monarcas.»

Esto dijo: y bien presto se apresura El trono a merecer, y fe jurada Por tan bravos e ilustres campeones,

A su frente marchando a las batallas.

Canto sexto

Argumento

Después de la muerte de Enrique III los estados de la Liga se juntan en París para elegir Rey. Mientras ellos se ocupan en deliberaciones, Enrique IV da un asalto a la ciudad.

Disuélvese la Asamblea de los estados. Sus miembros van a combatir sobre la muralla.

Descripción de este combate. Aparición de S. Luis a Enrique IV

Sacro y antiguo fuero es en la Francia, Que siempre que la muerte sobre el trono Inexorable extienda su guadaña, Y de la augusta sangre de sus Reyes, Tan preciosa a los pueblos y tan cara, En su postrer canal llegue a mirarse Agotada la fuente, en sus ancianas Primitivas franquezas y derechos La Nación quede al punto reintegrada, Pueda un jefe elegir, mudar sus leyes. Órganos los estados de la patria, Nombran entonces Rey, y libre dejan Tal vez su potestad o limitada. Así de nuestros padres, allá un día, Soberanos decretos, a la plaza De Carlomagno regia, remontaron De los Capetos la reinante rama. En su ciego delirio la audaz Liga, Inquieta osó llamar y temeraria, De estos patrios estados a congreso, Derechos entendiendo que alcanzara, Por un abominable asesinato, De elegirse su Rey, variar su raza, Y el Estado cambiar. De esta manera, Excluir a Borbón más bien pensaba De un trono imaginario al fuerte abrigo, Y entretener mejor así engañada La estolidez del vulgo. Presumía, Que los designios todos de sus tramas Conciliaría un Rey, y que sus fueros

Una sanción más sólida lograrán

Bajo tan sacro nombre, siendo mucho,

Por más que injusta fuera y tumultaria,

Que de un Rey la elección hecha quedase;

Pues fuese al fin quien fuese, suspiraba

Por un dueño el Francés, y un Rey quería.

Del famoso congreso a la asonada, Con estrépito acuden velozmente Todos aquellos jefes, que obstinara Y un loco y fiero orgullo conducía. Los Nemours y Lorenas, de la España Con el embajador, de Roma el nuncio, Y un furibundo clero, al Louvre marchan, Con su nueva elección, de nuestros reyes Los manes a insultar. El lujo, infausta Producción de las públicas miserias, La asamblea tiránica prepara Con ruidoso esplendor. No aparecían Allí los grandes príncipes. No estaban Los señores en ella más notables, Que del sublime estado y sangre clara De nuestros rancios pares, majestuosos Potentes sucesores, del monarca Sentados a la par y en otros tiempos Del Reino natos jueces, de tan alta Dignidad y poder, ya caducado, Aun rastros y reliquias blasonaban. De nuestros respetables parlamentos Los sabios diputados allí faltan, Que nuestras ya harto febles Libertades, Con valor defendiesen y constancia. De las Lises allí ya el aparato, La insignia no se ve tan ordinaria. De un extranjero fausto todo absorto Se mira al Louvre ya. De honor preparan Al legado de Roma cierta silla. Cerca dél a Mayenne se levanta Magnífico dosel. Bajo él, con pasmo, Grabadas lee el concurso estas palabras. «Príncipes que juzgáis sobre la tierra, Cuya culpable mano, con audacia Emprendiéndolo todo, nada ahorra, De Valois en la muerte desastrada A reinar aprended a lo adelante.»

Ya se juntan al fin; ya entre cábalas Con infernales gritos, bandos varios, Retumbar del congreso hacen la estancia: Ya del error la venda ciega a todos; Y ya cierto ambicioso, de las gracias

De Roma esclavo vil, a su legado Lisonjas dirigiéndole, declama; Que llegado era el tiempo, en que las lises Rastrasen con terror bajo la tiara. Que en París al instante se erigiese El tribunal sangriento, cuya planta, Invención era digna y monumento Del poder monacal; que allá aceptara El Español, y él mismo ya detesta; Que las aras vengando, las ultraja; Que de sangre cubierto, y circundado De tormentos, de afrentas y de llamas, Quema, infama y degüella a los mortales (51)

Con los sagrados filos de su espada;
Como si aún tocásemos la horrible
La deplorable edad, en que adoraba
Unos Dioses la tierra inexorables,
Y a quienes sacerdotes de inhumanas
Imposturas autores aún más fieros,
De aplacar tantas veces se jactaban
Con la inocente sangre de los hombres.

De la España también, otra vil alma, Por el oro comprada y corrompida, Con avaricia páfida, su patria Al Íbero vender y entregar quiere, A aquel Íbero mismo, a quien odiaba.

Más ya de un poderoso y fuerte bando Unánimes sufragios, en voz alta, De nuestros viejos reyes sobre el trono, Al caudillo Mayenne colocara. Solo un sacro dictado y un carácter, Un título tan solo le faltaba A su vasto poder. De osados votos Orgullosas y altivas esperanzas, En el profundo arcano de su pecho A placer se nutrieran, se cebaran, Y en el supremo honor tan peligroso Del gran nombre de Rey, se saboreaban. A tal resolución, súbitamente Levántase Potier, y la palabra (52) Para hablar al congreso grave pide. La rígida virtud, sola formaba Su terrible elocuencia. En unos días Del crimen tan infectos, se admirara Siempre justo a Potier, siempre por tanto Respetado y temido. Veces varias, Con varonil constancia la licencia Reprimir se le viera de su saña; Y sobre ellos intacta conservando

Su antigua autoridad, mostrar lograra Su error impunemente y su injusticia. Al levantar su voz, murmullos se alzan: Apresúranse a oírle; le rodean; Y al silencio, escuchándole su plaza Cede el motín ruidoso. Así en la nave Que agitaron las olas, acallada Del marinero ya la gritería, Que los aires hiriendo horrorizaba, Sólo el corte se siente de la proa, Que espumante, y en próspera bonanza, Un mar surca calmoso y obediente; Así Potier, dictando leyes sabias, Como un justo entre el pueblo aparecía, Y a su voz el tumulto mudo estaba.

«Vos destináis, les dice, el de Mayenne Al puesto soberano. Vuestra falta Reconozco y la escuso a un tiempo mismo. Virtudes en Mayenne así resaltan, Que nunca por demás serán queridas. Yo propio le eligiera, si juzgara Que elegirle podía; más nosotros Ley tenemos; debemos observarla; Y ese héroe tan insigne, si el imperio Pretende, de él indigno se declara.»

Con todo el aparato, en este punto, Y la brillante corte de un monarca, Entra Mayenne ya. Potier le mira Sin leve inmutación. «Sí; la palabra En tono del valor más noble lleno, Vuelve a tomar, «Sí, príncipe. No osara Dirigiros mi voz contra vos propio, En nuestro pro común y de la patria, Si menos para ello os estimase. En vano antiguos fueros se

proclaman Para elegir hoy Rey. Restan Borbones Que el trono ocupar deban de la Francia. Nacer os hizo Dios harto bien cerca Del augusto lugar de su real rama, Sólo para con gloria sostenerle, Y no para usurparle con infamia. Desde el sombrío seno de los muertos, Ya ¡esclarecido príncipe! ya nada Que reclamar le queda al grande Guisa. Sangre, que ya corrió de su monarca, Muy bien a sus cenizas bastar debe. Si el murió por un crimen, bien vengada Su muerte lo fue ya por otro crimen. Tomad con el Estado la mudanza,

Que al Cielo plugo dar. Tan justo enojo Fine ya con Valois y su desgracia, Puesto que por Borbón no fue la sangre De Guisa vuestro hermano derramada. El Cielo, el justo Cielo, que oficioso Tanto os honra a los dos, tanto os halaga, Para haceros eternos enemigos Os dio a entrambos virtudes demasiadas; Mas yo el murmullo escucho; sonar oigo De ese pueblo los gritos, que propalan De hereje y de relapso horribles motes. De nuestros sacerdotes transportada Observo la piedad. Su falso celo Viendo estoy, que empuñando mortal daga... Deteneos, y oídme ¡Desgraciados! ¿Cuál es la ley, ejemplo, o infernal rabia, Que vuestros homenajes al Ungido Del Señor, así estorba y arrebató? ¡Qué! ¿De San Luis el hijo, por ventura, A sus votos perjuro, se propasa A hundir o desquiciar los fundamentos, Do nuestro eterno altar se apoya y alza? ¿Al pie no pide dél, que se le instruya? Él las leyes sanciona, observa y ama, Cuyo imperio insultáis vosotros mismos. Él, sabe entre las sectas más contrarias Las virtudes honrar. Él, vuestro culto Igualmente respeta, y aun las faltas, Y aun los abusos vuestros, al Dios vivo, Cuyos ojos del hombre el fondo calan, El divino poder y los derechos, Que vuestro error se arroga o vuestra audacia De juzgar las conciencias, reservando. De regiros cual Padre y cual Rey trata; Y aun cual mejor cristiano que vosotros, A perdonaros viene. Todo se halla En libertad con él ¿Y él solamente Ser libre no podría? ¿Qué ordenanza, Qué ley pudo, o qué fuero constituir De vuestro Rey jueces? ¿Turba airada De pastores infieles! ¿Sediciosos Indignos ciudadanos! cuán lejana Se ve vuestra conducta, cuán ninguna Vuestra conformidad y semejanza, De la edad primitiva a los cristianos, Que en medio del desprecio, con que odiaban De yeso y de metal ficticios dioses, Sin murmurar jamás, en paz llevaran De príncipes idólatras el yugo;

Con sufrimiento heroico y constancia, Sin quejarse jamás ruidosamente, Entre horribles suplicios dan el alma; Y de heridas y sangre llenos todos, A sus mismos verdugos perdonaban, Los atroces martirios bendecían! Estos, a Cristo solos imitaran: Verdaderos secuaces eran suyos: Mi razón, estos solos, otros no halla. Ellos morir solían por sus reyes, Y vosotros, ¡Franceses! con insania Asesináis los vuestros. Si al Dios justo, Cuyo implacable celo tanto exalta Vuestra imaginación, place el castigo, La sangrienta venganza tanto agrada, Sois, en primer lugar, sí, sois vosotros; Bárbaros! de quien tiene que tomarla.»

Nadie a un discurso osó tan arrojado Dirigir su respuesta. Se quedaron Al escucharlo todos confundidos. Heridas reconocen sus entrañas De los dardos, que en él, tan libremente El ardiente orador les asestara, Fuertes en demasía y penetrantes. Resistían en balde, desechaban En vano de su pecho, ardiendo en iras, El interno terror con que amilana La verdad al malvado; y el despecho Revolvían y el miedo, y agitaban Su oculto pensamiento, cuando al Cielo, Mil voces de repente remontadas, Resonar hacen ya por todas partes, Entre un confuso ruido estas palabras. «Al arma compañeros, sino somos Perdidos sin remedio, al arma; al arma.»

Ya del alzado polvo espesas nubes, Del sol la clara luz turban y empañan. De alarmantes clarines y tambores El estruendo marcial, de horror llenaba, Cual precursor acento de la muerte; No de distinto modo, que escapadas De las cuevas del Norte por la tierra, Precedidas de vientos en su marcha, Y del trueno seguidas, de los aires El espacio oscurando entre las masas De polvo en torbellinos, con violencia Levantadas del suelo en que posaban, Las fuertes impetuosas tempestades, De el Universo corren por las plagas.

Era el terrible ejército de Enrique, Que ya de una inacción sobrado blanda Desairado creyéndose, y ardiendo De fresca sangre en sed, se aproximaba; Su espantosa algazara y alaridos, Hacía percibir a una distancia; E inundando los campos, a los muros Del rebelde París se encaminaba.

No empleara Borbón unos momentos De crisis tan salubre, en ordinarias De su finado Rey fúnebres honras; Ni en cuidar, que su tumba fuese ornada De inscripciones brillantes, que a los muertos, De los fieros vivientes miras vanas De distinción y orgullo, comúnmente, De su raza a cadáveres consagran. Sus aguerridas manos, las riberas No cargaran del Sena desoladas De altivos mausoleos, do del hado, Y del tiempo a pesar de cuanto arrasa La devoraz injuria, del olvido, Y de la atroz guadaña de la parca, De los Grandes fantásticos del mundo La vanidad frenética triunfaba. Él solo, por su parte, a Valois piensa, En el lóbrego seno de su estancia, Más dignos de su sombra enviar tributos; Vencer sus enemigos en campaña; Castigar sus alevnes asesinos; Y hacer feliz su pueblo, ya domada De su audaz rebeldía la fiereza.

Al rumor no esperado que sonara De los rudos asaltos, que de Enrique La sitiadora hueste amenazaba, De los Estados juntos, confundido, Disuélvese el congreso y se separa. Mayenne al mismo tiempo, a lo más alto Corre activo y veloz de la muralla. El soldado, alarmándose, reunido A sus pendones vuela, y en voz alta, Con indigno ademán, al Héroe ilustre, Que a París va avanzándose, insultaba. Todo a punto está ya para el asalto. Todo ya a la defensa pronto se halla.

No era de turbación en aquel tiempo, Nuestro París, lo mismo, que así encanta Al dichoso francés en nuestros días. Cien fuertes, que el furor y el miedo alzarán, En menos anchuroso y largo espacio

Su recinto interior circunvalaban. Aquellos en el día tan soberbios Pomposos arrabales, cuya entrada, Cuya salida el mundo entero hoy goza A todas horas libre, a todas franca De la paz por la mano, y que avenidas De una ciudad inmensa son ufanas, Do allá a perderse van entre las nubes Mil dorados palacios, no formaban Más que pobres aldeas y abatidas, Que de sombríos muros circundadas, De París dividían anchos fosos. De Levante hacia el lado, al punto avanza Hasta el muro Borbón. Se acerca: llega: La muerte le precede. Ya entre llamas Por el aire silbando vuela el hierro Del altivo bastión de la muralla Y de la brava mano sitiadora; Y las encaramadas torres altas, Los fuertes, que amenazan riesgos tantos, Y los trabajos y obras que los vallan, De tan recia borrasca bajo el golpe Desplomándose todos, se aterraban. Enteros batallones, derrotados Tendidos se ven ya por la campaña, Y aquí y allí dispersos, horrorizan Lejos de ellos sus miembros, sus entrañas. En polvo reducido cae al punto Todo cuanto a tocar el hierro alcanza, Y cada hueste lidia con el rayo.

Con menos arte, un tiempo, en las batallas, Los míseros mortales combatiendo, A su violenta muerte caminarán. Con menor aparato, antiguamente, El soldado al degüello se arrojaba. El acero en la mano, era instrumento A su valor bastante, y a su saña; Más de

la cruel industria de sus hijos Refinados esfuerzos, arrebatan De las altas esferas celestiales Fulminadores truenos, que abrasaran, Y con horrendo estrépito se oyeron Las bombas reventar, que tanto espantan; Abominables furias, que de Flandes Las fieras turbaciones abortaran. De bronce en duros globos inflamado, Por el aire el salitre se dilata; Vuela rápidamente; se alza, y cae Con la misma prisión que le encerraba;

Rómpela con estruendo, y de su fondo, Con rábido furor la muerte escapa.

Aún con arte mayor y más barbarie, Allá en profundas cuevas sepultada, Sabídose ha oprimir la infernal furia De subterráneos rayos, cuya saña Pronta a inflamarse yace. So un camino De aspecto engañoso, do a la matanza Volando ya el soldado, a sus esfuerzos Librárase valiente, se reparan En un instante abiertos mil abismos. Por los aires de azufre se derraman Denegridos torrentes. Batallones, Que en masa un bravo ardor adelantara, De la explosión al golpe sorprendidos, Estos nuevos Vesubios despedazan, Volar hacen en trozos por los aires, O por bocas del suelo enteros tragan; Tan horroroso y grande era el peligro, Que al intrépido Enrique amenazara. Tanto y tan inminente el riesgo fuera, Que arrostrar a su espíritu agradaba. Por medio de ellos todos, de avanzarse Hasta su digno trono, ardía en ansias. Tal tempestad, tras él, bravos desdeñan Sus guerreros, que entre ella, no se pasman, Cuando bajo sus pies se abre el infierno, Y sobre su cabeza el rayo amaga. La Gloria a par del Rey, ante sus ojos Volando va con él. En ella clavan Sus soldados la vista, y por sus sendas Trepando de ella en pos, con firme planta Por los riesgos caminan sin espanto.

De este raudo torrente, que avanzaba, Entre furiosas ondas, por su parte, Con un tranquilo paso y grave calma, Impávido no menos que sereno, El prudente Morné también se avanza. Al miedo y al furor inaccesible, Del cañón al estruendo y la descarga Constantemente sordo, y en el seno Conservando del fuego fresca el alma, Con ojos mira estoicos la guerra, Como funesto azote, como plaga Del Cielo, necesaria, aunque espantosa. A do el honor le guía, en tono marcha De filósofo siempre; y si condena El sanguinario ardor de las batallas, A su príncipe llora, y fiel le sigue.

Al terrible camino por fin bajan, Que de sangre un glacis todo regado, Insuperable hacía. Aquí es do exalta Su denodado esfuerzo el gran peligro. De fajina y cadáveres se allana La vasta cavidad del hondo foso. De muertos y de heridos, que arrastraban, Los montones hollando, parten, corren, Precipitadamente se abalanzan, Y a la brecha se arrojan. Solo armado De un acero sangriento, y de una adarga Cubierto, al frente va, la brecha monta El primero Borbón. Monta; y largada A los vientos, sobre ella ya flotando, Su victorioso brazo enarbolará La triunfante bandera de las Lises. Quedan delante dél de pasmo heladas Las huestes de la Liga, a entender dando, Que en su persona a un tiempo respetaban Su Vencedor y Rey. Ellas ya ceden; Más Mayenne al instante lo embaraza, Y su ardor animando con su ejemplo, Nuevamente a los crímenes las llama. Sus fuertes y cerrados batallones, Por do quiera avanzándose, apretaban Al Rey, cuyas miradas, poco había, Que arrostrar no pudieran cara a cara. Sobre el muro, a su lado, la Discordia, A la lid excitando encarnizada, De la caliente sangre en los raudales, Por ella ya vertidos, se bañaba. De los funestos muros combatiendo Más a gusto el soldado, apunta, y lanza De más cerca más cierto y mortal golpe. Desde entonces no juegan, ya no estallan Los truenos no se escuchan de la guerra, Cuyas bocas de bronce, las campañas, De la tierra, los pueblos, tantas veces Por ellos aturridos, consternaban. Un feroz trabadísimo silencio, Hijo del cruel furor, allí reemplaza De una manera horrible su estampido; Y con ojos de fuego ardiendo en brasas, Y un brazo

decidido a todo trance, Por entre el enemigo abrirse alcanza Cada bravo una senda. Por contrarios Esfuerzos de ambas partes, la muralla, De la muerte teatro, y de la sangre De unos y otros guerreros barnizada,

Ya se gana, se pierde y se recobra.
En su mano fatal trémula y varia,
Cercano de las Lises, de Lorena,
La Victoria el pendón aún tremolaba.
Por todos puntos ya los asaltantes,
Rechazados y rotos se notaran.
Cien veces vencedores, y cien otras
Vencidos, a un gran piélagos imitaban,
De fuerte tempestad cuando impelido,
Que la playa hasta donde su ola avanza,
En un instante inunda en otro huye.

Jamás tan grande el Rey se demostrara Ni su ilustre rival, como en el día De tan feroz asalto. De la vasta Mortandad y la sangre repasando Uno y otro por medio, de su saña, De su valor y espíritu cual dueños, Disponían, obraban, ordenaban, Miraban todo a un tiempo, y conducían Con una sola ojeada, de sus masas Los rápidos y horribles movimientos.

La formidable, en tanto, hermosa y brava Flor de las anglos huestes auxiliares, Por Essex al asalto acaudilladas, Bajo nuestros pendones, a este tiempo, Por la primera vez se adelantaba, De servir en la Francia a nuestros reyes, Al parecer confusa y admirada. Ellas a sostener fieras venían El honor y la gloria de su patria, De luchar y morir haciendo alarde, Sobre los mismos muros y campañas, En que ufanos el Sena a sus abuelos Viera un tiempo reinar. La brecha ataca Por el punto, de Essex, en que apostado El intrépido Aumale la guardaba. Ambos rivales, jóvenes brillantes, A porfía compiten, y se igualan En el marcial ardor de que están llenos; Así allá combatiendo nos pintaran En los muros de Troya semidioses. A los dos, de tropel, auxilio daban En contorno sangrientos sus amigos. Galos, Lorenos, Anglos, que tamañas Ira y bravura a un tiempo allí reuniera, Combatían, herían, avanzaban, Y morían matando todos juntos.

¡Ángel, que su furor y brazo guiabas! ¡Sacro Exterminador, que fuiste siempre

De estos trances el árbitro y el alma! ¿De qué héroe, al fin, tomaste la querrela? ¿A favor de cuál de ellos, dí, más grata Del Cielo la balanza se ha inclinado? Sitiados y sitiados de igual saña, Borbón, Mayenne, Essex, y el rival suyo, Hacen en igual tiempo igual matanza. El partido más justo, finalmente, Victorioso consigue la ventaja. Triunfa al cabo Borbón rompiendo paso. Ya más no le resisten fatigadas De la Liga las tropas, que aturdiditas, Ceden, y le abandonan la muralla.

Así como caer se ve un torrente Del Pirineo allá de cimas altas, Que del valle en la hondura, amenazando Las ninfas extravía consternadas, Y encontrando en su curso fuertes diques, Que al furor de sus olas levantarán, El impetuoso choque un tanto enfrenan; Pero bien prontamente ya arrasadas Sus débiles barreras, más pujante, Ante sí y a muy lejos, lleva, arrastra El estruendo, la muerte, y el espanto; De raíz, al pasar, violento arranca Las encinas altivas y orgullosas, Que cien recios inviernos desafiaran A los cielos tocando, y desprendiendo Del pendiente breñar de la montaña Enormísimas peñas, los rebaños Fugitivos persigue en las campañas; Así, Borbón, del alto de los

muros, Que humeando aun se apoderara, A paso y con furor precipitado, Al campo de batalla se abalanza, Y con segur cayendo fulminante Sobre aquellos rebeldes, los segaba Cual la colmada mies siega el colono. Los Dez y seis, temblando a justas sañas Del brazo vengador, ya por el miedo Dispersados y atónitos, se escapan.

Manda, por fin, Mayenne, que las puertas Al triunfador Borbón al punto se abran. Entra el Héroe en París con sus cohortes. El hacha en una mano, en otra el arma, Vuelan los vencedores, y de sangre Por tintos arrabales se derraman. Del soldado sin freno la bravura, Tornándose en brutal y feroz rabia,

Todo lo lleva a saco, sangre y fuego. Enrique no lo ve. Raudos picaban Sus ímpetus la fuga, a que, a sus ojos, Con sobrada vergüenza se entregara El deshecho enemigo. Le transporta Su valor, y su gloria le inflamaba. Salta los arrabales; y a la puerta Avanzándose airado, «¡Camaradas! Aquí con esa llama y ese hierro. Venid, volad, montad esa muralla, Que orgullosa y tenaz aún nos resiste.» Estas voces apenas pronunciadas, A los ojos de Enrique se presenta, Del fondo de una nube remontada, Un fúlgido fantasma, cuyo talle, Cual majestuoso dueño, que comanda A todos los soberbios elementos, En las alas del viento se acercaba Bajando hacia Borbón. Vivas centellas De la divinidad, su frente ornaban De una inmortal belleza. De ternura Sus ojos y de horror llenos resaltan. «Detente, al punto exclama, demasiado Infeliz vencedor ¿tú la morada, Tú la inmortal herencia de cien reyes Tus augustos mayores, a las llamas, Al pillaje y la muerte entregar osas, Tus tesoros, mis templos, y la patria; Degollar tus vasallos; y sus vidas Por parricidas manos agotadas, Reinan sobre cadáveres y escombros? Detente, le repite.» A estas palabras, Aún más que el trueno fuertes, cae en tierra, Y aturdido el soldado el botín larga. De aquel ardor Enrique todo lleno, Con que la lid su pecho aún agitaba, A un proceloso mar se parecía, Que murmurando ruge aun cuando calma. ¡O fatal morador, dice, de un mundo, Que del hombre a la vista se recata! Declárame, si quieres, te suplico, Lo que a anunciarme viene tu embajada En mansión tan sangrienta y horrorosa.» De una suave, entonces, dulce gracia, Estos llenos acentos, ha escuchado. Yo soy el Rey feliz, a quien en aras Cultos la Francia rinde. Soy el Padre De los Borbones, tuyo, y de tu causa El justo protector; el Luis, que un tiempo

Combatió como tú; cuya fe santa
Tu dócil corazón con desdén mira;
Aquel Luis, en fin, que tanto te ama,
Y con lástima admira. Vendrá el hora
En que a ese trono, Enrique, de la Francia,
De Dios mismo la mano te remonte.
En París, vencedor, harás tu entrada,
Aunque de tu clemencia en digno premio,
No dél de tu valor y tus hazañas.
Dios mismo es, hijo caro, si, Dios mismo
Es quien de esto te instruye, y quien me manda.»
De gozo a tales voces, aquí el héroe
Tiernas y dulces lágrimas derrama.
Extinguido ya el fuego de su enojo
Deja en su corazón una paz santa.
Suspira, exclama, adora de rodillas,
Y de un horror divino absorta el alma,

A la sagrada sombra gratos brazos
Tres veces con afán ardiente alarga,
Y tres veces su padre se le huye,
Y le burla, cual nube, que arrebatada
La impetuosa violencia de los vientos. De la altura, entre tanto, descollada
Del formidable muro, en armas puesta
Aquella inmensidad confusa y vasta
De un pueblo alborotado y de una Liga
En que las clases todas se mezclaran
De jefes, ciudadanos y soldados,
Franceses y extranjeros, granizaba
Contra el Rey, animosa, hierro y fuego.
La virtud del Altísimo, brillaba
Derredor de su frente, y de los dardos,
Que contra él de intento se arrojaran,
La tempestad desvía. El riesgo entonces
Llegó Enrique a probar, en que bajara
De los Borbones a salvarle el Padre.
A París y sus pueblos contemplaba
Con tan tranquilos ojos como mustios.
«¡Franceses, exclamó, ¡ciudad infausta,
Ciudadanos ilusos e infelices,
Pueblo feble y sin fe! ¿cuando acabadas
Esa audacia serán y loco empeño,
De combatir así vuestro Monarca?» A la manera, entonces, que el gran astro
De las luces autor, ya completada
Su abrasante carrera, con un fuego
Lucir se ve más dulce, allá a la raya,
Del remoto Occidente, do más grande
A los ojos parece, que se escapa

Lejos ya de nosotros; así lejos
También ya de París y sus murallas,
El Héroe se retira, el alma llena
Del Rey santo y del Dios, que le enviaba.
Hacia Vincenes marcha, en que allá un día,
Justas leyes al Pueblo pronunciara,
De una encina, el Gran Luis, al pie sentado.
¡Cuanta fue, desde entonces, tu mudanza,
O Vincenes, paraje amable un tiempo!
Tú, no eres hoy ya más, que abominada
Negra prisión de Estado, viejo fuerte, (53)
De despecho lugar, do veces tantas, A despenarse vienen y sumirse, De cumbres del
poder y la privanza, Arrogantes ministros y magnates, Que allá un día lucieran y
tronaban Sobre nuestras cabezas, y viviendo De la corte entre escollos y borrascas, Por un
hado inconstante, de opresores A oprimidos pasar se les miraba, Y a humillados no
menos de soberbios, Siendo el horror del pueblo veces varias, Y otras, siendo su amor.
Del Occidente, Do se forman las sombras, ya se avanza A desplegar la noche el negro
manto Sobre el triste París, y así recata Al mísero mortal, en tan sangrienta Horrorosa

mansión, fieras batallas, Y tendidos cadáveres, que ha visto La luz de un día fúnebre turbada.

Canto séptimo

Argumento

San Luis transporta a Enrique IV en espíritu al cielo y a los infiernos. Le hace ver allí el palacio de los destinos, su posteridad, y los grandes hombres que debía producir la Francia.

Del divino Hacedor la providencia, Con piedad infinita, a males tantos, Como esta vida amargan lastimera, Por aplicar consuelos que la alienten,

Dejarnos, generosa, quiso en ella Dos benéficos seres, para siempre Amables habitantes de la tierra, Que fuesen nuestro alivio en las fatigas, Y tesoro insondable en la indigencia. El blando Sueño es uno. La Esperanza Consoladora es otro. Cuando llegan a probar los mortales, de su cuerpo Lánguido y abatido la flaqueza; Luego que ya sus órganos rendidos, Sin tono sus resortes y sin fuerza, Desfallecer se sienten, con la calma Más saludable, entonces, y serena, De su naturaleza acude el uno, Al socorro feliz, que la recrea, Consigo al mismo tiempo, un grato olvido Llevándole de cuitas que la aquejan. Nuestros deseos siempre, el otro, inflama. Del hombre el corazón siempre alimenta; Y aun cuando nos engaña, con placeres Nos brinda verdaderos y sustenta; Sin que al mortal querido, a quien el Cielo Propicio se lo envía, jamás pueda Inspirar falsos gozos. De Dios nuncio, Su apoyo entonces trae y sus promesas, Y es tan puro e infalible como él mismo.

Requíérelos Luis. De Enrique cerca Al uno y otro llama. «Venid, dice, A mi hijo acostaos, fiel pareja;» Y el apacible Sueño, que le escucha De la secreta hondura de sus cuevas, A las frescas umbrías blandamente Su paso enderezando, a Enrique encuentra, Y del viento, a su vista, calla el silbo, Y el inquieto murmullo se sosiega. Los fortunados Sueños, hijos caros De la Esperanza, en torno revolean Del durmiente, y al Héroe en fin cubriendo Con su amapola, oliva y laurel mezclan.

Su diadema, Luis, tomando entonces, Del Vencedor, él mismo, en la cabeza Colócala, y le dice. «Reina, triunfa, Y sé en todo hijo mío. Ya en ti resta Cifrada únicamente la esperanza De mi linaje todo: pero piensa Que el trono no es, Borbón, no es lo bastante. De los presentes todos, de la herencia De Luis, lo más leve, no lo dudes, Lo menos importante, es su diadema.

Es un laurel amargo y marchitable, Una gloria es, Enrique, muy pequeña, La de Conquistador, de Rey, y de Héroe. A no alumbrarte el Cielo, nada hubiera Hecho aún en pro tuyo. Esos honores, Esa mundana pompa, todo queda En un estéril bien, que frágil premio A virtudes humanas sólo prestan. Brillo arriesgado son, que pasa y huye A par de la inquietud, su compañera, Y que presto, por fin, la muerte acaba. Otras glorias, Borbón, más duraderas, Otro imperio más sólido y estable, Más para tu instrucción, que recompensa, A descubrirte voy en este día. Ven: obedece, y sígueme por sendas, Que nuevas te serán. Al alto seno De la Divinidad conmigo vuela Y llena, hijo dilecto, tus destinos.»

Así dice: y con rápida presteza, En un carro, uno y otro, luminoso, Los campos de los aires atraviesan; No de distinto modo, que en la noche, Del un polo hasta el otro de la tierra, Correr se ven relámpagos y rayos, Que la atmósfera hienden; y a manera, Que muy lejos allá de su alta cima, Admirada y confusa vio esta esfera, Como ardorosa nube

arrebatada De Eliseo a los ojos, la presencia Del Señor, elevándole en carroza De fuego celestial en llama envuelta.

En el brillante centro de ese espacio, Do en la noche la vista absorta observa Esos etéreos globos, que matizan Del cielo, con su luz, la región bella, Globos, que ya ocultarnos no han podido Su curso y sus distancias, la lumbrera Luce mayor del día, que la mano Encendió de Dios propio, y de sí mesma Sobre su eje inflamado en torno rota. Sin fin de luz torrentes parten de ella, Y color: al mostrarse, aliento y vida Derrama en la común naturaleza. Los días y estaciones de los años, A los diversos mundos, que le cercan, Flotando en su contorno, distribuye. Sujetos estos astros a las reglas Que su armonía fundan, y a las leyes

Que precisan su giro y los apremian, Mutuamente se atraen incesantes, Incesantes se evitan y se alejan; Y sirviéndose a un tiempo entre sí mismos De un apoyo perpetuo y norma cierta, Recíprocos se envían y traspasan La clara luz que aquél a todos presta. Más allá de su curso, allá muy lejos, En espacio en que nada la materia, Y que Dios solo abraza, inmensos soles, Grandes mundos, sin fin la permanencia De su morada fijan luminosa. Por un piélago tal de luz excelsa, De tan glorioso Padre al mortal hijo Franquear plugo a Dios sublime senda. Aún más y más allá de cielos tantos, De ellos formó el Señor su residencia.

Aquí ha sido, a do el Héroe fue siguiendo Su conductor celeste. Aquí se crean Los diversos espíritus que animan Nuestros mortales cuerpos, y que pueblan Del universo mundo las regiones. De la muerte a los cortes, por fin, sueltas De su prisión grosera nuestras almas, Engolfadas aquí por siempre quedan.

Inexorable Juez e incorruptible, Aquí trae a sus pies, aquí congrega Los espíritus todos inmortales, Que su divino soplo a bien tuviera A su imagen crear. El Ser es este, Que infinito se ignora y se confiesa, Y a quien bajo de nombres los más varios, Sirve toda nación y reverencia. Él desde el alto Empíreo escucha atento Nuestros humildes votos y querellas. Él de nuestros errores disimula, Y con lástima el cúmulo contempla, No menos que la idea y los retratos, Llenos de insensatez y de indecencia, Que del hombre curioso, en sus delirios, La mísera ignorancia y la soberbia, De su sabiduría incomprendible Con sobrada piedad audaz inventa.

La Muerte, cerca dél, pensión del hombre, Y del Tiempo fugaz hija funesta, De la mansión efímera y penible Del Universo entero, a sus pies lleva Los habitantes todos, no exceptando Clase, edad, ni nación. Él allí mezcla

A un tiempo con los Bonzos los Bracmanes, Discípulos profanos del sistema Del filósofo chino el gran Confucio. Con ellos también trae a su presencia, Los fieles misteriosos sucesores De los antiguos sabios de la Persia, Que aún en secreto adictos a Zoroastro, Con ciega obstinación siguen su escuela. Pálidos moradores de las frías Regiones, do los témpanos congelan Y esos piélagos sitian hiperbóreos, Y los que allá, de América en florestas, Son errantes y míseros esclavos Del invencible error. A la derecha Busca en balde de Dios, con vista vaga, Atónito el Dervís a su profeta: Y con ojos no menos penitentes Que sombríos, en vano allí se precia De sus votos el Bonzo y sus tormentos.

Al instante ilustrados, allí esperan En silencio estos muertos y temblando, De su eterno destino la sentencia; Y Dios, que a un mismo tiempo lo ve todo, Lo escucha y lo conoce, o los condena, O los absuelve de una sola ojeada. No se dirige Enrique, no se acerca Hasta el lugar aquel, trono invisible, De donde a cada instante parten rectas Del tremebundo Juicio de Dios propio, Aquellas decisiones sempiternas, Que de mortales

tantos preveer osa El indiscreto orgullo y la demencia. «¿Cual será, Borbón diz, consigo hablando, Cual de Dios la balanza justiciera Sobre aquestos ilusos o ignorantes? ¿Castigarlos él, porque tuvieran Distráidos sus ojos o cerrados A aquella misma luz, que le pluguiera De ellos tanto arredrar? ¡Qué! ¿Dios podría, Cual un Señor injusto, sin fin penas Por la ley del cristiano fulminarles, De que nunca han podido haber conciencia? Pero no: Dios crionos. Él sin duda, Salvarnos quiere a todos. Él enseña, Él, por todo nos habla, y él en todo Humano corazón, sin diferencia, De la naturaleza la ley graba; Ley siempre pura y fiel, siempre una mesma. Por esta ley, sin duda, al gentil juzga;

Y si un alma en su error abrigó buena, Cualquier gentil también cristiano ha sido.»

En tanto, que del Héroe así se arriesga La confusa razón, sobre un misterio A fijar sus miradas indiscretas; Al pié se deja oír del mismo trono Una voz, a la cual, el Cielo tiembla, Y del Orbe los ejes se estremecen. Sus terribles acentos se asemejan A los del trueno aquel, que ha retumbado Sobre el monte Sinaí, cuando a la tierra Desde su cumbre un tiempo Dios hablara. Para oírla las harpas mudas quedan De su coro inmortal, y a repetirla En su curso los astros se dan priesa. «Guárdate temerario, de guiarte, De tu sola razón por turbia estrella. Dios para amarle sólo te ha criado, Y no para que osado te atrevieras A querer comprender sus altos juicios. Invisible a tus ojos, con fe ciega Reine en tu corazón. Él la injusticia Confunde riguroso; y si dispensa Al no advertido error de los mortales, Con paternal dulzura su indulgencia, También juzga y castiga el voluntario. Abre mortal los ojos, cuando llegan Los rayos de su luz a iluminarte.»

En este instante, Enrique, por la fuerza De un recio torbellino arrebatado, De aquel inmenso espacio la carrera Veloz atravesando, a una morada Transportado se vio la más negra, Más informe, selvaje, y horrorosa, Del caos primitivo especie horrenda, Impenetrable siempre, cual de hierro, A los brillantes rayos y centellas De aquellos soles todos, que fulgentes, Del Altísimo son obras maestras, Y como él bienhechoras. Sobre suelo, Que espantoso los ángeles detestan, El germen no ha querido de la vida Derramar nunca Dios. La Muerte fiera, Ella sola, el Horror con el Desorden Y eterna Confusión, la residencia De su lóbrego imperio allí parecen Haber establecido. ¡Qué querellas! ¡Qué de aullidos, O Dios, tan espantables! ¡Qué torrentes de humo, y qué de hogueras!

«¿Qué formidables monstruos, Borbón dice, Vuelan por estos climas? ¿Qué cavernas Se entreabren encendidas a mis plantas?» «A tu vista: ¡hijo mío! están las puertas Del perdurable abismo, que la mano Excavó de Dios propio justiciera, Para eternal estancia del Delito. Ven, hijo mio; sígueme. Las sendas, Fáciles por demás, anchas y llanas, Están de esa mansión por siempre abiertas.» Y de súbito al pórtico caminan Del horroroso Infierno, do se encuentra (54)

Verdinegra la Envidia, que al obscuro, Con torva vista de través ojea, Y de su horrenda boca mil venenos Arroja de laurel sobre diademas. El resplandor del día, entre las sombras, Sus centellantes ojos atormenta. Triste amante de muertos, a los vivos Con maléfico horror mira y detesta. Percibe el monstruo a Enrique, y asustada, Se desvía y suspira. Cerca de ella, El Orgullo se admira y se complace. Con mirar abatido, y faz cubierta De una amarilla tez, desmadejada, Allí renquea enclenque la Flaqueza; Tirana, que a los crímenes cediendo, Las virtudes destruye o desalienta. Altanera, feroz, y sanguinaria La Ambición, deslumbrada, loca e inquieta, De panteones, de tronos y de

esclavos Por do quiera rodeada, allá se ostenta. La blanda Hipocresía, con sus ojos De dulzura colmados y ternura, El Cielo muestra en ellos, y el Infierno De su pecho en el fondo oculto lleva. Su bárbara doctrina, sus furores, Sus máximas impías y sangrientas Por do quiera pregonan el Cielo falso; Y el Interés, por fin, pasión funesta, De los crímenes todos fatal madre, Por entre aquellos monstruos serpentea.

Del mortal corrompido estos tiranos Sin pudor y sin freno, a la presencia Sorpréndense de Enrique y se confunden. No le vieran jamás. Tan vil ralea, Jamás de su alma noble, que nutrida Fuera por la Virtud, cerca estuviera. ¿Qué mortal, se decían, por un justo

Del Cielo conducido, aquí se llega A insultarnos aún y perseguirnos En esta inmensa noche, de horror llena?

De espíritus inmundos por en medio, Avanzábase absorto a marcha lenta Bajo profundas bóvedas el Héroe. Luis su paso guía. «Más... ¡que observa Mi vista, Cielo santo! ¡El asesino De Valois! ¿Monstruo tal, tan atroz fiera, Se presenta a mi vista, excelso Padre? Él empuñado aún, sangriento lleva El parricida acero, que en su mano, A poner, sedicioso, se atreviera El villano y anárquico consejo De aquellos Dez-y-seis ¡oh Providencia! Mientras que allá en París, de un clero indigno La piedad más sacrílega y cruenta, De retratos del pérfido se atreve A afrentar sus altares; que allá ciega Le invoca ya la Liga, y que, al fin, Roma Le ensalza por su parte y loor le presta, Entre horrores aquí, y entre tormentos, El infierno, más justo, le reprueba.»

«Hijo mio, Luis dícele entonces, Otras más justas leyes y severas, En el lugar, que miras, a los reyes Persiguen y magnates. Mira aquella Multitud de tiranos y opresores, A quienes allá en vida se les dieran Adoraciones mil. Cuanto más fieros Y potentes el mundo los sufriera, Tanto más el Dios justo los humilla, Penando en este puesto la insolencia Ya de sus propias obras, ya de cuantas Dejaron sin vengar, o tal vez fueran Por ellos permitidas. Ya la muerte Riquezas les ha robado pasajeras, Los placeres, el fausto, y del infame Venal adulador las complacencias, Que a sus ojos de orgullo fascinados, La verdad ocultaban con destreza. Esta verdad, Enrique, es la que ahora Su suplicio aquí labra, la que expuesta A su vista está siempre, y que sus vicios Y sus crímenes todos les recuerda. Mira como a su voz esos soberbios Vanos conquistadores, mudos tiemblan. A los ojos del pueblo fueron héroes; A los de Dios tiranos, plagas fieras,

Del Orbe entero azotes, que lo afligen Con bárbara crueldad; truenos, centellas Que un día fulminaron, los abisman, Y aquí por fin al mundo a su vez vengán.» Obscura galería cerca de ellos De reyes indolentes se presenta; Fantasmas del poder sobre unos tronos, Que envilecen sus vicios y pereza. Cabe ellos, ansí mismo, el Gran Enrique Sus ministros despóticos contempla Y con horror mayor, de sus delitos En tan digno lugar, a mirar llega, Siniestros y venales consejeros, Cuyas avaras miras e impudencia, Las más sagradas leyes y costumbres Sórdidas corrompiendo, en almoneda Exponer las primeras atentaron, De Temis y de Marte, con afrenta, El ministerio augusto y los honores, Puras e inestimables recompensas Del mérito y virtud de nuestros padres. «¿Y habitaréis también región tan fea, ¡Dulces, febles y mansos corazones, Que de mirto, arrayán y flores bellas En muelle y grato lecho recostados, Sin hiel alguna amarga y sin fiereza, Entregados tan solo a los placeres, En el ocio pasáis y negligencia, Vuestros días inútiles, hilados Por las sensuales manos y halagüeñas De la afeminación y la delicia? ¿Confundidos seréis, en esta escena, Con turbas de malvados ¡o

vosotros, Benéficos mortales, de la excelsa Virtud fieles amigos! que de duda Por tan solo un instante o de flaqueza Agostado por siempre habéis el fruto De años tantos de mérito y prudencia?»

No pudo el generoso y tierno Enrique Tener aquí sus lágrimas. «Si en esta Del horror, exclamó, mansión opaca, Verdad es, que a parar a hundirse vengan Cada instante, sin número infelices (55) De nuestra humana raza, y siempre llenas De molestia y dolor sus breves horas, Sin recurso ni fin de pena inmensa Seguidas han de ser, ¿La luz del día No haber visto jamás mejor no fuera? ¡Dichosos en tal caso los mortales,

Si de sus madres antes perecieran En el infausto vientre; o si al Dios ese, Que tan severo pintan, le pluguiera Al hombre arrebatarse, sobrado libre Para no obedecerle, esa funesta Infeliz libertad, ese albedrío!»

«No, responde Luis, no Enrique creas, Que esas víctimas tristes, que así lloras, Penas aquí jamás sufran que excedan Del crimen la medida; que el Dios justo, Que ha creado los hombres, placer tenga En desgarrar, cruel, la inmortal obra De su mano y poder por excelencia. Si es infinito Dios, principalmente Eslo, Enrique, en sus premios y clemencias: Pródigo de sus dones, sus venganzas Economiza blando; y si quimeras Le pintan de los hombres, como ejemplo De implacables tiranos, él se muestra Un Dueño aquí benigno, un Padre amante Que sus hijos corrige solamente. Su mano vengadora y justiciera, Con piedad inefable, del castigo Embota dulcemente las saetas. Su bondad no sabría los momentos En que del hombre cae la miseria, Ni sus rápidos gustos y deleites, Que inquietudes y tedios siempre infectan, Y que de leves culpas o veniales En limitados términos se encierran, (56) Castigar con tormentos tan atroces, Que, como él mismo, término no tengan.»

Esto de Enrique el Padre excelso dijo: Y al instante, con rápida presteza, A los faustos lugares vuelan ambos, Donde feliz habita la inocencia. Aquí no existe ya de los Infiernos La lobreguez horrible. De la inmensa Inmortal claridad día el más puro, En tan bellas regiones luce y reina. Velas Enrique apenas, y a su aspecto, Pasar al alma siente una paz nueva, Una extraña alegría. Las pasiones, Los cuidados allí jamás inquietan Del hombre el corazón. Allí morando, Derrama liberal a manos llenas El tranquilo Deleite, con sus gracias, Dulzuras mil benéficas y tiernas. En estos climas es ¡o Amor! en donde

Todo tu dulce imperio experimenta. No es este aquel amor, que inflamar suele La mundana molicie. Es una bella, Una divina antorcha, y del más santo, Más limpio y puro fuego sacra tea. El hijo es de los cielos noble y puro, Que a conocer no alcanza acá la tierra. Déj solo sin hastío para siempre Aquí las almas todas están llenas, Que gozando incesantes de las dichas, Incesantes, a un tiempo, las desean. De un eternal ardor en suaves llamas, Delicias sin pesares las afectan, Gozan sin inquietudes del reposo. Reinando aquí con gloria verse dejan Los príncipes virtuosos, que del mundo Produjeron, tal vez, felices eras. Los héroes verdaderos aquí moran. Los verdaderos sabios aquí alientan. Sobre un trono sentados de oro puro Del Cielo en lo más alto de la esfera, El grande Clodoveo y Carlomagno, Con officioso amor atentos velan Del sagrado oriflama de la Francia Sobre el ilustre imperio. Los que fueran Más émulos y fieros adversarios, Como amantes hermanos se contemplan, Desde reunidos son en tal morada. Luis doce, el Prudente, en la floresta Descuella de los reyes, cual el cedro, Y le impone su ley. La Providencia, Propicia a nuestros padres, de los Cielos Les regaló este Rey, que acata y sienta Consigo sobre el solio la justicia. Él dispensó benigno su

indulgencia; Sobre los corazones ha reinado; Y del pueblo las lágrimas, que riegan Sus
miseros hogares, pío enjuga. De Ambois a sus pies su gloria eleva: (57)
Fiel ministro, que amó la Francia solo,
Y que solo también fue amado de ella.
De su Rey tierno amigo, en su alto puesto,
Jamás sus puras manos se le viera,
De los pueblos en sangre ni en rapiñas
Manchar con injusticia ni vileza.
¡Oh no imitados tiempos! ¡o costumbres
Dignas de un acordar, que al tiempo exceda!
El Pueblo era feliz. Su Rey dilecto,
De la más alta gloria se cubriera.

De sus amables leyes, dulces frutos Gozaba el ciudadano. ¡Ah! Vuelvan, vuelvan Bajo
un otro Luis días tan faustos!

Guerreros, a lo lejos, se le ostentan, Pródigos generosos de sus vidas, Cuyos valientes
pechos encendiera El sagrado deber y no la furia. Tales De Foix, Tremvill, y Clison
eran. (58) Tal era Montmorenci; y el que un día Osado destructor de reyes fuera E
ilustre vengador, Gueselin: y el fiero (59) El virtuoso Bayardo; y tú, ¡o afrenta Del
Britano, bravísima Amazona, (60) Que del trono francés sostén hicieran! «A estos
fuertes varones, dice el Padre, A estos héroes, que aquí de cerca observas Ya en el Cielo
morando, y que allá ilustres Habitantes un día de la tierra, Sus ojos deslumbraron, fueles
cara La virtud cual a ti; más de la Iglesia Hijos fieles, la amaron como madre. Su dócil
corazón, con fe sincera Buscó siempre, Borbón, la verdad santa. El mío fue su culto.
¿Porque dejas De seguir sus heroicos ejemplos?»

Con lastimosa voz a Enrique apenas Esto de amonestar Luis acaba, Cuando delante de
ambos, con sorpresa, Los celestes palacios del Destino Súbito se aparecen. Luis ordena,
Que a sus sagrados muros marche Enrique; Y al momento de bronce sus cien puertas A
sus absortos ojos quedan francas.

Sobre rápidas alas, nunca quietas, Con insensible vuelo, el fugaz Tiempo De aquel
alcázar huye, y en él entra, Y sin cesar un punto, a sembrar parte Sobre el suelo mortal,
a manos llenas, El cúmulo de males y de bienes, Que asignar al Destino le pluguiera.
Sobre un altar de duro y bronco hierro, Un libro indescifrable allí se muestra, Do de lo
porvenir constantemente La irrevocable historia se escribiera. Con presciencia infinita,
del Eterno La mano en él cifró las ansias nuestras, Y los graves pesares, con los leves
Placeres de la vida. A esa soberbia Esclava Libertad, vese allí mismo

Por invisibles lazos prisionera. Bajo un yugo escondido a los humanos, Y que nada jamás
habrá que pueda Romper ni sacudir, a su alto arbitrio Sabe su autor divino someterla; Más
sin tiranizarla, asida estando Y a su suprema ley tanto más presa, Cuanto perpetuamente
está a sus ojos Con misterio escondida su cadena, Y cuanto aun ella misma,
obedeciendo, Por su elección procede, delibera, Y a los propios destinos, veces varias Ella
misma su ley dictarles piensa.

«¡Hijo mío Borbón! el Padre dice, La morada estás viendo, do dispensa A los
hombres, la Gracia, y sentir hace Eficaces auxilios. De esta esfera, De esta celeste
estancia, es de do un día, De su triunfante luz una centella, Descenderá a abrasarte, a
herirte el alma. Dar no puedes, Enrique, prisa o tregua A este precioso instante, que tú

ignoras, Y del cual, solo Dios, cual dueño, ordena; Más ¡cuán lejos aún está ese día, Ese dichoso día, en que Dios quiera En la lista inscribirte de sus hijos! ¡Cuántas debilidades, con vergüenza Te restan que sufrir! ¡cuán largo trecho Que caminar aún por falsas sendas! De la serie de días ¡o Dios mío! Corte de este gran Rey, vuestra clemencia, Todos los lamentables y menguados, Que de vos distrayéndole le alejan.»

«¿Más que tropel aquí recorre aprisa Esta vasta mansión? Él sale, él entra, Y sin cesar deslízase al momento.» De esas sacras paredes, ves, que cuelgan, Le responde Luis, fieles retratos De los hombres, que en épocas diversas Nacer deben al mundo. De los siglos, Que aún están por venir, esas perfectas Esas vivas imágenes, que miras Reducidas a un punto, aquí congregan De los lugares todos las distancias, Y sin orden de tiempos, a las eras Se adelantan futuras. De los días Llevan del hombre ya fija la cuenta, Que anterior a los tiempos, a los ojos Del Eterno, ab eterno está completa.

Los instantes aquí marca el destino
De su natal al uno y su potencia;
De otro allá la opresión y abatimiento,
Y de todos acá las diferencias
A cada suerte adictas, sus mudanzas,
Sus virtudes, sus vicios, sus proezas,
Su fortuna, y por último su muerte.

«Acerquémonos más; pues te dispensan Generosos los Cielos, que conozcas Y los monarcas y héroes aquí veas, Que de tu augusta stirpe y de ti propio Un tiempo nacerán. De ellos, se ostenta El primero, Borbón, tu digno hijo, (61) Que en la paz igualmente que en la guerra La gloria sostendrá de nuestras lises, Largo tiempo del Íbero y del Belga Feliz triunfador; más sin que al padre Ni al hijo todavía igualar pueda.»

Sobre flores de lis, en este punto, Sentados ve Borbón, del trono cerca, Dos altivos mortales, que tenían Todo un pueblo a sus pies entre cadenas. De púrpura romana revestidos, Rodeados de guardias ambos eran De soldados y corte. Los cree reyes; «No te engañas, Borbón, en tus sospechas. Reyes son, sin el título de tales. Del estado y del príncipe se ostentan, Árbitros uno y otro. Mazarino, Richelieu, de memoria y fama eternas Ministros de la Francia, de la sombra De las aras humilde, hasta la misma Alta cumbre del solio, felizmente Se dirigen los dos, los dos se elevan. Hijos de la política y fortuna, Al despótico imperio con firmeza Entrambos volarán sin detenerse. Sublime Richelieu, de un alma fiera, Y enemigo en sus odios implacable; Flexible Mazarino, de alma diestra, Y amigo solapado y peligroso, Contrarios caracteres ambos llevan. Huye el uno con arte, y las borrascas Doblándose paciente, pasar deja. A las airadas olas, su coraje Oponer siempre el otro en la tormenta. De los príncipes todos de mi casa Enemigos los dos, a su manera, El pueblo por un lado los admira,

Y por otro los odia y los execra.
De ambos serán, en fin, la fina industria
Los osados esfuerzos y destreza,
Útiles a su Rey y a su Patria
Funestos su poder y su influencia.»
¡O tú menos que aquellos poderoso,
Menos vasto también en tus empresas;
Tú, en la segunda clase de los hombres

El primero, Colbert! de tu carrera (62)

Viene bajo los pasos, la abundancia, Hija fiel y feliz de tus tareas, A sembrar de riqueza el franco suelo. Bienhechor generoso, tú desprecias Los insultos de un pueblo, que pagarte Con ultrajes tus dones vil intenta, Sin dél saber tomar otra venganza, Que el empeñarte más en que florezca De fortuna colmado; semejante Al héroe, a quien Dios mismo se eligiera Por digno confidente, que nutría, En premio de dicterios y blasfemias, Al siempre de Israel ingrato pueblo. «¡Qué escena allí a mis ojos se presenta! Más bien ¡O Dios! de siervos, que vasallos, ¿Qué pomposa y magnífica caterva, De rodillas, de un Rey tiembla a la vista, (63)

Y a sus pies humillada le venera? ¡Qué respetos, qué honor, qué adoraciones! Jamás otro algún Rey, cual este, hubiera Sus súbditos en Francia acostumbrado A marcas de homenaje tan extremas. Yo le veo, cual tú, de fama y gloria Animado al igual, otra obediencia Más rígida exigiendo; más temido, Y menos quizá amado. Si diversas Mudanzas de fortuna soportando, Le considero Enrique, de soberbia Sus excesos repruebo en las felices, Y su constancia aplaudo en las adversas. De veinte vastos pueblos la alianza Y el formidable resto de las fuerzas Desafiando él solo, si es que en vida El renombre de Grande se adquiriera, Aún más grande sin duda ha sido en muerte. ¡O gran siglo de Luis! ¡Época excelsa! Siglo, que de sus gracias, de sus dones, Y sus brillantes luces y riquezas, Sin límites un día colmar debe Natura liberal. Tú, de las bellas,

De las útiles artes el decoro

Llevarás a la Francia. Con sorpresa,

Sobre ti van a fijarse las miradas

De las edades todas venideras.

Del coro de las Musas el imperio,

A fijar corre en ti su residencia.

El lienzo por do quier se anima y habla,

Y los bronces y mármoles alientan.

¡Cuantos sabios, en cónclaves augustos (64)

Asociando su esfuerzo, en las esferas

Del gran Orbe a estudiar vuelan celestes,

A medir su distancia y masa inmensa,

Y atrayendo la luz entre la noche,

A pesar de sus lóbregas tinieblas,

Con audacia sondar lo más arcano,

Que en su seno escondió naturaleza!

El presuntuoso Error huye a su vista,

Y en pos de la Verdad, dudas los llevan.

Y tú ¡feliz también hija del Cielo, Poderosa Harmonía y hechicera, Arte, que así puliste a Grecia y Roma! Yo por do quier escucho de tu lengua Encantadores tonos, soberanos De nuestro corazón y nuestra oreja. Vosotros ¡o franceses animosos! Vencer sabéis, y ledos, de la guerra Las hazañas cantar. Ya no hay laureles Que no ciñan de honor las sienas vuestras. En vuestro feliz clima, nacer veo De héroes un pueblo vasto. Cuales vuelan A los combates noto los Borbones. Al través de mil fuegos, cual penetra, Miro al fiero Condé, que en lances varios, (65) El terror y el apoyo se demuestra De su Rey y señor. De Condé, admiro Generoso rival al de Turena, (66) Menos brillante que él, si más prudente, Y su igual cuando menos en grandeza. A Catinat contemplo, que unir sabe, (67) Por un cúmulo raro, a nobles prendas Del guerrero, del sabio las

virtudes. El compás en la mano, verse deja Riéndose Vauban, sobre aquel muro (68) Que su ingenio trazó, de la impotencia De ese horrísono estruendo con que baten De bronce rayos cien; y si en la guerra Invencible, en la Corte desgraciado, Del Austria y gran Bretaña las potencias, A un tiempo temblar hace Luxemburgo.

«Repara allá en Denén, con qué braveza, Con qué audacia, Villars, el trueno horrible (69) Disputando a la augusta y altaneraÁguila de los Césares, es dueño Y árbitro de la paz, que tras sí lleva De la Victoria el carro a las naciones Y que, con gloria tanta, se presenta Apoyo de su Rey no menos digno, Que de Eugenio rival... ¿Qué joven llega, Qué Príncipe se acerca, en cuyo rostro (70) Brilla la majestad sin la aspereza, Y que el honor del solio está mirando Con ojos de desdén o indiferencia? ¡Cielos! ¿qué noche rápida a mis ojos Este Príncipe encubre, envuelto deja? Incesante la muerte, déj en giro, Sin detenerse un punto revolea.Él cae al pie del trono, en el momento De instalarse sobre él. En él observa, De todos los franceses, hijo mío, El Príncipe más justo. La clemencia Algún día del Cielo, de tu sangre Le hará nacer augusta. ¿Y flor tan bella, Obra tan digna ¡o Dios! de vuestras manos, No haréis más que mostrar, para esconderla De golpe a los mortales? ¡Cuánto un alma Tan virtuosa, en su bien obrado hubiera! ¡Cuán feliz fuera Francia en su reinado! ¡Cuál su paz, su abundancia y su riqueza!Él, por sus solas gracias y sus dones, Llevara de sus días grata cuenta.Él su pueblo amaría. ¡O día infausto De alarma y de dolor! A los franceses, ¡Cuántas verter harás lágrimas tiernas, Cuando en la misma tumba, amontonados, Hijo, padre, mujer y esposo vean!»

Sale un vástago débil de las ruinas (71) De aquel árbol fecundo, que así fuera Cortado por el pie. De Luis los hijos, Que al sepulcro veloces descendieran, Dejaron solamente a nuestra Francia Un Monarca en la cuna, tan expuesta Como dulce esperanza de un Estado, En vacilante y trémula existencia. Cuida ¡Fleuri prudente! de sus días. Sobre su tierna infancia atento vela, Y sus primeros pasos fiel conduce. Dignamente instituye y aconseja, De lo más noble y puro de mi sangre,

El precioso depósito, que resta.Aunque haya Rey nacido, a conocerseA sí mismo, filósofo, le enseña.Que aunque hombre, soberano y poderoso,Hombre es al fin mortal, harás que sepa;Y que al verse Señor, ame a su Pueblo,Porque amado también ser dél merezca.Inspírale, que justo reflexione,Que no es Rey, ni ha nacido, ni gobiernaSino para su Pueblo. Y tú, tú ¡o Francia!La gloria y dignidad cobra primeraBajo su fausto imperio; y esa noche,Que de sombras tu luz dejó cubiertaAcaba de romper. A coronarteOtra vez con decoro y gracia vuelvaLa mano de las Artes provechosa,Que a abandonarte ya se daban prisa.De su profundo piélago en las grutas,Se pregunta el Océano y lamenta,¿Do existen en el día, qué se hicieronTus pabellones ¡Francia! que solieranFlotar sobre estas ondas? Del Euxino,De la India, y del Nilo y sus riberasY sus puntos, te llama allí el comercio,Y te abre sus tesoros. Guarda, observaEl orden y la paz, y la victoriaNo busques con afán. En las querellasDe los reyes, ser árbitro le bastaA tu honor y tu gloria ¡Cuán funesta,Cuán cara te costó la de haber sidoEl espanto y terror de sus Potencias!

De este Monarca joven en seguida, Con esplendor un héroe se le ostenta, (72) A quien la atroz calumnia, allá a lo lejos, De rabia ardiendo, ladra, y sigue inquieta. Príncipe blando y fácil, más no débil, Lleno a un tiempo de genio y de vehemencia, Amigo con exceso de placeres, Y no menos también de cosas nuevas; Del seno del deleite, revolviendo La redondez inmensa de la Tierra, Con su diestra política y resortes Siempre nuevos y fértiles, suspensa, Dividida la Europa y en paz tiene; Al paso que a

las Artes, que fomenta, Sus vigilantes ojos convirtiendo, De gloria, de vigor y de luz
llena. Para todos los cargos y destinos Nacido felizmente, en sí concentra

Los talentos de todos: de soldado,
De jefe y ciudadano. «Él un Rey no era;
Más con todo, hijo mío, enseña a serlo.»

De una borrasca entonces turbulenta En medio de relámpagos, de Francia, A los aires
flotando, se despliega El insigne estandarte. De españoles Las huestes precediéndole
guerreras, Del Águila germana quebrantaban, En los de sus Castillas, las cabezas.
Absorto Enrique, exclama: «¡Padre mío! ¿Qué espectáculo nuevo se presenta?» «Todo
cambia ¡hijo mío! le responde. Todo Enrique a su ocaso, por fin, llega. Del Muy Alto
adoremos y aplaudamos El arcano saber y providencia. Del fuerte y poderoso Carlos
Quinto Extinguida la raza, ya la Iberia Reyes viene a pedirnos de rodillas; (73) Ya a la
España da leyes, ya allí reina Uno de nuestros nietos. Ya Felipe...» (74) A tan glorioso
objeto, Enrique queda De júbilo arrobado, y de su mente Una dulce sorpresa se apodera.
«Mitiga de ese gozo, el Padre dice, El ímpetu primero, y la grandeza Teme, hijo mío,
aun de tal suceso: Teme, repito, sí; Madrid acepta, Del seno de París un dueño aclama;
Más quizá tanto honor, gloria es tan bella, No poco para entrambos peligrosa. ¡O Reyes
de mi casa y sangre regia! ¡O Felipe Borbón! o ¡caros hijos! ¡O España y Francia mía!
El Cielo quiera Podáis vivir unidas. ¿Hasta cuando ¡Políticos funestos! la cruel tea De
las discordias públicas querría (75) Encender vuestro bárbaro sistema?» (76)

Dice: y desde el momento, el Héroe nada Ve más de lo pasado, que una envuelta
Quimérica mixtión de objetos varios Confusos entre sí. Las puertas cierran Del templo
del Destino; y de los cielos A sus ojos se eclipsan las esferas.

Ya con rosada faz la fresca Aurora, Las puertas en Oriente a abrir empieza Del palacio
del Sol. Su negro velo La noche va a tender sobre otras tierras. Los Sueños volteadores
y medrosos,

Húyense con las sombras y se alejan. El Príncipe adormido, en este instante De su arrobo
dulcísimo despierta; Y en el fondo del alma un nuevo esfuerzo, Un divinal ardor
experimenta. Inspiraban a todos sus miradas, Respetuoso terror y reverencia. Había Dios
su frente, de su misma Majestad sacrosanta con diadema De esplandecientes rayos
coronado; No de distinto modo que lo hiciera Con aquel de Israel santo caudillo, Ilustre
vengador, cuando de vuelta Del tonante Sinaí, donde las tablas De la Ley del Eterno
recibiera, De tal lleno de luz cercó su rostro, Que de sus resplandores con la
fuerza Trastornados al verle los hebreos, Envueltos entre el polvo, sus pies besan, Sin que
mirarle osaran, ni sus ojos, De su cara el fulgor sufrir pudieran.

Canto octavo

Argumento

El Conde de Egmond viene de parte del Rey de España al socorro de Mayenne, y de los
Ligados. Batalla de Ivry, en que es deshecho Mayenne, y muerto de Egmond. Valor y
clemencia de Enrique el Grande.

De los Estados en París reunidos,

Atónita y confusa la Asamblea,

Aquel orgullo, de que inflada estaba

Al principio, a este tiempo ya perdiera.

De Enrique al solo nombre, los Ligados,

De horror y espanto llenos, que quisieran
Un Monarca elegirse, ya en olvido
Parecían poner. Nada pudiera
De su furor fijar la incertidumbre;

Y en medio del temor y la flaqueza,
No osando coronar, y aún mucho menos
Destituir al tirano, se abatieran
A confirmar, en tanto, por edictos
De la más vergonzosa complacencia,
El poder y lugar de que gozaba,
Sin que de los Estados le vinieran.

De Teniente del Reino, aunque sin jefe (77) El que nombre usurpó, Rey sin diadema,
Conservado hubo siempre en su partido, Del poder más supremo la influencia. Un
obediente pueblo, de que, astuto, Ser apoyo afectaba con destreza, Gustoso, combatir y
dar la vida Por su causa y persona, le ofreciera. De nuevas esperanzas, de este modo, El
pecho rebozando de Mayenne, A Consejo convoca, y congregados Rápidamente en él a
contar llega, Cuantos bravos caudillos, orgullosos, Vengar resuelto habían sus querellas.
Los Canillacs, los Chatres y San-Poles, Los Brisacs, los Nemours, y los Lorenas Y aun
Joyeuse, el voluble, acuden prontos. La venganza, la rabia y la braveza, La
desesperación, y el fiero orgullo, En sus rostros pintados se demuestran. Con un trémulo
paso, algunos de ellos, Exhaustos de la sangre que vertieran En mortales peleas,
caminaban: Pero esta sangre misma que corriera, Estas mismas batallas y derrotas, Estas
heridas mismas, aún abiertas, Los excitaban más, y enfurecían Al vengador desquite de
su afrenta. Cada cual, de Mayenne, como un rayo, A colocarse al lado parte apriesa, Y
dél, espada en mano, en torno puestos, Vengar juraron todos sus ofensas; Así sobre las
cumbres del Olimpo, Y de Tesalia en campos, se fingiera Allá un tiempo, la impía y
audaz tropa De los soberbios hijos de la Tierra Amontonando rocas sobre rocas, Y a los
Cielos braveando, en su demencia, Con la esperanza estólida embriagados, De destronar
los Dioses de su esfera.

Al momento, entreabriéndose una nube, La Discordia a la vista se le ostenta,

Sobre un carro flamígero montada. Ánimo, sus, les dice, que ya llegan A auxiliares,
franceses. Ya es forzoso El vencer o morir. Voz halagüeña, A la cual, el primero se
levanta Parte corriendo Aumale, y al ver cerca Las relumbrantes lanzas españolas, «Ahí
tenéis, exclamó, ved de la Iberia El auxilio rogado largo tiempo, Y siempre diferido al
ansia nuestra. El Austria al fin, amigos, sus falanges, Su socorro a la Francia le
franquea.» Dice: y Mayenne, entonces, afanoso A las puertas se avanza. Verse deja El
extranjero auxilio de aquel lado, Do el fúnebre lugar se reverencia, Que de nuestros
monarcas, ya de antiguo, Consagrara la muerte a tumbas regias. La formidable masa de
las armas, Que blandientes al aire centellean, El oro refulgente, el lucio acero, Las picas,
que afiladas reverberan, Los cascos, los penachos, los arneses, De la pompa el atruendo y
la soberbia, Del sol los mismos rayos parecían En el campo retar a competencia. De tropel
a su encuentro el pueblo acorre; Y con una algazara y grito fiera, Al jefe, que en su
auxilio Madrid manda, Colma de bendiciones, y festeja. Era el joven Egmond, tenaz
guerrero: De un padre generoso e infeliz, era El hijo más indigno y ambicioso. (78)

De Bruselas los muros nacer vieran
Al hijo de Egmond, a quien cegara
De la patria el amor, y la cabeza
Perdiera en un cadalso, sosteniendo
Los sagrados derechos de los
belgas,
Sus míseros patriotas, de los Reyes
Vejados y oprimidos por la fuerza.
Ruin hijo de Egmond, procaz soldado,
Áulico vil, al fin, adula y besa
Largo tiempo la mano que a
su padre
De un tirano poder víctima hiciera.
A destructores males de su patria,
Por política, infiel, servicios presta;
Y al paso que a París lleva socorro,
Cruel persecución trae a Bruselas.
Como a un Dios tutelar, el rey Felipe,

Del Sena le enviara a las riberas
Con auxilio al rebelde, quien creía,
Del Rey llevar con él hasta las tiendas,
A su vez los terrores y la muerte.
Del temerario orgullo va las huellas
El impetuoso joven ocupando.
¡Con qué placer, gran Rey, de cerca observas
Su fantástica audacia! ¡Con qué anhelo,
Tus ansias el instante agujonean
De un combate, del Cual, altos destinos
Del Estado pendientes consideras! Del Iton bien cercano a las orillas,
Y del Euro a las márgenes amenas,
Un campo afortunado deja verse,
De la madre natura amor y prenda;
Largo espacio de tiempo, por fortuna
Supieran respetar furiosas guerras,
Los preciosos tesoros de que Flora,
Y el Céfiro halagüeño embellecieran
Su dichoso distrito. Entre furores
De civiles discordias y contiendas,
Los sencillos pastores del contorno,
Correr vieran en calma y paz serena
Sus días y sus años, protegidos
Por la piedad del Cielo y su pobreza.
De bálago al abrigo de sus techos,
De la desaforada soldadesca
Desdeñar parecían la codicia.
A cubierto de alarmas, aún no oyeran
Del tambor y las armas el estruendo.
Los campos enemigos allí llegan,
Y la desolación por todas partes
Delante de ellos marcha. Se consternan
Las riberas del Iton y del Euro.
Lleno el pastor de espanto, allá en las selvas,
Amilanado todo, va a esconderse;
Y su dulce mitad, y madre tierna,
Arrebatando en brazos y llorando
Sus queridos hijuelos tras él lleva. De esos valles de encantos y gracias llenos
¡Infeliz habitante! no tus quejas,
No a tu Rey esas lágrimas imputes.
Si él las batallas busca o las acepta,

Para darte la paz es solamente.
Dones y beneficios con largueza
Derramará su mano, en mejor tiempo,
Sobre vuestros hogares que hoy molesta.
Terminar vuestros males solo quiere.
Él os ama cual padre, y os lamenta;

Y en esta, en esta misma atroz jornada,
Por vuestro solo amor y bien pelea. Siéndole tan preciosos los instantes,
Ya por todas las filas Borbón vuela
Sobre un fogoso corcel, más que el viento
Rápido y adiestrado en la carrera,
Que embravecido todo y orgulloso
De aquel augusto peso que en sí lleva,
Hinchando la nariz, y con pie corvo
Excavando arrogante el ancha arena,
Llamando estar parece los peligros,
Y el fuego respirando de la guerra. Ya brillan, cabe el Rey, cuantos campeones
De su honor y su gloria socios fueran,
Y de sus mismos lauros ya ceñidos.
El anciano de Aumont, que las banderas (79)
Siguiera con honor de cinco Reyes;
Biron, de cuyo nombre el eco siembra (80)
En la enemiga hueste mil alarmas;
Su entonces joven hijo, de harto inquieta
Ardorosa y violenta bizzaría,
Que después... más entonces Biron era (81)
Virtuoso aún. Allá más lejos vienen
Los que al crimen tenían guerra abierta
Y declarado horror, y que la Liga
La misma Liga atónita respeta,
Por más que los malquiera y los deteste,
Sully, Nangí, Crillon, y el de Turena, (82)
El que en Sedan, después, la mano, el nombre,
Y la soberanía mereciera
De la joven Buillón; soberanía
Infeliz, mal guardada, y bien apriesa
Por Armando oprimida y derrocada,
Apenas erigida a su grandeza.
Vese con esplendor alzarse entre ellos
Cual palma, Essex, airosa y altanera, (83)
Que del país mezclando en los jardines
A los frondosos olmos, que se elevan,
Su noble y grave frente, envanecida
De su extranjero tronco gallardea.
Su engalanado casco centellaba
Con el rojo fulgor de que le cercan
Adornos mil preciosos de oro fino,
Y el sartal de diamantes y preseas,

A porfía brillantes caros dones,
Con que de su Señora a la fiereza
Del de Essex el valor, o la ternura
Más bien, supremamente honrar pluguiera.
¡Ambicioso de Essex! Tú, ser a un tiempo,

Un día conseguiste de tu Reina
Tierno objeto de amor, y el firme apoyo
De tus Reyes, también, y la defensa.
Algo allá más distante los Tremvilles, (84)
Los Clermons y Feuquieres, se presentan,
Y el infeliz De Nesle, y Lesdiguières,
De condición y estrella bien diversas;
Y el anciano De Elly, a quien ha sido
Esta ilustre jornada tan funesta.
De heroicos varones tropa tanta,
Corre a apostarse, ufana, del Rey cerca,
Y la seña aguardando, en su semblante,
De la victoria ya gloriosa y cierta
Presagios mil felices divinaba.

En situación tan tóbida, Mayenne, Su corazón sintiendo desmayado, A hallar en él su esfuerzo en vano anhela, Ora fuese, que al cabo, de la causa La injusticia advirtiendo su conciencia, Recele gravemente, que propicio Sus armas proteger el Cielo quiera; Ora, que el alma, en fin, presentimientos, Verdaderos anuncios tal vez tenga, De los grandes reveses precursores. Dueño no obstante aún de su flaqueza, Con simulado gozo, sabe el héroe Encubrir de su pecho duras penas. Se reanima, se escita, y la esperanza, Que ya él mismo, marchita, no sustenta, Inspirar al soldado conseguía.

Junto a él, lleno Egmond de la soberbia, Del confiado orgullo, y la arrogancia Que de ordinario influye la imprudencia En juveniles años, impaciente De ejercer su valor; la marcha lenta Del perplejo Mayenne acriminaba.

Hervía su coraje; a la manera, Que escapado del ancho y verde seno De amenas praderías y risueñas, Al eco retumbante de la trompa, Que anima el fiero ardor de su braveza, En los fértiles campos de la Tracia, Inquieto e indócil bruto, en quien humea Un belicioso fuego, suelta al aire De su altanero cuello la crin crespa, Con anheloso aliento, por el campo Trepa, galopa, corre, a la lid vuela, De la rienda impaciente el freno tasca, La oreja eriza, y brinca por la hierba;

Así Egmond parecía. Un furor noble
Por sus ojos brillando, llamas echa,
Y en su animoso pecho late y arde.
Lisonjéase ya, ya se recrea
En sus próximas glorias, y presume,
Que su altivo destino al triunfo impera.
¡Ha infeliz! Él no sabe que el orgullo,
La presunción fatal, y la impaciencia
De su guerrero ardor y su osadía,
Iban de Ivri en los campos, con presteza

La tumba funeral a prepararle.

De la Liga a las bélicas hileras Avanza el gran Enrique, y a las suyas; Que inflamaba su heroica presencia Tornándose: «Nacido habéis franceses, Y Yo soy vuestro Rey. Ved allí cerca Al pérfido enemigo. A él; seguidme. Vuestros ojos jamás de vista pierdan En lo más empeñado y formidable De la atroz tempestad que nos espera, Este blanco penacho que resalta Flotando al aire, sobre mi cabeza. Vosotros le veréis, a todo trance, Del honor volar siempre por las sendas.» A estas bellas palabras, que ya en tono De vencedor, el Rey les dirigiera, Advirtiéndolo, con júbilo, inflamada De un nuevo ardor su tropa, al frente de ella Marcha ya, de las huestes al Dios grande Religioso invocando. Tras las huellas De ambos jefes a un tiempo, velozmente A la sangrienta lid correr se observa De uno y otro partido los guerreros; Así cuando violentos se despliegan, Y con rápido vuelo precipitan De los montes que Alcides dividiera, Furiosos Aquilones, al momento, De dos profundos mares contrapuestas Las encrespadas olas, a los aires Con espumoso choque se sublevan; A lo lejos allá la Tierra gime, Huye el día; del Cielo el trueno suena; Y de susto temblando el Africano, Que desplomado se hunde el mundo, piensa.

Ya en uno y otro campo, dobles muertes, Al mosquete reunida, feroz siembra La mortal y fendiente cimitarra. Aquel arma, que un día, de la guerra Al mal Genio inventar plugo en Bayona, (85)

Para que estragos suyos más pudieran Del suelo exterminar la raza humana, Reúne a un mismo tiempo, invención negra Y del Infierno mismo digno fruto, Cuanto en manos maléficas encierran Hierro y fuego, de bárbaro y horrible. Ya se baten y mezclan. La destreza Asociada al valor, la horrible grita, El gemido, el terror, la rabia ciega, La implacable y ferviente sed de sangre, De ceder al contrario la vergüenza, La desesperación, y en fin, la muerte, De fila en fila corren y se ceban. Aquí persigue el uno al propio padre. Huyendo allí un hermano, muerto queda Por el impío brazo de otro hermano. Se estremece a tal ver naturaleza, Y de su triste sangre, a pesar suyo, Se hinche aquella fatal turbia ribera.

Por entre picas tantas que erizadas Parecían formar espesas selvas; Por medio de sangrientos batallones, Y de enemigos cuerpos, que atropella, Penetra, Enrique, avanza, y un camino A sus valientes tropas a abrir llega. Segúiale Morné con su frescura, Con su calma de espíritu perpetua, Y cual un Genio excelso y poderoso, En torno de su Rey gira y le vela: Al modo, que allá un tiempo, de la Frigia En los guerreros campos, se fingieran Los móviles eternos e invisibles De los etéreos Orbes, por la tierra En traje de mortales disfrazados, Mezclarse y combatir en las peleas; Y del Dios verdadero, al mismo modo, Que severos ministros, y tremendas Celestes e impasibles potestades, Del oraje el relámpago y centella, En medio de los aires circundados, Con faz siempre impertérrita y serena, El Universo agitan y estremecen. Él de Enrique recibe, a do quier lleva Las órdenes supremas, que emociones Repentinas, intrépidas y fieras Del alma de los héroes, al momento Cambian una batalla, y fijo dejan Su triunfante destino. Él a los jefes A trasladarlas corre con presteza.

El caudillo las toma, y velozmente Al eco de su voz, con impaciencia, Las bien disciplinadas prontas haces Su obediente furor mueven y arreglan. Despléganse ya raudos, se dividen Los trozos de las huestes, ya se cierran, Ya marchan en columnas diferentes. Un espíritu solo, un plan gobierna La acción de cada trozo y

movimientos. Morné yendo y tornando, hacia el Rey vuela. Él le sigue y le escolta; y golpes varios, Que contra su persona el campo asesta, Más de una vez, hablándole, le para. Por lo demás, Morné, nunca en la guerra, A sus manos estoicas, en sangre De sus tristes hermanos permitiera Que crueles e impías se mancharan. De su Rey solamente toda llena, Toda ocupada el alma, si su acero Desenvainó, fue sólo en su defensa. Su singular valor, de los combates Declarado enemigo, no recela El arrostrar la muerte, más sin darla. Ya el ánimo indomable de Turena, Rechaza de Nemur, las huestes turba. El de Elly, por do quier arrastra y siembra La muerte y el terror. Elly, orgulloso Con treinta años de lides, recupera, De marciales combates entre horrores, A pesar de sus canas, nuevas fuerzas: Un guerrero tan solo, a la amenaza De sus golpes se opone en la palestra. Un héroe joven es, que de sus días A la amena y florida primavera, En funciones de Marte se estrenaba, Con tan célebre acción como sangrienta. Del más grato himeneo el dulce cebo, Venía de gustar el mozo apenas. Del amor favorito, de sus brazos De partir acababa. La vergüenza De no ser hasta entonces sino solo Célebre por sus prendas, y la fiera Ambición de otra gloria, le arrojaba A los fieros peligros de la guerra. Su joven bella esposa, en aquel día, Los Cielos acusando, y la crueldad De la batalla y Liga maldiciendo, Su tierno esposo armó triste y violenta. Con un trémulo pulso e incierta mano

La pesada coraza le prendiera,
Y con amargas lágrimas dejara
De un casco preciosísimo cubierta,
Una frente de gracias tan ceñida
Y a sus amantes ojos hechicera.

Con cólera marcial, del novel fiero El juvenil orgullo se endereza Contra el anciano Elly. De polvo y humo Por entre torbellinos, que los ciegan, De muertos, moribundos, y heridos, Uno y otro al través, baten y aprietan De sus fogosos brutos los ijares. Apostados los dos sobre la hierba, Con la sangre teñida y aplanada, Lejos de do campean sus banderas, Se lanzan, y se buscan a seguro Y arrogante galope los atletas. De sus cotas cubiertos y su sangre, Enristradas las lanzas, ya se encuentran, Y con choque espantoso, de repente Se arremeten entrambos y golpean. La tierra retembló del bote al ruido; Y las astas al golpe en trozos quiebran; Al modo que en cargado, ardiente cielo, Dos formidables nubes, que acarrear En su seno los truenos y la muerte, Chocándose en los aires, corren, vuelan Sobre el furioso viento; de su horrible Connestión los relámpagos revientan; De allí se forma el rayo, y los mortales, A su vista y estruendo de horror tiemblan. Ya sus brutos dejando lejos de ellos, Por un súbito esfuerzo, se conciertan. En bajarse a buscar muerte distinta. Ya pie en tierra, se vibran, ya centellan Los funestos aceros en sus manos. Acorre la Discordia turbulenta, Y con ella ligados de consuno, El rabioso Demonio de la guerra, Y la pálida parca ensangrentada, Al lado de ambos héroes se presentan. ¡O míseros, o ilusos combatientes! Suspended de esa lucha, de esa ciega Precipitada cólera los golpes: Pero la irresistible oculta fuerza De fatales decretos del destino, Más su furor enciende y los obceca. En el contrario pecho, abrir al alma Intenta cada cual fúnebre puerta,

En el pecho, que entrambos no conocen. A los aires resalta, en cascos vuela La acerada armadura que les cubre. A redoblados tajos de su diestra, Lumbres al viento arrojan las corazas. Sangre, que a borbotones corre suelta De sus hondas heridas, rebotando, Su fiera

mano mancha y bermejea. Los formidables filos deteniendo
Sus cascos y broqueles con destreza,
Golpes mil aún le paran y le cubren,
De una muerte más pronta los libertan.
De resistencia tanta absortos ambos,
Admira, cada cual, honra y respeta
De su rival el ánimo y esfuerzo.
De Elly mano más firme, y más certera,
Al joven generoso al fin derriba,
De un malhadado golpe a sus pies echa.
Sus vivos bellos ojos, para siempre
De la luz a los rayos ya se cierran.
Sobre el sangriento polvo ya su casco
Arrastrando y rodando va del
cerca. Ya de Elly ve su rostro ¡Qué lamentos!
Le ve, le abraza, ¡ay Dios! ¡...su hijo
era. Inundados en lágrimas los ojos,
El desdichado padre ya la horrenda,
La parricida espada vuelto habría
Contra su corazón, si a tan extremas
Muestras de su dolor, su brazo
alzado Deteniendo, el suceso no impidieran.
Parte trémulo todo; corre huyendo
De una playa de horror y espanto llena.
Su criminal victoria abominando,
Llórala eternamente, la detesta.
A la Corte, a los hombres, y a la gloria
Para siempre renuncia, y solo
anhela, Prófugo de sí mismo, al fin del Orbe
Ir a esconder su tedio y dura pena
En un triste desierto. Allí, del punto,
En que su luz el sol torna a la tierra,
Hasta que de las ondas cristalinas
En el piélago a hundirla tibia llega,
A los enternecidos dobles ecos
De los montes, los valles y las selvas,
Hacían repetir acentos tristes
De su acerbo dolor y su querella,
El nombre, el triste nombre de su hijo.

Del héroe en la agonía postrimera, Guiada del terror la nueva esposa,

Con una errante vista y planta incierta
Se acerca y llega, en fin, al campo infausto,
Do pavorosa busca, y ve... ¡Qué escena!
Entre el montón de muertos,... ve a su esposo.
¿Eres tú caro amante?... más sus tiernas
Cariñosas palabras, que interrumpen
Sollozos mil, tristísimas endechas,
Que al viento el labio arroja mal formadas,
Del esposo adorado ya no afectan
El exánime oído. Ella aún sus ojos
Ver quiere, y vuelve a abrir. Ella aún aprieta
Con sus últimos ósculos su boca,
Aquella boca, que idolatra aun yerta;
Ella el cadáver pálido y sangriento
Entre sus brazos trémulos sustenta;
Los ojos clava en él; sobre él suspira;
Estréchale a su seno, y muerta queda.

¡Padre, esposa y familia deplorables! ¡Ejemplo lastimero, que amedrenta, Y la imagen
ofrece de unos tiempos De tal ferocidad y tanta mengua! Pueda el recuerdo triste y
espantoso De tan mísera y trágica pelea, De todos nuestros nietos más remotos Lágrimas
excitar. Lágrimas pueda Arrancar de sus ojos saludables, Porque crímenes tales y
fierrezas De sus padres, jamás a imitar lleguen.

Más ¿quién cielos la Liga así dispersa? Qué héroe puede, o qué Dios, darle tal rota?
Biron el joven es, cuya braveza, Por entre atropellados batallones Denodado consigue
abrirse senda. Y el orgulloso Aumale, que la fuga De los suyos infame a mirar llega, De
cólera bramando, «Deteneos; ¿Do, cobardes, corréis? Parad: dad vuelta. ¡Huir! ¡Huir,
vosotros, los famosos Compañeros de Guisa y de Mayena! ¡Vosotros los valientes, que
hoy de Roma La causa, de París, Francia, y la Iglesia Con tanto honor debéis dejar
vengadas! Del antiguo valor y virtud vuestra Acordaos, amigos, y seguidme Con aliento

mayor a la refriega. Batíos bajo Aumale, e ya vencisteis;» Volando a su socorro, gente llevan El feroz de Saint-Pol, Beauveau, y Foyussa Con Joyeuse. Las haces ya dispersas

A este refresco junta. Con miradas Enciéndelas de fuego. Las ordena, Y a su frente revuelve a un nuevo ataque. Tras él con paso rápido regresa De su parte a ponerse la fortuna. De Biron el valor y la firmeza, Con rara intrepidez, paran en vano El impetuoso curso y la violencia Del torrente de huestes, que furioso, En sus ondas hundirle, ahogarle intenta. Parabére expirando ve a su lado. Entre el montón de muertos, ya por tierra Mira a Fouquier, Clermont, Angenne y Nésle, Entre el polvo tendidos ya no alientan. De exhalar sus suspiros postrimeros Lleno él mismo de heridas, se halla cerca. Así Biron, así finar debiste. En campos del honor muerte tan bella Tan célebre caída, la memoria De tu primer virtud eterna hicieran. El extremado trance, a que un exceso Del valor de Biron, su vida arriesga, De Enrique el corazón inquieto advierte. Le amaba, no cual Rey, no a la manera De un severo señor, que sólo sufre Se aspire al alto honor, a la suprema Ventura de agradarle, y cuyo duro Corazón, inflexible en su soberbia, La sangre de un vasallo, bien pagada Con sola una mirada considera. La noble llama, Enrique, conocía De la amistad; de la amistad; la prenda El don del alto Cielo, y de almas grandes Dulce placer y encanto; de la tierna Oficiosa amistad, que allá los Reyes, Los ilustres ingratos, de su esfera Por bastante desgracia no conocen. A socorrerle al punto Enrique vuela; Y el mismo activo ardor, que fino guía, Que al socorro sus pasos veloz lleva, Más vigor a su brazo, y a su vuelo Impulsiones prestaba más violentas. Biron, a quien ya asaltan, ya circundan De una prójima muerte sombras negras, De su valiente Rey y augusto amigo, Confortado a la súbita presencia, Hace un postrer esfuerzo; e incontinente, De Borbón a la voz, llama y releva De su vida los restos. Huye todo,

De Borbón al denuedo todo ceja.
Tu Rey ¡joven Biron! tu Rey te arranca
Al tropel de enemigos, que fin dieran
Con redoblados golpes a tu aliento,
Sin darte de su amor tan fina prueba.
Vives, Biron. La vida a tu Rey debes.
Vivirle siempre fiel, al menos, piensa.

¿Qué estrépito espantoso deja oírse? La Discordia es, maligna y turbulenta, Que del héroe oponiendo a las virtudes Su implacable furor, de un ira nueva Los ligados enciende. Al frente de ellos Pónese el monstruo horrible, y la trompeta Del infierno, a lo lejos, por el soplo De su boca fatal, hórrida suena. A sus acentos bárbaros, de Aumale Harto bien conocidos, se subleva Su cólera, se inflama, se embravece; Y repentinamente, a la manera Que va del arco elástico impelida Por los aires silbando una saeta, Busca al héroe, y sobre él solo se arroja. En tumulto una tropa se descuelga De ligados allí; del modo mismo Que en hondos matorrales de florestas, Con ojo ensangrentado, hasta su fondo Precipitados corren y penetran El alano y lebre, fieros esclavos Del amo que los nutre y los arriesga A ensangrentadas luchas, cual nacidos Para presas y muertes carniceras, A un jabalí valiente en torno acosan; Sus bravíos furores exacerbaban, Y con cólera ciega encarnizados, Los riesgos no advirtiéndolos, la corneta Su belicoso instinto irrita al lejos, Y las rocas, los montes y las cuevas, De alaridos retumban y ladridos: Así enemigos mil a Enrique cercan, Y él solo contra todos, de la suerte Impía abandonado: de una espesa Muchedumbre entre abismos, y

sitiado De la muerte en tal trance, se contempla. Del alto de los cielos, en peligro Tan horrible y extremo, invicta fuerza Presta Luis al héroe a quien amaba, Y que a modo de roca, que altanera, Amenaza las nubes, de los vientos El ímpetu rechaza, y la violencia

De las olas quebranta, que le embisten.
¡Quién fielmente narrar aquí pudiera
La sangre y mortandad, de que vio entonces
Cubrir el Euro triste sus riberas!

¡O vosotros sangrientos sacros manes Del más valiente Rey que el mundo cuenta! Mi espíritu ilustrad y mi memoria; Por el eco explicaos de mi lengua. Él ve como al socorro velozmente Acude de su Rey su fiel nobleza; Cual muere por su Rey, al mismo paso, Que por ella, también, su Rey se arriesga. El terror y el espanto le preceden. De sus golpes en pos la muerte vuela; Cuando a su indignación y fiera saña, A exponerse el de Egmond osado llega.

Había este extranjero, en lo más fuerte De batalla tan hórrida y sangrienta, De su valor iluso, largo tiempo Del Rey andado en busca. Su soberbia, Irritaba el honor de combatirle, Por más que a extrema costa tal vez fuera, De que su temerario y loco orgullo, A la tumba fatal le condujeran. «Ven, Borbón, le gritaba, a alzar tu gloria. Combatamos los dos. Acción es nuestra La victoria fijar.» A estas palabras, Un relámpago, al punto, augural seña, Frecuente mensajero del destino, Iluminando, hiende y atraviesa Los espacios del aire. Que su trueno Retumbe sobre el campo, al punto ordena El árbitro y señor de los combates. Bajo sus pies temblar siente la tierra Atónito el soldado. Que su apoyo Los Cielos le debían, Egmond piensa; Que su causa defienden, y en pro suyo, A combatir de lo alto se dan priesa; Que la naturaleza atenta toda Al grandioso interés de tal palestra, Celosa de su gloria, por las voces De aquel trueno, su triunfo a entender diera. De Egmond logra alcanzar, y en el costado Hiere por fin al héroe. Se contempla (86) Con derramar su sangre ya triunfante. El Rey, que se halla herido, y de ver echa Sin turbarse el peligro, su ardor noble A medida del riesgo activo aumenta. Su grande corazón, de haber hallado

Del honor en los campos, competencia De rivales tan fieros, y tan dignos De su insigne valor, se lisonjea. De entorpecerle lejos, más le aviva La herida que recibe; y con braveza, Con impetuoso ardor, incontinente Sobre el rival ufano, se despeña. De un golpe más seguro derribado, De repente el De Egmond tendido queda. Del centellante acero fue en un punto Su pecho traspasado. Sobre él trepan, Con sus teñidos pies en fresca sangre, Los inquietos caballos. Las tinieblas De la parca, sus ojos eclipsaron; Y entre rabiosas furias toda envuelta, De los muertos, volando parte su alma A la región obscura, do en presencia De su padre, remuerdos la devoran. Españoles tan fieros, hueste íbera, Terrible tanto un tiempo y decantada! La muerte del de Egmond, vuestras guerreras Virtudes abismó. Vosotros visteis La faz al miedo allí, por vez primera.

De helada turbación y mustio espanto Sobrecoge el espíritu, y aterra Al alarmado ejército. En un vuelo Pasa de fila en fila y al fin, llena Todo el confuso campo. El tino pierden; Embárganse los jefes, y se encuentran Perdidos los soldados. Los primeros, No aciertan a ordenar, de mandar cesan; Y a su vez, los segundos no obedecen; Sus banderas arrojan; grita horrenda A los vientos despiden; y entregados A una afrentosa fuga, en medio de ella, Y del ciego pavor, unos con otros Tropezando, chocando, y dando en tierra, Se dispersan confusos y extraviados. Ríndense al Vencedor sin

resistencia, Sus cadenas, los unos, de rodillas Pidiéndole por gracia. Otros, intentan El alcance evitar en rauda fuga, Y del Euro ganando las riberas, Estúpido terror los precipita En su profundo abismo, y con la misma Muerte, de que huir quieren, al fin topan. Las ondas de cadáveres cubiertas, Del río interceptando la corriente, Retrocede espantado, y se nivela

De su frente a la altura originaria

Mayenne, que de espanto incapaz era, Sereno, aunque afligido, en tal desorden De su espíritu dueño, aún firme observa Su fortuna cruel; y a sus reveses En jornada cediendo tan funesta, En otra más propicia a lo adelante, Aún aguarda, animoso, triunfar de ella. Cerca dél, al contrario, Aumale fiero, Con un mirar rabioso, acusa, execra Los Flamencos, el Cielo y la Fortuna. «Todo perdido se ha ¿Qué es lo que resta? Morir ¡bravo Mayenne! morir solo.» Dejad de tal furor tan vanas muestras, El caudillo responde. No, de Aumale. Vivid para un partido que os aprecia Tanto como le honráis, para que un día La derrota del de hoy reparar pueda, Y el daño redimir, en mejor tiempo, De la suerte que en este nos fue adversa. Vivid, valiente Aumale, y con constancia, De este revés en hora tan funesta, Junto con Rois-Dauphin, los tristes restos Aplegad de la rota soldadesca, Y de París seguidme hasta los muros. Las reliquias batidas y dispersas De la Liga reunid. Así, excedemos Del vencido Coliñi la fiereza.» Al oírle el de Aumale, se enfurece, Y de cólera llora. No sin pena, Parte a cumplir un orden que abomina; Cual el fiero león, que mano experta Domar de un moro supo, al dueño dócil, Más feroz y terrible a otro cualquiera, A la frecuente mano que conoce, Somete horriblemente su cabeza; Le sigue aunque con aire formidable; Feroz, rugiendo aún, le lisonjea, Y amenazar parece obedeciendo.

El caudillo, entre tanto, se acelera A dejar escondidas, con su fuga, De París entre muros sus afrentas.

Victorioso Borbón, por todas partes Correr ve los ligados, sin defensa, A implorar sus piedades. Al momento, Las bóvedas del Cielo allí entreabiertas, Los Manes visto se han de los Borbones, Que desde él a los aires descendieran, Y el inmortal Luis, rodeado todo

De la augusta celícola Asamblea, Por mejor contemplar a su hijo Enrique, Bajó del firmamento a tanta escena. De los Borbones vino el jefe excelso, A observar como el héroe usar supiera De sus ilustres triunfos, y acabara De merecer la gloria que le cerca. Cabe el Rey, sus soldados, los vencidos, Que a su golpe mortal huir pudieran, Con ojos de furor miran, y rabian. Los prisioneros trémulos, que llevan De Enrique a la presencia, absortos, mudos, De su suerte final el fallo esperan. En sus errantes y turbados ojos, Con el mortal despecho, y la vil mengua, Pintaban, y el espanto, su desastre. Sus miradas, Borbón, de gracia llenas, Y en que a un tiempo reinaban la dulzura Y la audacia, sobre ellos caer deja. «Libres estáis, les dice. De hoy más quede Sólo a la voluntad y elección vuestra, El ser mis enemigos o vasallos. Entre mí ya podéis y el de Mayena Reconocer un dueño. Ved, franceses, Quién de los dos más bien serlo merezca. O esclavos de la Liga, o, de un Rey socios; Id, si os place, a gemir bajo de aquélla, O a triunfar bajo de éste. Elegid digo.» A estas palabras, que de un Rey salieran Ya de gloria cubierto, sobre un campo De batalla, en el seno de la misma Victoria, desvariados, sorprendidos Vense los prisioneros: se demuestran Contentos de su rota; y a gran dicha Teniendo el ser vencidos, se clarean Sus anublados ojos, y en su pecho, Muere todo el rencor, que en él viviera. De Borbón el valor los ha vencido; Y tanto su virtud los

encadena, Que ya del mero nombre de soldados Del Rey, alarde haciendo, solo
anhelan Su crimen a expiar, con ley ardiente Marchando, a lo adelante, tras sus
huellas Benigno el vencedor, y generoso, Que cese ya el degüello presto ordena. Dueño
de sus guerreros, su coraje Cede a su regia voz, y se sosiega. Ya no es Enrique el León,
bañado todo En sangre de la lid, que fiero lleva

La muerte y el terror de fila en fila.
Un Dios es, que benéfico, ya suelta
De su potente mano el rayo horrible,
Y que la tempestad calma y enfrena,
Consuelos dando al mundo. Dulces rasgos
De la benignidad, la paz ya sella
Sobre aquella terrible, amenazante,
Y ensangrentada frente. Vida nueva,
Por sus humanas órdenes recobran,
Los que la luz del día ven apenas;
Y sobre sus peligros, sus trabajos,
Y sus necesidades y miserias,
Sus cuidados extiende, y cual un padre,
Atento y oficioso se desvela.

De lo veraz lo mismo que lo falso, La peregrina rápida y parlera, Que a medida que
avanza, abulta y crece, Y más leve que el viento, en alas vuela Hasta allá mucho más de
inmensos mares, De un polo al otro pasa de la tierra, Y el Universo ocupa. De este
monstruo, De ojos lleno, de bocas y de orejas, Que igualmente celebra de los reyes Los
prodigiosos hechos, que las menguas; Que bajo sí reúne con el miedo Duda y
credulidad, y que concierta Con el afán curioso, la esperanza, La retumbante voz, fue
cual trompeta, Del héroe de la Francia, de sus glorias, Y sus ilustres triunfos pregonera.
Del Tajo al Erídano, vuela al golpe El grandioso y sonoro ruido de ella. Espántase el
soberbio Vaticano. Salta el Norte a tal voz de complacencia: Y Madrid, por su parte,
entristecido, Tiembla de espanto, al fin, y de vergüenza.

¡O infelice París! ¡o ciudadanos, Que engañados vivís en lid tan terca! ¡Falaces
sacerdotes! ¡Infel Ligas! ¡De dolor con que gritos, con que quejas Vuestros templos
entonces resonaron! Allí, desmelenadas las cabezas De ceniza cubristeis. ¿Y aún
maquina Adular vuestro espíritu Mayena? Él de esperanzas lleno, aunque vencido, Del
retiro afrentoso en que se encierra, Con sagaz artificio disfrazaba A la atónita Liga, ya
perpleja, Lo irreparable y cruel de su derrota.

Contra una suerte de armas tan adversa, De nuevo asegurarle pretendía. Su desgracia
ocultándole, aún espera Repararla tal vez, y quiere en tanto, Por mil falsos rumores que
audaz siembra, Su celo reanimar y antiguo orgullo. A pesar, entretanto, de consejas, Y de
invenciones tantas y artificios, La Verdad, siempre clara, siempre fiera, La Verdad a sus
ojos le desmiente, Su impostura confunde, y al fin vuela, De boca en boca, helando y
abatiendo Los corazones todos que imbuyera.

Obstinada y astuta la Discordia, De ello por fin se aflige, de ello tiembla, Y su furiosa
rabia redoblando, «Yo no he de ver jamás, dice, que sean Arruinadas mis obras; que en
los muros De este mi Pueblo fiel, ya se vertieran Por mí ponzoñas tantas; que encendida
Fuese tanta voraz horrible hoguera; Y que de sangre, al fin, por tantas olas, Cimentada

tuviese mi potencia, Para dejar a Enrique el vasto imperio De la Francia, que al mio vi sujeta. Por más que formidable, fuerte e invicto Ese glorioso Príncipe ser pueda, El arte todavía no me falta De enflaquecer su ardor. Si con la fuerza Vencerle no he podido, afeminarle Podré al menos bien pronto. A su braveza, A su excelsa virtud, esfuerzos vanos No opongamos de hoy más. Probado queda, Que al indomable Enrique, con suceso Jamás podrá oponerse, en competencia, Otro algún vencedor; que Enrique mismo, Sólo a su corazón es a quien deba Ese Borbón temblar. Por él hoy quiero Solamente asaltarle, y de sorpresa Mal herirle y vencerle.» Dijo; y pronto Del Euro abandonando las riberas, Sobre un carro teñido en sangre humana, Y del odio tirado en nubes densas, Que el día tornan pálido, ya parte, Y en busca del Amor rápida vuela.

Canto nono

Argumento

Descripción del templo del Amor. La Discordia implora su poder para afeminar el valor de Enrique IV. Este héroe es retenido algún tiempo cerca de Mma. De Estrée, tan célebre bajo el nombre de la bella Gabriela. Morné le arranca a su amor y el Rey vuelve a su ejército.

Del país, que el antiguo llamó Idalia, Sobre aquellos confines venturosos, Señalados lugares, donde el Asia Su principio, y la Europa su fin tienen, Un vetusto palacio se levanta, Que el tiempo respetó. Naturaleza, Sus primordiales bases allí labra; Y su rústica y simple arquitectura, Ornando en pos del arte mano sabia, Por atrevidos rasgos de su genio, A la naturaleza se adelanta. De su alegre distrito las campiñas, Todas de verde mirto allí pobladas, De sañudos inviernos los ultrajes No sufrieron jamás. Especies varias Nacen allí y maduran por do quiera, De frutos de Pomona, entre mil galas Y dones aromáticos de Flora. Oficiosa la tierra, allí no aguarda, Para ofrecer copiosas ricas mieses, Ni del hombre los votos, ni ordinarias Estaciones fructíferas del año. En la paz más profunda, ledos hallan, Gozan allí los hombres cuantos gustos En la primera edad del mundo fausta, De la naturaleza le ofreciera La bienhechora mano. Eterna calma, Días puros, serenos y apacibles, La dulzura y placer, que la abundancia Suele ofrecer risueña a los mortales, Los bienes, en fin, todos, y las gracias De la edad primitiva, de ellas sólo La cándida inocencia exceptuada. Otro estrépito allí jamás se escucha,

Que el de conciertos músicos, que encantan, Y con dulce armonía, languideces Por las voces inspiran y palabras De mil amantes, y mil tiernos tonos Con que les corresponden sus amadas, Y en que, a veces, celebran su vergüenza, Y hacen de sus flaquezas, gloria vana. Véseles cada día, con sus frentes De floridas guirnaldas coronadas, Implorar de sus dueños los favores; Y en la maña y las artes poco cautas De imponer y agradar, ir en su templo A ensayarse a porfía y afanadas. Del Amor, por la mano, a los altares, Con faz siempre serena, la Esperanza Plácida y lisonjera las conduce. Del sacro templo aquel, siempre cercanas Las Gracias, al desdén, medio desnudas, A su melosa voz, ingenuas danzas Con donaire entrelazan y conciertan. Allí el muelle De leite, en quietud blanda, Sobre un lecho de céspedes tendido, Sus canciones escucha, y se solaza. Oficiosas le asisten a sus lados, La dócil Complacencia, la Confianza, Los amantes Cuidados, los Placeres, Los Suspiros, en fin, y tiernas Ansias, Aún de más dulce llama y seductora Que los placeres mismos. Tal la entrada Es del célebre templo, y tan amable; Más cuando del mortal liviana planta, Bajo la sacra bóveda, hasta el fondo Del santuario mismo, audaz avanza, ¡Qué espectáculo, entonces, tan funesto, Los ojos de sorpresa en él espanta! De Placeres, allí, ya no aparece Aquella tropa, un tiempo, tierna y cara, Ni sus suaves

conciertos amorosos, Los oídos patéticos halagan. Las Querellas, tan solo, y el Fastidio, El Temor e Imprudencia temeraria, En un lugar transforman de horror lleno, Tan hermosa mansión y afortunada. De tez pálida y lívida, sombríos, Con pie trémulo, allí, los Celos andan, Tras la inquieta Sospecha, que los guía. La Cólera y el Odio, ante ella marchan Vomitando venenos y blandiendo Un matador puñal. De vista zaina

La Malicia, los ve, y al paso aplaude, Con maligna sonrisa y afectada, La comparsa frenética y odiosa. De su error, cerca de ella, y de su rabia, El Arrepentimiento, aunque hartado tarde, Los bárbaros furores detestaba, Y aquel horrible séquito cerrando, Confundido suspira, y mustio baja Bañados en mil lágrimas los ojos.

Aquí en medio de corte tan infausta, Siempre ingrata e infelice compañera Del humano gozar, su eterna estancia El Amor escogiera. De este niño, Tan tierno como cruel, la mano flaca, Los destinos pendientes de la tierra Lleva siempre a placer. Guerra o paz manda Con sólo un simple gesto, y derramando Por todo lo criado, en abundancia Su dulzura falaz, anima el mundo, Y en todo corazón albergue alcanza. Sobre un fúlgido trono, sus conquistas Contemplando, a sus pies fiero arrojaba Las más soberbias testas, y engreído Más bien de las crueldades de su llama, Que de sus beneficios, daba señas De holgarse de los males que causaba.

Guiada por la rabia, la Discordia, Los placeres de allí desvía airada. Ábrese un libre paso, y agitando Las encendidas hachas que empuñaba, Con ojos brasas hechos, y con frente Iracunda y teñida en sangre humana, «¡Hermano mío! dice ¿Qué se hicieron Las terribles saetas de tu aljaba? ¿Para quién esas flechas invencibles Conservaras, Amor, así guardadas? Si de tu fiel hermana la Discordia Las teas encendiendo, a crudas sañas De tus locos furores, siempre ansiaste La ponzoña mezclar de sus entrañas; Si a la madre común Naturaleza, Con horrible trastorno perturbada Dejé en obsequio tuyo, tantas veces, Ven: y sobre mis huellas, la venganza Vuela al punto a tomar de mis injurias. De un victorioso Rey la fuerte planta, Mis serpientes aprensa. Su audaz mano, De la guerra al laurel, terrible enlaza De la paz la agradable y mansa oliva.

La Clemencia, que asidua le acompaña,
Con un tranquilo paso, generosa,
De su guerrero impulso el ardor calma,
Y en el turbido seno y desgarrado
De la guerra civil, por mí excitada,
Ya bajo sus banderas victoriosas,
Flotando por do quier, todas las almas
Por mí sola discordes, va a reunirse.
Una victoria más, en polvo, a nada
Reducido será mi altivo trono.
Del rebelde París a las murallas
El rayo lleva Enrique, y a batirle,
Vencerle y perdonarle se adelanta.
Con cien grillos de bronce aprisionarme
Su brazo premedita. A ti, la hazaña
Toca ya de enfrenar ese torrente
En su curso feroz. Sus parte, marcha
La fuente a emponzoñar de tan sublimes
Y valerosos hechos. Ya postrada,

Bajo tu yugo ¡Amor! su gloria gima.
Haz que a tu tierno halago y dulce magia,
De la misma virtud quede en el seno,
De su esfuerzo rendida la constancia.
Tú has sido ¡Amor! tú has sido, acordaraste,
Cuya mano fatal urdió la trama
De hacer caer de un Hércules las fuerzas,
A los pies arrastrándolas de Omphala.
¿Y no se viera a Antonio entre tus hierros
Cautivo y quebrantado, abandonada
La pretensión por ti del Orbe entero,
Delante huir de Augusto con infamia,
Y tras tus huellas solo, de Neptuno
A la región librándose salada,
Del universo mundo al alto imperio,
Anteponer gustoso a su Cleopatra?
Vencer te resta a Enrique, además de tantos
Orgullosos guerreros de alta fama.
En sus soberbias manos, ve de un vuelo
A marchitar laureles, que las cargan.
De mirto y de arrayan, su sien altiva
Parte al punto a dejar tan solo ornada.
Entre el mimo y arrullo de tus brazos,
Adormece su bélica arrogancia.
A mi trono en peligro y vacilante,
Corre a servir de apoyo. Ven: mi causa
Es la tuya, y también tu reino el mío.» Así dijo aquel monstruo: y retembladas
Las bóvedas del templo, repetían
Los ecos de su voz, que espanto daban.

Amor, que allí entre flores recostado,
A su sabor la plática escuchara,
Al tono respondió de sus furores,
Con sola una sonrisa fiera y grata:
De sus doradas flechas se arma, en tanto,
Y del Cielo la bóveda azulada,
En un punto, cual rayo, veloz hiende.
De Placeres, de Juegos, y de Gracias
Guiado por los aires, y traído
De los céfiros blandos en las alas,
A los franceses campos raudo vuela.

Del mezquino Simois presto las aguas En su carrera avista, con los campos Donde un tiempo fue Troya. En estas playas, Tan célebres un día, el rapaz fiero Ríese al contemplar de torres altas, De suntuosos palacios las cenizas, A que las redujeron torpes llamas De su adúltera tea. Allá a lo lejos, Fábricas ve soberbias, ve murallas, Que sobre un golfo erguidas, parecía, Que entre sus ondas móviles bogaban. Venecia es la que ve, del mundo asombro, Cuyo destino al ver Neptuno pasma, Y que a las vagas ondas encerrando Con su seno esposadas, fiero manda.

Desciende a descansar, y alto Amor hace, De la fértil Sicilia en las aisladas Fructíferas campiñas, donde un tiempo A Virgilio y Teócrito inspiraba; Y do también se cuenta, que allá un día, De su poder la fuerza arrebatara Del amoroso Alfeo los raudales Por ocultos caminos. Se levanta: Y las orillas plácidas dejando Del amable Aretusa, veloz pasa En campos de Provenza hacia Voclusa, Más dulce asilo aún y suave estancia, Donde en sus bellos días, sus amores Suspirara, y sus versos el Petrarca. Las paredes de Anet ve remontarse Del Euro a las riberas, cuya magna Elegante estructura trazó él mismo Y do por diestras manos aún grabadas, Visibles hasta el día se conservan, Las amorosas cifras de Diana. (87) Las Gracias, al pasar, y los Placeres, Sobre su tumba, flores, que brotaran Bajo sus lindas huellas, derramaron.

Termina ya el Amor su veloz marcha, Y a Ivri llega por fin; do a partir pronto Para empresas mayores el monarca, Aún en medio del ocio, activo y bravo, Útil y dulcemente conciliaba La laboriosa imagen de la guerra, Con los regios solaces de la caza, Y en tan marcial recreo, algún instante Su trueno reposar en paz dejaba. Mil jóvenes guerreros, a su lado, Y al través de los campos, acosaban Diestramente los huéspedes del bosque. Una alegría bárbara e inhumana Siente a su vista Amor: aguza flechas; Sus cadenas apresta; lazos arma; Y los aires agita y alborota, Que a proposito él mismo serenara. Habla: y súbitamente vense armados Los elementos todos. De la plaga Más remota del mundo, hasta la opuesta, La tempestad llamando, su voz manda Que congreguen los vientos mil nublados; Que desprendan al pronto, de las aguas Los torrentes suspensos en el aire; Y que sobre aquel suelo al punto traigan Con la noche relámpagos y rayos.

A sus órdenes fieles e irritadas Del Aquilón las furias, en los cielos Despliegan anublados, fieras alas. La más horrible noche, a un día hermoso Suceder se ve ya. Gime, se espanta, Y la Naturaleza a Amor conoce.

De aquella vasta y húmeda campaña Por entre cenagosos y hondos surcos, Un pie incierto, Borbón, encaminaba Sin guía y sin escolta. Amor, entonces, De su antorcha excitando la cruel llama, Hace delante dél ir alumbrando Este nuevo prodigio. En la intrincada Umbría de las selvas, de los suyos Abandonado el Rey, tras la luz marcha De aquel astro enemigo, que entre sombras Brillando de la noche, le guiadaba. Cual se vieran, a veces, los viajeros Ir, errantes, siguiendo en sus jornadas Varios ardientes fuegos, que la tierra De sus senos recónditos exhala, Pasajeros vapores, cuyas luces Maléficas los llevan, deslumbrada

La vista, al precipicio, hasta el momento, En que ellas le iluminan, y él los traga.

Hacia poco tiempo, que fortuna, De una ilustre mortal la bella planta A estos lúgubres climas condujera. De una tranquila quinta solitaria En el fondo apacible, allá bien lejos Del horroroso estruendo de las armas, Esperaba la joven a su padre, Que a sus príncipes fiel, y honrosas canas De la guerra adquiriendo entre los riesgos, Nunca del Gran Enrique abandonara Los gloriosos y regios estandartes. Era de Estrée su nombre. Mano franca (88) De la naturaleza, sin medida, De sus amables dones la colmara. No con tanto esplendor, a las riberas Del Eurotas, un día, rutilaba La criminal belleza, que a su esposo Menelao, la fe, torpe violara. Menos por cierto hermosa e interesante, Ostentar viera Tarsis en sus playas, La suprema beldad, que del Romano Al formidable dueño esclavizara, Cuando mortales razas de habitantes, Que allá a orillas del Cidano moraban, Por la Diosa acatándola de Chipre, En su culto incensarios manejaran. Ella en la edad rayaba... ¡Edad terrible! Que hace de las pasiones más tiranas Inevitable y grato el dulce yugo. Su corazón naciera, y se formaba Para el amor más fino: pero votos, Aún,

fiero y generoso, no aceptara De algún ansioso amante; parecida A la mimosa rosa, en la mañana De su fresca apacible primavera, Que su natal belleza al nacer guarda, Y en sus primeros días, recatando De los vientos de amor a las oleadas, Los preciosos tesoros de su seno, Ábrelos a su tiempo, y los regala Sólo a los rayos dulces y suaves, De un día de serena y pura calma.

Entre tanto, el Amor, que a sorprenderla, Bajo un supuesto nombre se aprestara, Cerca de ella de súbito aparece Sin su antorcha, sus flechas, y su aljaba. La voz de un simple niño y la figura

Toma, y esto le cuenta. «En las cercanas Riberas dejó verse ese famoso Vencedor de Mayenne, que se avanza Hacia a estos lugares;» y al decirlo, Allí en su corazón un ansia extraña, Un deseo ignorado introducía De agrandar a aquel héroe, y animada Viose de nuevas gracias su tez bella. Aplaudíase Amor, al contemplarla Hermosa tanto entonces, y ayudado Del tropel de atractivos, que la agracian, ¿Qué no debió esperar? él, de Estrée, lleva Al encuentro del Rey, la linda planta. El arte, con que él mismo, simplemente Su traje y sus adornos preparara, A seducidos ojos parecían De la naturaleza propia gala. De sus blondos cabellos oro fino, Que del viento a merced, en él flotaba, Ora, revoleando, los nacientes Tesoros va a cubrir de su garganta, Ora expone a los ojos sus encantos, Sus inefables y picantes gracias, Que aún más preciosas hacen su modestia: No aquella austeridad feroz y opaca, Que a la misma beldad, que al amor mismo De sí lejos arredra, y los espanta, Sino el pudor, que dulce, que inocente, Que aniñado, colora, enciende, esmalta, De un divino sonrojo los semblantes; Que inspirando respeto, aviva e inflama Mucho más el deseo, y los placeres Del que puede vencerlo, más exalta.

Aún hace más Amor, a quien milagro No es imposible alguno; pues encanta Por invisible hechizo estos lugares. Mirtos entrelazados por sus ramas, Que sumisa la tierra, en un momento Abortó de sus pródigas entrañas, Sobre el suelo extendían del contorno, Verde frondosidad embovedada. Bajo su fatal sombra, incautamente, Cualquier mortal apenas su pie estampa, Cuando por mil secretos blandos lazos Siéntese detener. Allí le agrada; Estarse allí le place. Allí se turba: Salir de allí no puede. Un onda clara, Bajo estas sombras plácidas huyendo, Embelesa la vista, y la arrebatada.

Los dichosos amantes, embargados
De una embriaguez allí tan dulce y cara,
De todo su deber un pleno olvido
A vasos llenos beben y sin tasa.
En todo aquel recinto delicioso,
Triunfa y reina el Amor. En él alcanza,
Y un poder probar hace irresistible.
Todo parece allí que el Amor cambia,
Y todo corazón allí suspira.
Todos embelesados allí se hallan,
Del encanto que inspiran y resuellan.
Todo allí de Amor habla. Amores cantan,
Y aves gorjean mil, y mil redoblan
Por los amenos campos y enramadas,
Sus ósculos, sus trinos, y caricias.
El segador activo, que se avanza
A la Aurora, y cantando, a segar corre

La que espiga le ofrece ya dorada,
La estación ardorosa del Estío,
Cual trabado en su marcha, allí se embarga;
Allí se inquieta todo; allí se agita;
Y de ayes puebla mil aquellas auras.
Su corazón se admira, se sorprende
De tan nuevos deseos. Él, su estancia
Embebecido, fija, y encantado
En tan bello retiro, y empezada
Deja su mies preciosa. El que apacienta
Cabe dél, hato rico, la zagala
Olvidando, y temblándole la mano,
Ya de ella, sin sentir, se le resbalan
Los bolillos al suelo. De este hechizo
A poderío tal, a fuerza tanta,
¿Qué hacer pudo de Estrée, cuando atraída
De un invencible encanto es la cuitada?
Ella que combatir tenía, a un tiempo,
En ocasión y en horas tan menguadas,
Su edad, su corazón, su amor, y un héroe. De Enrique, por un tiempo, la gran alma,
La inmortal valentía, allá en secreto
Su inacción reprobando, le llamaran
De su glorioso campo a las banderas:
Pero mano invisible le ligaba
A su pesar allí. Apoyo, en vano,
En su primer virtud Borbón buscara.
Su virtud le abandona; y su alma absorta,
No conoce, no ve, no escucha, no ama
Más deber que su Estrée, más gloria y dicha. De Enrique, en este tiempo, la morada
Sus jefes ignorando, de él distantes,

¡Con qué afán por su Rey se preguntaban
Los unos a los otros! ¡qué confusos,
Cuán sin ánimo y mustios todos andan!
Por sus días solícitos y ansiosos,
Agitábanse todos y temblaban:
Creer, empero, alguno no pudiera,
Que en tan fatal ausencia, sin infamia
Temblar también debiese por su gloria.
En balde por do quier se le buscaba;
Y sus bravos guerreros, desmayados,
No llevándole al frente, que quedarán
Parecía dispersos y vencidos.

Pero el Genio feliz, que de la Francia Preside a los destinos, tiempo largo Ausencia no
sufrió tan arriesgada. A la voz de Luis baja del Cielo; Y con vuelo veloz, sobre sus alas,
De su hijo al socorro parte al punto.

Luego que, descendiendo, el pie descansa Sobre nuestro hemisferio, por que pueda
Con un sabio encontrarse, atenta ojeada Por la tierra tendió; más sin buscarle En

aquellas mansiones veneradas, Que al estudio los hombres, al silencio, Y al penitente ayuno consagraran, A encontrarle en Ivri rápido vuela. Entre aquella licencia relajada, Donde de los soldados victoriosos, La arrogante insolencia se desata, Fija el ángel feliz de los franceses Su vuelo celestial. Allí se para; Y en medio de los fieros estandartes, De los que de Calvino hijos se llaman, Se dirige a Morné, por enseñarnos, Que la sola razón, mil veces basta A conducirnos bien: de la manera, Que, entre paganas gentes, ya guiara A los Marcos Aurelios y Platones, Vergüenza y confusión de las cristianas.

Morné, prudente amigo, nada menos Que filósofo austero, no ignorara El arte tan discreto como raro De agrandar reprehendiendo. Él enseñaba Más que con el discurso con su ejemplo. Las virtudes más sólidas, del alma De Morné, los amores fueran todos. Ávido de trabajos, sin más ansias, Y a los blandos placeres insensible, Al borde, con pie firme, caminaba

Del mayor precipicio. Nunca el tono
De la corte, ni su aura envenenada,
La pura austeridad de su constante
Corazón, corrompiera ni alterara.
Así ¡bella Aretusa! de Amfitrite,
A tu inviolado tránsito, pasmada,
Hasta el seno feroz y borrascoso,
Rodar hacen tus ondas dulces aguas,
Limpios cristales claros, a que nunca,
De los piélagos vicia, ni contagia
La salobre amargura, por do corren.

Generoso Morné, cuyas pisadas La Prudencia dirige, a su par vuela En alas del afecto a la morada, En que la femenil dulce molicie, En sus brazos prendiendo, esclavizaba Al vencedor terrible de los hombres, Y con él los destinos de la Patria: Multiplicando Amor sus tiernos triunfos, Sus dichas cada instante acrecentaba, Por desmenuar más bien sus altas glorias. Los deleites, que rápida duranza Suelen sólo lograr, embelesando Sus momentos, sus días renovaban.

Colérico el Amor, en medio de ellos, La severa Prudencia, colocada Del virtuoso Morné descubre al lado. Transpórtase furioso; y en venganza, Contra el sabio guerrero una saeta Lanzar quiere cruel, con que pensaba Hechizar sus sentidos, y creía Herir su corazón: pero se engaña. Su cólera, Morné y agudas flechas, Sus encantos, Morné, menospreciaba. Impotentes sus puntas, se rompían En su armadura todas, o embotaban. Con circunspecto acuerdo, que a sus ojos Se le ofreciese el Rey, modesto aguarda; Y entre tanto, con vista y ceño airado, Aquel hermoso sitio contemplaba.

Del sombrío jardín allá en el fondo, Y a orillas de un raudal de limpias aguas, Bajo un mirto amoroso, del misterio Verde y ameno asilo, prodigaba A su amante la Estrée sus gracias todas. Unido el uno al otro, cual pegada Suele al laurel la hiedra, entre los brazos De su Estrée nuestro Enrique se abrasaba, De amor desfallecía. De los tiernos

Suavísimos coloquios, que alternaban, Nada, en tales momentos, capaz fuera De alterar el hechizo. Se llenaran De lágrimas sus ojos y desmayo, De aquellas dulces lágrimas, que labran La gloria y el placer de los amantes. Ellos allí sentían, y gustaban Aquella embriaguez, aquel arrobó, Aquel muelle transporte y furia mansa, Que solo un amor tierno gustar hace, Y que explicar también él solo alcanza. Juguetones placeres y

festivos, Amores mil de un índole aniñada, De su dulce reposo allá en el seno, Aquel fuerte guerrero desarmaran. Aquí, el uno, agarraba y revolvía Aún teñida de sangre su coraza. Al héroe manoseando y descifrando Otro, allí, la terrible cimitarra, Se reía a placer, y entre sus manos Débiles e infantiles, jugueteaba Con el hierro, que apoyo era del trono, Y a los hombres horror y espanto causa.

La Discordia, a lo lejos, acechando Sus humanas flaquezas, le insultaba; Y el afecto cruel de su contento, Exprimía con pérfidas risadas. Su actividad aleve, no prodiga Tan críticos momentos. Sin tardanza, Las sierpes de la Liga a irritar corre; Y mientras que a los brazos se entregara Del reposo Borbón, del bando opuesto Las infernales furias despertaba.

Por fin en los jardines, do yacía Su virtud en el ocio aletargada, Parecer ve Morné. Vele, y se afrenta. Uno de otro, en secreto, recelaba La presencia al igual. Se acerca el sabio, Y un sombrío silencio grave guarda; Más su silencio mismo, el mirar triste De su abatida vista ¡Cuánto daban Que entender a Borbón! Sobre aquel rostro Humildemente severo, en que reinaba La dura pesadumbre, su flaqueza Fácilmente y rubor Borbón repara. Odia Amor sus sorpresas. Raras veces, Suele amarse al testigo de sus faltas. De Morné, cualquier otro, los cuidados No hubiera agradecido, a mal llevara. (89)

«¡Caro amigo! el Rey dice, mis enojos Temer no debes, no. Quien me señala, Quien mi deber me advierte, de agradarme Seguro puede estar. Ven: llega. Aún se halla Digno de ti tu Rey, y su alma dócil. No más, no más, Morné; te he visto, y basta. Tú me has vuelto a mí mismo ¡caro amigo! Ya la virtud antigua, que robara De mi pecho el amor, a cobrar vuelvo. De esta inacción tan torpe y desairada Los males evitemos. De este estado La afrenta huyamos ya, la torpe infamia. De este lugar huyamos tan funesto, Donde mi corazón aún quiere, aún ama, Aún pide, amotinado, el dulce grillo, Con que el Amor en él le aprisionaba. De hoy más, de mi pasión la fiera fuga, Mi victoria será más noble y cara. En los brazos partamos de la gloria, A retar del Amor las asechanzas. De la guerra, al momento, los terrores, Las rápidas sorpresas, las alarmas Hacia París, intrépidos, llevando, Lave ya de mi error obscuras manchas, En la española sangre nuestro acero.»

De un valor generoso, a estas palabras, A su dueño, Morné, ya reconoce; Y de alborozo lleno: «El mismo, exclama, El mismo sois, Enrique, que hoy mis ojos Toman de nuevo a ver. ¡Vos, de la Francia Augusto defensor! ¡Vos, de vos mismo El vencedor ilustre, y el monarca De vuestro corazón! Las glorias vuestras, Con nuevo brillo, Amor, hoy día esmalta. Feliz hombre es aquel que Amor ignora, Y héroe más raro aquel que le avasalla.»

Dijo: y de tales sitios a alejarse Ya se apresura el Rey ¡Qué pena amarga! ¡Cuánto dolor! ¡o Cielo! ha enternecido Aquel último adiós! Absorta el alma De tan gracioso objeto y tan amable, De quien huyendo va, y aun adoraba, Condenando sus lágrimas, a un tiempo Sin libertad Enrique las derrama. Del Amor a una parte arrebatado, De Morné conducido a la contraria, Ya se aleja, ya torna, ya en fin parte, Parte desesperado. Desmayada Cae al punto de Estrée, sin movimiento,

Sin color y sin vida. Subitánea Negra y fúnebre sombra, a eclipsar llega De sus hermosos ojos la luz clara. Amor, que lo percibe, se estremece, Y a los aires, furioso, un grito lanza. Recelaba el aleve, y se afligía, De que una noche eterna le robara Una ninfa, a su imperio, tan hermosa; Y el dulce hechizo aquel, aquella llama De unos hermosos ojos, que debían En la Francia encender hogueras tantas, Para siempre apagase inexorable. Él la toma en sus brazos: él la halaga: Él la fomenta; y presto a su voz dulce, Vélense de la

amante desolada Los párpados a abrir amortiguados. A su querido nombra veces
varias; Por él pregunta a Amor, do quiere le buscan Solícitos sus ojos, y se apagan, Se
cierran al no hallarle. Cerca de ella, El Amor en mil lágrimas se baña. Del día a la luz
bella, que aborrece, Tiernamente una vez y otra la llama. Con esperanzas mil
consoladoras, Sagazmente procura confortarla, Y a males, de que sólo el autor
era, Alivios y consuelos aplicaba.

Morné, siempre inflexible, siempre austero, A su Señor, en tanto, que notara
Demasiado sensible, sostenía. La virtud y la fuerza, les mostraban Del honor los
caminos. Con laureles En las manos, la gloria les guiaba; Y el indignado Amor, como
vencido Por el justo deber, de Anet escapa A esconder, de allí lejos, con su pena, Su
furor, su vergüenza, y su desgracia.

Canto décimo

Argumento

Vuelve el Rey a su ejército. Renuévase el sitio. Combate singular del vizconde de
Turena y el caballero de Aumale. Hambre horrible, que consume la ciudad. El Rey
alimenta a los mismos sitiados. El Cielo recompensa, por fin, sus virtudes. La
Verdad viene a iluminarle. París le abre sus puertas, y acábase la guerra.
Tan peligrosas horas prodigadas En la afeminación y la pereza, Su flaca situación a los
vencidos Hicieran olvidar. Ya el de Mayena, Preparádose había, a punto estaba De otra lid
arrostrar, otras empresas, Y de esperanzas nuevas embriagado, Era el pueblo infeliz
víctima de ellas. Más nada al impaciente Enrique embarga, Que a poner alta cima se
acelera De su infiel capital a la conquista. Y París espantado, con sorpresa, Del campo de
Borbón, que se acercaba, Flotantes a ver vuelve las banderas. Al pie de sus murallas
nuevamente, El héroe formidable se presenta; Murallas, do su rayo aún humo
exhala, Murallas, que en cenizas no pudieran Resolverse a dejar, en aquel día, En que de
la feliz nación Francesa El Ángel tutelar, aparecido, Su indignación calmando,
suspendiera De su triunfante brazo los rigores. Todo el campo, del Rey a la presencia, De
gritos de alegría puebla el viento. Y hacia París mirando, cual su presa, Ya con ávidos
ojos le devora. Los de la Liga, en tanto, que consterna El más justo terror, en torno
todos Del prudente Mayenne a unirse vuelan, Allí el audaz Aumale la palabra El primero
tomando, con fiereza De todo acuerdo tímido enemigo, Del general Consejo a la
Asamblea, Este lenguaje impávido dirige. «Hasta el día, a escondernos con
vergüenza Aprendido no hubimos. A nosotros Ese enemigo viene. Que allá afuera A
encontrarle marchemos, nos importa. Allí es do llevar nos interesa Un dichoso furor. De
los franceses El ímpetu conozco en las refriegas. Su arremetiente ardor, la oscura
sombra

De los muros entibia, y es a medias
Vencido ya el francés que es atacado.
La desesperación, veces diversas
Victorias consiguió. Todo lo espero
Del activo vigor de nuestra fuerza,
Y nada de la inerte de esos muros.
¡Héroes que me escucháis, almas guerreras!
A los campos volad del fiero Marte.
¡Pueblos que me seguís en su carrera!
Vuestros jefes serán vuestras murallas.»

Y calló; más de audacia tan extrema, Claramente indicando los ligados, Acusar en silencio la imprudencia, De rubor encendido, lee con rabia En sus confusos ojos la respuesta, Que a su arenga el temor dictado había. «Y bien, Franceses, dice, pues mis huellas A seguir no se atreven vuestros pechos, Sobrevivir no quiero a tal afrenta. Vos teméis los peligros; más yo solo A provocarlos salgo. De mí aprendan A vencer vuestros ánimos, o al menos, A morir con honor en la palestra.»

Pronto una puerta abrir de París hace; Y del inmenso pueblo que lo cerca Arredrando la escolta, al campo avanza. Cual de duelos ministro, a la pelea En su marcha un heraldo le precede, Que del Rey penetrando hasta las tiendas, En alta y hostil voz, así pregona. «Cualquiera que la gloria en algo aprecia, En singular batalla, salga al punto Al campo del honor; al punto venga El lauro a disputar de la victoria. Aquí el de Aumale os llama, y aquí os reta. Pareced caballeros enemigos.» De tan osado bando a la voz fiera, Cada Jefe, a porfía, aspira ardiente, De su celo impelido, nuevas pruebas Contra de Aumale a dar de sus esfuerzos, Tan ilustre elección, tal preferencia, Todos cerca del Rey con ansia intrigan. Todos de su valor tan bella prenda, Tenían de antemano bien ganada, Más de todos, al fin, en competencia, Ventaja tan preciosa, blasón tanto, Se arrebató el intrépido, Turena. En sus manos, el Rey, el nombre todo, La gloria de la Francia deja puesta.

«Ve Turenne, le dice, presto corre A abatir de un soberbio la insolencia. Por tu Patria, este día, por ti mismo, Y a un tiempo por tu Príncipe pelea. Sus armas en efecto déle recibe.» Y su espada al decírselo, le entrega. «No, sin duda, gran Rey, así responde, Su rodilla abrazando, el noble atleta, Jamás vuestra esperanza saldrá vana. Este acero, señor, por mí lo atesta. Yo lo juro por vos.» Dijo; en sus brazos, Al punto de partir, el Rey le estrecha, Y hacia el puesto se arroja velozmente, Donde de Aumale ya, con impaciencia, Que un campeón pareciese ufano aguarda. Del pueblo de París la turba inmensa Sus muros coronaba. Los soldados De Borbón, cerca dél, el duelo observan. Sobre el uno y el otro combatiente, Todos sus ojos fijan en la escena; Y cada cual de entrambos, en el uno, Viendo a su defensor, coraje intenta Con su gesto inspirarle y con sus gritos.

Sobre París, entonces, verse deja Una nube pendiente, que en su seno, Conducir parecía entre la recia Tempestad, el relámpago y el rayo. Sus fogosas entrañas rubinegras Allí al golpe estallando fuera arrojan De monstruos del infierno una caterva. El Fanatismo horrible, la Discordia Sanguinaria, feroz, y turbulenta, De falso corazón y vista zaina La Política umbría, y de la guerra Respirando el mal Genio sus furores, De sangre finalmente, que bebieran, Embeodados Dioses, Dioses dignos De los Ligados, caen, y se sientan De la ciudad rebelde sobre el muro. Por Aumale a luchar todos se aprestan; Cuando allí sobre el campo, a un mismo tiempo; A los cielos la bóveda entreabierta, En la región del aire, sobre un trono, Descender se ve un ángel, con diadema De rayos mil ceñido, que flotando, Y entre llamas hendiendo su carrera Sobre fúlgidas alas, tras sí lejos, De surcos de la luz, que le rodea, El Occidente deja iluminado.

En una mano, sacra oliva lleva, De la paz siempre amable y suspirada Consolador presagio. En otra, ostenta, Y de un Dios vengador hace que brille Aquel horrible acero, que blandiera Del exterminador la fiera mano, Cuando a la indignación de Dios tremenda Plugo un tiempo librar a voraz muerte, De una indómita raza altiva y necia, Los

hijos primogénitos. De espada Tan terrible al aspecto, se consternan Los infernales monstruos, desarmados, Atónitos y estúpidos se quedan. El terror en cadenas los envuelve; Y un poder invencible, las saetas De su inflexible tropa abate todas. Al modo, que otra vez, caer hiciera En sangre humana tintas, de sus aras, Aquel fiero Dagon, deidad horrenda Del fuerte filisteo; cuando un día, Del Gran Dios de los Dioses, ya traspuesta, En su templo, a sus ojos espantados, Del Testamento el Arca se expusiera.

El Ejército, el Rey, París entero, El Cielo y el Infierno, a fijar llegan En combate tan célebre sus ojos. Al punto ambos guerreros en ley entran De la terrible lid a la estacada; Y del campo de honor ya la barrera Abre a la usanza el Rey. El peso enorme De la adarga, sus brazos no molesta, Ni sus pechos intrépidos ocultan, De una intrincada malla cotas recias, Duros bustos de acero, que ornamento De antiguos caballeros ser soliera, Refulgente a la vista, y a los golpes Impenetrable a un tiempo. Ellos desprecian Arreos que pesada más harían Y menos peligrosa la palestra. Era su arma una espada. No les cubre Otra defensa más; y toda expuesta Al riesgo la persona, el uno al otro Mutuamente avanzándose se acerca. «¡Gran Dios, Turena exclama, Árbitro eterno De mi Príncipe! baja, y su querella, Su causa juzga ya. Por él combate, Y pelee conmigo tu alta diestra: ¿Qué importará el valor, que de tu brazo La protección divina no sostenga?

Es bien poco, Señor, lo que este día, Confiado en ti sólo el de Turena, Espera de sí mismo; pero todo Del poder de tu mano justiciera.» «Yo, responde de Aumale, yo lo espero Únicamente todo, de la fuerza De mi propio valor y de este brazo. De las luchas la suerte fausta o adversa, De nosotros depende solamente. A la Deidad suprema, en vano apela, En vano el hombre tímido la implora. Tranquila allá en el Cielo, acá nos deja Sólo a nosotros mismos entregados. El partido más justo en las contiendas De poder a poder entre los hombres, Es el del que triunfante sale de ellas. El esfuerzo, Turena, el valor sólo, El Árbitro y el Dios son de la guerra.» Dijo: y con una ojeada, que de furia Y altanera arrogancia centellea, De su rival insulta la confianza, No menos grave y digna que modesta.

Ya resuena el clarín. Ya velozmente Parten los dos campeones a su seña. Ya a arremeterse llegan, y los riesgos Del combate por fin, ambos comienzan. Todo cuanto pudieran hasta entonces El brío y el valor, con la firmeza, El ardid y constancia combinados, De ambas partes campaba en tal pelea. Si cien golpes se tiran, cien se paran, Y se cubren con rápida presteza. Tan pronto, con furor, el uno de ellos Veloz se precipita, y con la misma Rapidez, el contrario quita el golpe. Tan pronto, aproximándose, que llegan A abrazarse parece. Su peligro, Que renace inminente, y se acrecienta Cada instante, un placer presta horroroso. Gusto daba el mirar cómo se observan, Cómo los dos se temen mutuamente: Cómo se avanzan ambos, y repliegan; Cómo entrambos se miden, y se aguardan. El centellante acero, con destreza Desviado, la vista ilude y turba Con fintas, que aquí encaran, y allí asestan. Tal se mira del sol la luz fulgente, Que sus rayos de fuego dobla y quiebra En el onda diáfana, en que rotos,

Y más y más dispersos por mil sendas Del paso en que refringen, a los aires, De donde ya partieran, dan la vuelta Desde el móvil cristal. Sobresaltada La espectadora turba, y sin que pueda Comprender lo que ve, perpleja toda, Por momentos su triunfo o ruina espera. Es el joven Aumale más ardiente, Fuerte más y furioso. No es Turena Tan impetuoso, no; pero más diestro, Dueño de sus sentidos, no le obceca La cólera jamás, sólo le anima, Y a placer su rival cansa y molesta. En mil vanos esfuerzos empeñado Del de Aumale el vigor, exhausto queda; Y bien presto su brazo, inútilmente Quebrantado y

rendido, ya no presta Servicio a su valor. Notando, entonces Turena, que lo mira, su flaqueza, Se reanima, le acosa, le comprime, Le persigue, y al fin, hiere y penetra De una mortal herida su costado. Tendido ya de Aumale, se revuelca Entre olas de su sangre. Del Infierno Todos aquellos monstruos, braman, tiemblan, Y estos acentos lúgubres se oyeron En los aires sonar: «Cayó por tierra El trono de la Liga para siempre. Has vencido Borbón. Nuestra potencia, Nuestro Reino pasó.» A estos acentos Su lamentable grito el pueblo mezcla. Exánime de Aumale, ya postrado Sin aliento y vigor sobre la arena, Que aún su rival retaba parecía; Pero ¡o vano furor! Ya se le suelta El formidable acero de la mano; Y aun todavía, bravo, a hablar se esfuerza; Más su voz entre el labio opresa expira. De verse así vencido la vergüenza, Dábale con horror más fiero aspecto. Quiere alzarse: recae. Entreabre apenas Un ojo moribundo: a París mira, Y suspirando muere. Tú le vieras, Desgraciado Mayenne, agonizando; Tú le viste y temblaste ¡audaz Mayena! Y en momento tan mísero y horrible, La imagen funestísima ya cerca Presentose a tu espíritu turbado, De tu infalible pérdida completa.

De París entre tanto, hacia los muros, El cadáver de Aumale, a marcha lenta Taciturnos soldados devolvían. Tan funeraria pompa y lastimera, Por medio de un gran pueblo consternado Atónito y confuso, avanza y entra. Temblando, cada cual, mira aquel cuerpo Desfigurado todo: macilenta, Manchada observa en sangre aquella frente; Aquella boca advierte medio abierta; La cabeza hacia un lado descolgada, Suelta y de polvo sucia la melena; Ve por fin unos ojos, en que todos Sus estragos y horror la muerte ostenta. Ya no corren más lágrimas. Se embargan Los públicos lamentos. La vil mengua, La lástima, el pavor y abatimiento, Los sollozos ahogan, y las quejas Reprimen populares. Todo calla. Todo ya compungido solo tiembla; Cuando un ruidoso son, de horror colmado, Sobreviene de súbito, y aumenta El lúgubre terror de aquel silencio. Hasta el Cielo lanzándose, se elevan Del fiero sitiador hórridos gritos. Caudillos y soldados, se reunieran Del Rey cerca, pidiéndole el asalto; Más el augusto Luis, que el ángel era De la Francia custodio, y de su hijo, La cólera de Enrique, el ardor templa; Así suele, mil veces, de aquilones, Pendientes en los aires, la braveza, Domeñar de los fieros elementos El invisible Móvil. Él barreras A los mares fijó, donde las olas A estrellar sus furores siempre vengán. Él ciudades abisma, y en ruinas Las convierte su enojo, y las dispersa. Del hombre el corazón tiene en su mano.

Enrique, cuyo fuego reprimiera El compasivo Cielo, los furores De sus triunfantes huestes encadena. Sentía al fin, Borbón, cuánto aún ingrata, De su Patria el amor su pecho afecta. Quiérela redimir: Salvarla quiere Del calor de su cólera guerrera. De sus vasallos propios execrado, De su Pueblo ofendido, sólo anhela A darles su perdón. Ellos son solos

Los que perderse quieren, cuando él piensa Solamente en ganarles. Por felice Tendríase, si audacia tan proterva Solo a fuerza venciendo de bondades, A aquellos infelices redujera, Y a pedirle su gracia les forzara. Arrastrarlos pudiendo entre cadenas, Benigno y generoso, su bloqueo A formar se limita; y así deja De arrepentirse tiempo a sus delirios. Creyó, que sin batallas más, sangrientas, Sin alarmas, ni asaltos, ni degüellos, El hambre solamente y la miseria, Más fuertes y apremiantes que sus armas, Le entregarían ya, sin resistencia, Y sin desastres más, ni más fatigas, Un exánime pueblo, a la laceria Del lujo trasladado y la abundancia, En que nutrido y avezado fuera; Y que vencido al cabo de sus males, Y flexible por fin a la indigencia, En venir no tardase, de

rodillas A implorar sin recurso su clemencia; Más ¡ay! el falso celo, que no puede Ceder en ningún caso, cruel enseña A aventurarlo todo y resistirlo.

La ignara multitud, la turba necia De los amotinados, cuya vida Perdonar, conservar, piadoso intenta La vengadora mano que ultrajaran, Por flaqueza del Príncipe interpreta Su virtud generosa, y más altiva Con sus raras piedades, sus proezas, Su valor olvidando, tan buen Dueño, Tan benéfico Rey aún más desprecia, Su ilustre Vencedor más desafía, Y la ociosa venganza de su ofensa, Bárbara y obstinada más insulta, Como un mísero indicio de impotencia.

Más cuando de las aguas, finalmente, El curso cautivado ya del Sena, De transportar cesara a tan gran pueblo Los copiosos tributos, que le pechan De ordinario, las mieses abundosas De su vasta y feraz circunferencia, Y pálida y cruel fue en París vista El hambre, que la Muerte le presenta (90) Marchando de ella en pos, entonces se oyen Horribles alaridos y querellas.

La soberbia París, viose bien pronto De desgraciados seres toda llena, Que una trémula mano y desecada, A la piedad tender pueden apenas; Cuya transida voz agonizante, En vano mendigaba, por do quiera El sustento y la vida; cuando en medio De sus mismos tesoros, la opulencia Después de esfuerzos mil, en balde todos, Presto el rigor sufrió del hambre negra. Pavorosos de allí ya huido habían Los convites, los juegos y las fiestas, En que de mirto y rosa coronadas Por Venus y por Baco las cabezas, Donde, en medio de gustos y delicias, Siempre de duración harto ligera, Vinos mil perfumados, mil viandas De las más decantadas y selectas, Bajo dorados techos, donde habita La lúbrica molicie y se recrea, Del hastiado gusto melindroso, Irritaban la lánguida pereza. Horror y espanto daban las figuras De tantos voluptuosos, ya desechas, Lívidas y amarillas, que llevando En sus ojos la muerte, y de riquezas, Y de un lujo magnífico en el seno, Acorando, muriendo ya de inedia, De su fortuna y bienes detestaban La inútil abundancia. En medio de ella, Aquí un anciano padre, cuyos días A finir iba el hambre, el hijo observa, Que sin pecho en la cuna gime y muere. Una familia, allí, perece entera Entre accesos furiosos de la rabia. Tendidos, más allá, yacen por tierra Y entre el polvo se vuelcan, miserables, Que en medio de agonías, aún pelean Por desechos del suelo los más viles. Al impulso del hambre impía y fiera, Ultrajando estos hórridos espectros, A la humana común naturaleza, En la fétida hondura de las tumbas A buscar su sustento se enderezan. Los huesos de los muertos espantados, Cual si trigo el más limpio y puro fueran, Por aquellos hambrientos se preparan Y con ansia devoran. ¿Qué no atentan Las extremas miserias? Se le ha visto,

Por postrimer recurso, de las mismas Cenizas de sus padres sustentarse. Manjar tan detestable, le acarrea Anticipada muerte, y su comida, Ha sido para ellos la postrera.

Los Doctores fanáticos, en tanto, Que lejos, por su parte, de que en estas Calamidades públicas sufriesen, A sus necesidades redujeran Todas sus paternas atenciones, Nadan entre la copia, que reservan (91) A la sagrada sombra de las aras, Y del Dios, que así ofenden, la paciencia Atestando, y corriendo todo el pueblo, Su constancia animaban y firmeza. A los unos, a quienes ya los ojos La muerte a cerrar iba, en recompensa, Sus liberales manos, del empíreo Las puertas les abrían. A otros muestran, Con proféticos

ojos, ya pendientes, Y del trueno encendidas las centellas Sobre el Príncipe hereje. En breve espacio, Por inmensos socorros, que ya llegan, Salvo a París anuncian, y del Cielo Pronto a caer maná que les provea. Atractivos tan huecos ¡ah! tan vanos Estériles anuncios y promesas, A aquellos desdichados encantaban Fáciles de engañar. Por la caterva De insidiosos ministros, seducidos, Y de los Dez-y-seis por la asamblea De terror embargados, obedientes, Y aún más, cuasi contentos, ya se dejan A sus plantas morir. ¡Harto felices, En dejar de una vez tal existencia!

De un tropel de extranjeros habitantes, La rebelde ciudad llena se viera; Tigres, que nuestros padres, allá un tiempo En su seno abrigaran y nutrieran; Más crueles, sin duda, que la muerte, Y más fieros que el hambre y que la guerra. De estas extrañas gentes, una parte, De las campiñas belgicas viniera. De los montes y rocas escarpadas De la Helvecia, las otras descendieran; Bárbaros por oficio, cuya industria Y única ocupación, la guerra hiciera, Y que su sangre venden al primero, Que acomoda comprársela y verterla.

De estos nuevos tiranos advenidos, Licenciosas cohortes y avarientas, Los hogares pacíficos violando, De tropel abatiéndole sus puertas, Mil variadas muertes a sus dueños Asustados y atónitos presentan; No por ir a robar tesoro inútil; Ni menos, todavía, por que quieran, Con adúltera mano, arrebatarle A la trémula madre una doncella. Necesidad voraz del hambre sola, Es la que sufocada inerte deja Cualquier otra pasión en su vil alma. Su atroz requisición, sólo el fin lleva De descubrir, do quiera, algún sustento, Cuya más vil porción y más pequeña, Por dichosa conquista se apreciaba. No hubo horror ni suplicio ni fiereza, Que para haber los míseros de hallarle, Su extremado furor no discurriera. En medio de horror tanto, mujer hubo, (92) Mujer hubo ¡o gran Dios! (¿qué fuerza sea, Guarde nuestra memoria de un suceso Tan horroroso, el cuadro?) hubo un hembra, Que de sus manos viera por los propios Impíos corazones, con violencia Un residuo arrancar de su sustento. A perecer tan próximo como ella, Todo el resto, era un hijo, de los bienes, Que le robara ya fortuna adversa. Un agudo puñal coge furiosa, Y cual fuera de sí, parte, y se acerca Al niño angelical, que sus bracitos Le tendía famélicos. Su inedia Su flébil voz, sus mimos a la madre Mil lágrimas arrancan. Hacia él vuelta Su horrorizada cara, de cariño De lástima, dolor, y rabia llena, De la rebelde mano, por tres veces, El hierro parricida se le suelta. Más que el hambre, por fin, vence la rabia, Y con trémula voz, la cruel estrella De su fecundidad y su himeneo Maldiciendo, colmando de blasfemias, «¡Hijo mio querido y desgraciado!» Su frenético labio así se expresa; «¡Hijo que mis entrañas han traído, Cuán en vano, a una edad de horror cubierta, La vida recibiste! O los tiranos,

O ya el hambre, a robártela se aprestan. ¿Porqué has pues de vivir? Para que errante Desdichado en París, lágrimas puedas Derramar sobre el resto de sus ruinas. Muere, sin que mi mal y tu miseria Llegues a conocer. Vuelve a tu madre, El triste día y sangre que te diera. Mi desgraciado seno, de sepulcro Te servirá, infelice. París vea Un nuevo crimen.» Dijo: y furibunda, Con despechado brazo, loca, ciega, Toda de horror convulsa, en su costado El puñal parricida enclava fiera. A cerca del hogar, vertiendo sangre, A aquel tierno cadáver veloz lleva, Y su temblona mano, que impelía Del hambre inexorable impía fuerza, Con un ansia voraz, a prepararle Tan horrible manjar, se daba prisa; Cuando también del hambre allí atraída, La misma desalmada soldadesca En aquellos hogares delincuentes, Otra horrible incursión de nuevo empieza. De aquellos forajidos el transporte, Al cruel alborozo se asemeja, Con que al oso

voraz y león hambriento, Arrojar se les ve sobre su presa. Furiosos, y a porfía, el uno al otro Empujando, a romper corren la puerta. ¡Qué terror! ¡qué sorpresa! De un cadáver, Ensangrentado todo, y puesto en piezas, Al lado, una mujer, que aún su caliente Sangre chorreando está, se les acerca. «Sí, les dice, sí; ¡monstruos inhumanos! Mi hijo es el que veis. Barbaries vuestras, Estas manos mancharon en su sangre. De agradable vianda en vuestra mesa El hijo y madre sirvan. ¿Temeríais, A la naturaleza tal afrenta Más que yo propia hacer? ¿Qué horror, qué pasmo, A tal aspecto, tigres, os congelan? Para vosotros solos prevenidos Están festines tales.» A estas fieras Insensatas razones, que su labio Vierte con saña atroz, clavado deja En su pecho un puñal. De horror y miedo Agitados los monstruos, se dispersan, Huyendo pavorosos, sin que el rostro A tan funesto hogar volver se atrevan.

Sobre sí, cada paso, ardiente fuego Caer del Cielo airado todos piensan; Y el pueblo, del rigor de su destino Despechado, por fin, manos eleva A los Cielos, pidiéndoles la muerte.

De horror tanto corriendo van las nuevas Al pabellón del Rey, que compasivo, Su corazón sintió tocado de ellas. A lástima se mueven sus entrañas; Y sobre el pueblo infiel lágrimas suelta. «Tú, ¡Omnipotente Dios! exclama Enrique; Tú que leyendo estás, y que sondeas Del hombre el corazón, tú que conoces Cuanto puedo y emprendo, tú no mezclas, Tú sin duda distingues, de mi causa La injusta de la Liga. Mis sinceras, Mis inocentes manos muy bien puedo Levantar hacia ti. Tú lo penetras, Tú lo sabes Señor; yo ya mis brazos A los amotinados les tendiera. No me imputes ¡O Dios! ni sus desgracias, Ni sus crímenes, no. Que allá se avenga Mayenne, con las víctimas que impío, A su ambición inmola. O como quiera, Impute tanto mal, tanto desastre, A la necesidad, la excusa honesta, El pretexto común de los tiranos. De mis ilusos pueblos la miseria Lleve el caudillo pérfido hasta el colmo. Él solo es su enemigo. Que lo sea. Yo debo ser, y soy su amante padre. A mí por tanto toca, a mí interesa Alimentar mis hijos, y mis pueblos Arrancar de las garras carniceras De esos voraces lobos, aunque armados Contra mí mismo acaso se les vea De mis propias bondades y socorros, Y más que por salvarles, mi diadema A perder yo llegase. A cualquier costa, Que se rediman quiero. No perezca Mi amado Pueblo, no. Quiero que viva. No me importa a qué precio. Yo le vea De esas sus plagas libre, que le pierden, Y protegerle pérfidas afectan. A su pesar salvémosle. Y si acaso, Una excesiva lástima me cuesta Mi hereditario trono, que a lo menos, Sobre mi tumba un día leerse pueda: EL ENEMIGO, Enrique, GENEROSO

DE SUS PROPIOS VASALLOS, NO DESEA REINAR TANTO SOBRE ELLOS, COMO QUIERE SALVARLOS DE LA MUERTE Y LA MISERIA.»

Dice; y que sin estrépito su tropa A la hambrienta ciudad se acerque, ordena; Que pláticas se lleven al momento De paz al ciudadano, y se le ofrezcan En lugar de venganzas beneficios. A tan divina orden, obediencia Presta pronto el soldado, y al instante, Mil gentes de París los muros llenan. Allí avanzar se ven a paso lento, Cuerpos trémulos, lívidos, que apenas Animados parecen: semejantes A las sombras, que un tiempo, se fingiera Hacer aparecer, a su albedrío, De los Tartáreos reinos y cavernas Los Magos a su voz, cuando furiosa, Del profundo Cocito en su carrera Los rápidos torrentes deteniendo, De los errantes manes las catervas Del infierno evocaba. ¡Qué extremadas De aquellos moribundos la sorpresa, La confusión no fueron! ¡Su enemigo, Su cruel enemigo, a nutrir llega, La vida a sustentar al que le injuria! ¡De división de horrores y de penas Llenos, por los que el nombre dulce y grato De amigos y de apoyos

falsos llevan, Sólo en sus pretendidos opresores Hallan por fin socorros y clemencia!
Rasgo tan singular, tan desusado, Increíble a su mente se presenta. Delante de ellos ven
aquellas picas, Aquellos fieros dardos y ballestas, Que de crueldades varias de fortuna
Instrumento hasta entonces sólo fueran, Aquellas lanzas ven, que de la muerte Las
conductoras eran más funestas, Del generoso Enrique obedeciendo El paternal amor y
bondad regia, En las extremidades de sus puntas, Que aún en sangre teñidas
amedrentan, La vida transportarles. «¿Y son, dicen, Y son estos los monstruos, son las
fieras, Que malignas y horribles nos contaban? ¿Y es este aquél que pintan y exageran
Cual tirano terrible a los mortales, Enemigo de Dios, y un alma llena

De rabioso furor? ¡Ah! Del Dios vivoLa imagen es más fúlgida y más bella.Un Rey es
bienhechor. Es de monarcasEl más cabal modelo de la tierra.De sus leyes y mano
generosaBajo el próspero auspicio y la tutela,Vivir no merecemos. Él
triunfante,Perdona, y libra, y ama, y hasta premiaAl mismo que le ofende ¡Ojalá a
costaDe nuestra sangre toda, un día puedaSu soberano imperio cimentarse!De la
calamidad y muerte horrenda,De que padre nos salva, ya harto dignos,Los días, que
piadoso nos conserva,Consagrémosle gratos y obedientes.»

Tal en París entonces la voz era De aquellos ya ablandados corazones. Tal el común
sufragio y la respuesta. Más ¿quien podrá jamás asegurarse En la turba de un pueblo
novelera? Cuya feble amistad en aspavientos Exhalándose toda, y hablas huecas, Si tal
vez sobre sí, breves instantes, Contra el orden común, justa, se eleva, Siempre recae al
fin? Los sacerdotes, Cuyo fatal influjo y elocuencia, Los fuegos que la Francia
devoraban, Cien veces atizaran y encendieran, Van a mostrarse en pompa al mustio
pueblo, Y tales invectivas le enderezan. «¡Sin valor combatientes y cristianos, Sin celo,
sin virtud, sin fe sincera! ¿De qué atractivos bajos y terrenos Seduciros dejabais por
flaqueza? ¿Os haría del mundo un bien caduco, Del martirio olvidar palmas perpetuas?
Soldados del Dios vivo ¿será acaso, Honra será, decidnos, y acción vuestra, Vivir para
ultrajarle con infamia, Cuando por él morir glorioso os fuera? ¿Cuándo ya de la cumbre
de los Cielos, La corona ese Dios grato nos muestra? No esperemos, católicos, que
gracia Nos dispense un tirano. A su infiel secta Por tal medio asociarnos solicita. La
intención de ese pérfido siniestra, Por sus favores mismos castigemos. Así la majestad
de nuestra Iglesia, Así la santidad de nuestras aras,

De su herético culto salvas sean.»

Del altar los ministros así hablaban; Así la paz de Cristo recomiendan; Y el fanático
acento de su labio, Dueño del bajo pueblo por do quiera, Y aun también por do quiera
formidable A las más altas clases y diademas, Tanto oprime, sufoca y amortigua El
elevado grito de las proezas De Borbón, y sus grandes beneficios, Que no pocos,
tornándose a su terca Furiosa rebeldía, ya en secreto Se acriminan deber a su clemencia
Aun el vital aliento que respiran.

De tan odiosos gritos y querellas, Al través finalmente se abre paso, De la tierra
remóntase y penetra De Enrique la virtud hasta el empíreo; Y el augusto Luis, que
atento vela, De la celeste bóveda en la altura, Sobre la perseguida rama regia De los
Borbones, de la que era tronco, De los tiempos notando que se acerca El feliz
complemento, en que a su hijo, De los reyes al Rey ya le pluguiera Por último adoptar
entre los suyos, Incontinente aparta, al punto aleja De corazón tan dócil las alarmas; Y
de lágrimas tiernas, que vertieran, Bañados, a enjugar sus ojos viene La sacrosanta fe.
Sus pasos llevan Del Eterno a los pies, dulce Esperanza, Y paternal Amor. De luz

excelsa Entre abismos de fuego eterno y puro, Colocar al Altísimo pluguiera Anterior a los tiempos e inmutable, Su majestuoso trono. Las inmensas Rutilantes esferas de los Cielos, De su creador poder la planta huella; Y de mil astros varios el perenne Siempre reglado curso, manifiestan Su grandeza y su gloria al Universo. Poder, saber, y amor forman su esencia Unidos y distintos, y sus santos, De paz entre dulzuras sempiternas, En un torrente absortos de delicias, De su gloria por siempre, y de la mesma Increada sustancia penetrados, Llenos y poseídos, su suprema

Majestad, a cual más, todos adoran. De su querer la voz, ante él esperan Ardientes serafines, semidioses, A quienes subordina y encomienda Del Universo entero los destinos. Él habla: y al momento, de la tierra A cambiar van volando la faz toda. Ellos, de un golpe extinguen de esta esfera Las coronas, los cetros y las razas, Que imperaran altivas largas eras; En tanto que los hombres, vil juguete Del error e ignorancia, que los cercan, De consejos eternos del muy-Alto, Acusan la profunda arcana ciencia. Los agentes son estos invisibles, Cuya potente mano subalterna, Con el servil azote hiriendo a Roma, Del Norte helado al hijo, Italia deja. Jerusalén somete al otomano, De España al africano abre la puerta. Cae al fin todo imperio, y todo pueblo Arrastra de tiranos las cadenas: Del Altísimo, empero, la insondable La justísima y sabia providencia, No por siempre tolera, que prosperen De los hombres la audacia y la soberbia. Favorables tal vez a los mortales, Se dignan su justicia y su clemencia, En inocentes manos, de los Reyes El cetro colocar. Ya se presenta, El padre y protector de los Borbones, Ante la majestad de Dios eterna; Y con doliente voz y acatamiento, Esta eficaz plegaria le endereza. «¡Del Universo Padre! si tus ojos, A bien tienen, a veces, no desdeñan Honrar de una mirada compasiva De los reyes y pueblos las flaquezas, Mira al pueblo francés, rebelde e ingrato A su Rey bienhechor. Si él atropella Tus sacrosantas leyes, es tan solo, Porque serte leal, erróneo piensa. Su celo es quien le ciega, y quien le arrastra De tu ley al desprecio e inobediencia; Y cuando más te falta, es cuando, iluso, Vengarte y obsequiarte más intenta. Dígnate ¡O Dios! mirar a ese Monarca Triunfador generoso. Grato observa De la guerra ese rayo, ese brillante

Terror, amor, y ejemplo de la tierra. ¿Su corazón, Señor, formado habrías, De virtudes tan lleno, con la idea De abandonarle solo a astutos lazos Del miserable error? ¿Y será fuerza, Que de tu misma mano omnipotente La obra más magnífica y perfecta, Al Dios a quien adora, un homenaje, Un incienso culpable e impuro ofrezca? ¡Ah! Si del Gran Enrique, que ignorado Siempre tu culto fuese permitieras, ¿Por quién el Rey querría de los Reyes, Que adoración condigna se le diera? Ten a bien ilustrar alma que ha sido Para reconocerte tan dispuesta. Un hijo insigne en él, que la decore, Dígnate ya, Señor, dar a tu Iglesia, Y a la discordia Francia y perturbada, Un Señor, bajo el cual, en paz florezca. Restituye a su Príncipe el vasallo, Y al vasallo su Príncipe le entrega. Todos los corazones, tu justicia Adoren en unión acorde y recta. Y en París, todos juntos, sobre un ara La misma te consagren pura ofrenda.»

De estos votos de Luis, ya del Eterno La divina piedad tocar se deja, Y una sola palabra de su boca, Le asegura el suceso por que anhela. De su tremenda voz al eco excelso, De la Tierra, agitado el eje, tiembla; Del Cielo las esferas se estremecen, Y confusa la Liga se consterna. El Rey, que en sólo el Cielo apoyo busca, A estas señas, conoce, a sentir llega, Que por él finalmente y por su causa, Se declara el muy Alto y se interesa.

Súbite la Verdad, por largo tiempo Esperada de Enrique, y siempre prenda De los hombres amada, aunque mil veces Harto desconocida, de la esfera Desciende de los Cielos, penetrando Del magnánimo Rey hasta las tiendas. Velo espeso al principio a los mortales Su semblante hermosísimo reserva; Más de instante en instante, densas sombras, Que la cubren, cediendo, ya se alejan De la luz al fulgor que las entreabre; Y bien pronto, triunfante, se demuestra

Del Príncipe a la vista ya tranquila,
Con un brillo luciendo, cuya fuerza
No desvanece nunca ni deslumbra. De Enrique el alma grande, que naciera
Para gozarla, ve, conoce, y ama
Por fin su inmortal luz. Su fe confiesa
La sacra Religión tan sobre el hombre,
Que su razón confunde. Acá en la tierra,
La Iglesia reconoce combatida,
Una siempre en el suelo, y de él extensa
Por el ámbito todo. Iglesia libre;
Bajo de un Jefe empero. Donde quiera,
Y en la perenne dicha de los santos,
De su Dios adorando la grandeza.
El Cristo renaciente y viva hostia
De los pecados nuestros, que alimenta
Sus caros escogidos, sobre el ara
Desciende, y a su vista absorta y ciega,
Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre.
Su corazón sumiso, ya se entrega
A tan altos misterios, de que absorto
Y asombrado su espíritu, al fin, queda. El celestial Luis, de Enrique el Padre,
Cuya ilustrada mente conociera
Llegado ya el momento en que los votos
De su amor se coronan y completan;
Luis rápidamente enarbolando
La oliva, de la paz sereno emblema,
De la altura descende del empíreo,
Hacia el Héroe que objeto digno fuera
De su místico amor y santo celo,
Y de guía sirviéndole, le lleva
Él mismo de París a las murallas.
A su voz retembladas y entreabiertas
Las murallas quedaron, y en el nombre
Del Dios Grande, por quien los Reyes reinan,
Entra en París. La Liga, confundida,
Y rindiendo las armas, humil, se echa
De Borbón a las plantas, y de afecto
Con abundosas lágrimas las riega.
Los sacerdotes todos, reprimidos,
Su sedicioso labio por fin sellan.
Los Dez-y-seis confusos y aterrados,
En vano por do quiera buscan cuevas,

En que huir a esconderse; y todo el Pueblo,
Trocándose este día, en que granjea
Salud tanta, se postra, y homenajes
A su Rey, Vencedor y Padre presta. Se admiró desde entonces dignamente

Reinado tan dichoso, que así fuera Empezado harto tarde, y harto presto Concluido también. El Austria tiembla. Feliz y justamente desarmada Roma, adopta a Borbón; y Roma empieza A verse de este amada. La Discordia, A sumergirse vuelve en noche eterna. De su Rey, últimamente a quedar viene Reducido Mayenne a la obediencia; Y sometiendo ya con sus Provincias Su corazón a un tiempo, al cabo llega A ser el más leal y buen vasallo, Del Monarca más justo de la tierra.

FIN

Facilitado por Librodot

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario